

 Seix Barral

Javier Calvo

Piel de plata



D.J.57

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

I. Una estrella nueva aparece en el firmamento de mi mente y eclipsa a todas las demás

II. Las edades del hombre, adaptadas a la vida del que escribe estas líneas

III. La noche de «Diamantes sumerios», primera parte: Pastillas

IV. La noche de «Diamantes sumerios», segunda parte: Polvos

V. Una incursión en el argumento ontológico (con un aparte sobre los modelos planetarios mecánicos)

VI. El Primer Libro de Bronwyn

VII. Cooper Crowe en su pirámide

VIII. El héroe se transforma en manos del mentor

IX. La Calle del Paraíso

X. Oli: Historia de una hermana

XI. Donde todavía no ha empezado la tormenta perfecta pero ya se empiezan a levantar sus vientos

XII. La tormenta perfecta 1: Salir del azul y entrar en el negro

XIII. La tormenta perfecta 2: Los Portales-Mausoleo

XIV. La tormenta perfecta 3: Cuento de Navidad

Epílogo: El arte verdadero es una explosión

Notas y agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Pol es un adolescente que se pasa el día leyendo novelas. A raíz de una agresión en el colegio, es expulsado y empieza a medicarse. En la sala de espera del psiquiatra conoce a Bronwyn, una chica rebelde, fascinante y mucho más inteligente que nadie a quien Pol haya conocido nunca. Con ella descubre la obra del poeta Juan Eduardo Cirlot y un mundo más allá de su comprensión. Cuando pierde la pista de Bronwyn, pedirá a su hermana Oli que le ayude a encontrarla.

Piel de plata es una novela sobre la fascinación y la obsesión. Su lado más visible es un canto a la juventud y a la energía rebelde y a menudo enloquecida que la acompaña. Su lado oscuro es una elegía por la extinción de esa energía y por los efectos del paso del tiempo y la vida adulta.

Piel de plata lleva al lector por una espiral de alucinaciones, drogas y libros reales e imaginados, mientras su protagonista busca a su escurridiza musa por una Barcelona melancólica y tenebrosa. La musa en cuestión acaba siendo todo menos un típico amor adolescente, una especie de grail místico e inalcanzable.

PIEL DE PLATA

Javier Calvo



Para MFL

El arte verdadero es una explosión.

MASASHI KISHIMOTO

Take a walk down Heaven Street

The soil is soft and the air smells sweet.

DEATH IN JUNE

I

Una estrella nueva aparece en el firmamento de mi mente y eclipsa a todas las demás

Cuando yo era más joven y vulnerable, mi madre me dio un consejo que desde entonces no ha dejado de darme vueltas en la cabeza:

—Siempre que alguien te critique —me dijo—, acuérdate de que los demás son insectos y de que tú eres mucho mejor que todos esos imbéciles.

La verdad, no sé si la anécdota tiene un gran valor narrativo. Tampoco sé si el consejo de mi madre tuvo mucho valor pedagógico. En general, no estoy seguro de cómo de importante fue mi madre en mi educación. Siempre fue una persona bastante ingrávida. Cuando yo era niño, no había nada en ella que sugiriera «madre». Estaba claro que no se parecía a las madres de los demás chicos y chicas que yo conocía.

Algunas diferencias que se me ocurrían sin pensarlo demasiado:

(1) Más alta y atractiva que las demás madres. (Sí, yo era consciente de que mi madre era una mujer atractiva. No me acuerdo de cómo me di cuenta, pero sé que lo supe casi desde el principio. Es un poco como darse cuenta de que tu familia es rica.)

(2) Proclive a viajar. Extremadamente proclive. Los destinos de sus viajes siempre eran lo bastante parecidos entre sí para escurrirse de la malla de la memoria como pececillos del salabardo de un pescador corto de vista. Y lo bastante concretos como para desafiar toda recriminación («¿Cómo que no sabes dónde he estado?»). Conferencias académicas. Congresos profesionales. Simposios regionales. En mi imaginación, un torbellino de habitaciones de hotel, podios de lectura y la inevitable imagen de mi madre quitándose con elegancia los zapatos de tacón para correr sin despeinarse hacia la puerta de embarque.

(3) Americana.

(4) Ausente en los momentos más decisivos de mi vida.

(5) Nunca sentada ni de pie a más de un metro o dos de un cenicero o de una botella de Maker's Mark.

¿Por qué estoy contando todo esto de mi madre? Supongo que lo estoy contando para quitarla de en medio antes de empezar mi historia propiamente dicha. De acuerdo, mi madre aparece en algún momento de la historia. En tres o cuatro como mucho, ninguno demasiado trascendente. Pero *no es* un personaje de esta historia. Mi hermana Oli sí lo es, mal que me pese. Pero mi madre no.

Y sin embargo, cuando yo tenía quizás nueve o diez años, mi madre me dijo lo de que yo era mucho mejor que todos aquellos imbéciles. Sospecho que ése ha sido siempre el puntal de su filosofía en relación con el resto del género humano. Y supongo que estaba intentando transmitirme esa filosofía a mí. Sea como sea, ese consejo, el único que me dio nunca, es importante para entender esta historia.

Por lo demás, olvidaos de mi madre. Yo mismo consigo no acordarme de que existe la mayor parte del tiempo.

Esta historia empieza en otra parte.

Esta historia empieza con el Instituto de Salud Mental Buenanueva de Barcelona. No, no, no. Borrado esto. Esta historia empieza con el tenedor en el cuello de Guiomar Galbán. No. Buen intento, pero no. Más atrás todavía. Esta historia empieza con Cooper Crowe escribiendo en su cama con un bolígrafo mordisqueado, la melena alborotada cayéndole sobre los hombros y las pupilas dilatadas por las anfetaminas. Urdiendo la trama de *Adiós a todos los adioses*, la primera novela de los decadentes Exonautas y de sus máquinas del tiempo neovictorianas.

Bah. A quién intento engañar. Esta historia empieza con Bronwyn. Y empieza hace seis años, cuando yo tenía catorce. Aunque para mí ya es otra vida.

Conocí a Bronwyn en una sala de espera del Instituto de Salud Mental Buenanueva («Psicopatología y clínica del niño y del adolescente»). Esperando

mi hora de terapia semanal con el doctor Buenanueva. Imaginaos la siguiente escena:

Una sala de espera tan limpia que la gente en cuya casa se puede comer del suelo te habría dicho que *en ella* se podría comer del suelo. Con esas paredes de cristal traslúcido que sólo dejan ver siluetas al otro lado y que en las películas se usan para indicar que hay alguien duchándose dentro de una ducha. En todas ellas, el logotipo corporativo del Instituto Buenanueva: las letras IBN coronando un despliegue geométrico tridimensional de cuatro esferas unidas por enlaces moleculares. Yo, sin embargo, sospechaba que el logotipo no representaba ninguna molécula. Tal como estaban dispuestas las esferas, podrían haber sido perfectamente un modelo planetario.

Un despliegue de butacas negras, bastante cómodas, en forma de letra C, con una mesilla baja en el centro, del mismo cristal casi opaco que las paredes, sin revistas encima. No, no sé por qué nunca hubo revistas en la sala de espera del Instituto Buenanueva. De vez en cuando algún empleado o empleada de la clínica cruzaba la sala de espera, y en sus sonrisitas siempre me parecía ver una alusión burlona a la perversa ausencia de materiales de lectura.

Y en la butaca contigua a la mía, mi hermana mayor, Oli, diminutivo de Olivia, que por entonces tenía dieciocho años. Con sus auriculares blancos encajados en los oídos y unidos inalámbricamente al teléfono en cuya pantalla se dedicaba a mantener un conglomerado de conversaciones infinitas y simultáneas con una nebulosa de otras hembras y varones de su edad. Con sus mini-shorts calculados para exhibir su tatuaje en el lado exterior del muslo: un par de rosas estilizadas con una pistola antigua estilizada. Una mata de pelo castaño y asimétrico. Los hombros desnudos y pecosos.

Y yo, por supuesto.

Catorce años. Alto para mi edad. Cara tristonada y ojerosa. El héroe trágico de una saga de desatención parental, distracción pedagógica y desatino genético. Hostigado por las Furias desde los once años de edad. Sentado como solía sentarme cuando estaba en aquella sala de espera: con la piernas largas y flacas extendidas hacia el frente y mi libro de Cooper Crowe abierto sobre el regazo.

Y aquel día el libro era *Ángeles, prestadme vuestras alas*.

De este y de otros libros de Crowe hablaré más adelante.

Pero ahora llega el momento de hablar de Bronwyn y de cómo apareció en mi vida.

¿Cómo no usar una metáfora astronómica para describir mi Primer Encuentro con Bronwyn? A fin de cuentas estábamos en la clínica del doctor Buenanueva, rodeados de fotografías hechas por el Telescopio Espacial Hubble y de su colección de modelos planetarios.

Podría decirse, por ejemplo, que mi Primer Encuentro de Bronwyn fue como la llegada de un cometa, pero sólo en caso de que el cometa colisionara con el planeta donde está uno y lo reventara en mil pedazos. Un cometa perdido, si es que existe eso. No uno de esos cometas cuyas órbitas los llevan a visitarnos cíclicamente, de manera que todo el mundo está preparado para su llegada con una taza de café y el telescopio en la terraza. Un cometa procedente de fuera del sistema solar, disparado por algún cataclismo cósmico miles de años atrás en la misma dirección en la que a mí me había disparado estúpidamente el mío.

Pero no. Bronwyn no llegó como un cometa. Llegó como algo mucho más grande. Una supernova, quizás. Lo único que sé es que, en el momento de estallar, su luz borró todo lo demás. Durante aquellos meses, Bronwyn fue mi sol. Yo sólo pude dedicarme a seguirlo de un horizonte al siguiente.

Mi hermana se estaba levantando de su butaca para ir al baño en el momento en que se abrió la puerta de la sala de espera para dejar entrar a Bronwyn. Sin dejar de mirar su teléfono, Oli echó a andar camino del lavabo y se cruzó con ella, rozándole el hombro.

Recuerdo que me impresionó que mi hermana no notara nada. Que no notara La Luz cuando pasó junto a aquella criatura que acababa de entrar. Pasó a su lado *sin verla*. Al cabo de un momento se cerró la puerta de cristal. Mi hermana estaba fuera y Bronwyn estaba dentro.

Bronwyn se sentó delante de mí, al otro lado de la mesilla sin revistas, y yo percibí las señales de cataclismo en mi mundo personal.

El cielo en llamas. Volcanes vomitando las tripas de la tierra. Montañas hundiéndose como flanes mal hechos. Dinosaurios comprendiendo que todos sus planes de futuro nunca iban a realizarse.

Recuerdo que lo primero que pensé fue que se acababa de sentar delante de mí Fontana D'Arcy.

Lo cual es un poco extraño, porque de hecho Bronwyn no se parecía a Fontana D'Arcy. Por lo menos no se parecía a cómo la describe Cooper Crowe en *Adiós a todos los adioses*: alta y de miembros largos, melena cenicienta hasta la cintura, piel de plata, túnica vaporosa. Y una sombra de melancolía en la mirada.

Bronwyn no era particularmente alta. Ni melancólica. Era muy flaca, eso sí. Se le veía a través de la ropa. Tenía el pelo teñido de negro y la piel muy blanca. De ese blanco que todos los productores de la tele y del cine intentan sin éxito darles a los vampiros de sus producciones. Y tampoco llevaba una túnica vaporosa. Llevaba Doc Martens de ocho ojos, vaqueros de pitillo negros y una camiseta caqui con un logotipo que por entonces no pude descifrar, pero que más adelante entendería que era una mano enguantada sosteniendo un látigo y un número seis, todo dentro de un círculo.

Y sin embargo, eso fue lo primero que pensé. Que se parecía a Fontana D'Arcy. Y debí de pensarlo durante un momento bastante largo, porque ella se dio cuenta de que la estaba mirando embobado.

—¿Qué miras? —me dijo Bronwyn con una mueca. Tenía una mueca peculiar que consistía en levantar un lado del labio superior y enseñar un colmillo un poco amarillo. Digo que era peculiar porque estaba claro que era una mueca de asco, pero aun así resultaba fascinante.

Me debí de quedar bastante cortado. Me pregunto qué habría pasado con mi vida si el doctor Buenanueva hubiera abierto la puerta en aquel preciso momento y me hubiera hecho pasar a su consulta. En cualquier caso, recobré la compostura deprisa.

—Te pareces a Fontana D'Arcy —le dije. Y sostuve mi libro en alto para que viera la portada—. La de las novelas de Cooper Crowe.

Aquello pareció descolocarla. Miró la novela y luego me miró a mí. Todavía tenía su mueca, pero ahora mezclada con cierta curiosidad.

—Cooper Crowe no está mal —me dijo por fin—. La Saga de Eritria es una puta mierda, pero el resto no es horrible.

Y mi mundo personal terminó de venirse abajo.

Antes de continuar transcribiendo la breve conversación de mi Primer Encuentro con Bronwyn quiero hacer una aclaración.

Si uno lee el diálogo anterior, puede parecer que estoy insinuando que todos los adolescentes de Barcelona conocían a Cooper Crowe. Dejarme que os asegure que esto no es así, ni muchísimo menos. De hecho, es lo contrario. Crowe escribió la mayoría de sus grandes obras hace casi cuarenta años. Supongo que en su momento debieron de gozar de cierta popularidad, pero al menos en España sus traducciones llevaban tres o cuatro décadas sin reeditarse. Era literalmente imposible encontrar un libro de Cooper Crowe en Barcelona, salvo en el Mercat de Sant Antoni¹ o bien, como había empezado a hacer yo, comprándolas del extranjero por internet.

De hecho, tal como me di cuenta con un escalofrío en la sala de espera del Instituto Buenanueva, hasta aquel momento yo *jamás* había conocido a nadie que conociera a Cooper Crowe.

—Cooper Crowe no está mal —me acababa de decir Bronwyn—. La Saga de Eritria es una puta mierda, pero el resto no es horrible.

No sé cuántas cosas me pasaron por la cabeza en aquel momento.

«¿Cómo conoces a Cooper Crowe?» fue una de ellas.

O bien:

«No eres como Fontana D’Arcy pero *sí lo eres*».

O bien:

«Los libros de Eritria son increíbles. No tanto como las sagas de los Exonautas o de Tara, claro, pero aun así cualquier cosa que haya escrito Cooper Crowe es mejor que cualquier libro de mierda de cualquier otro autor».

Sin embargo, lo que terminé diciendo fue:

—A mí tampoco me encanta la Saga de Eritria.

Bronwyn me miró con expresión calculadora desde su butaca del otro lado de la mesilla.

—¿Por qué estás aquí? —me preguntó por fin.

Carraspeé.

—Porque, hum, le clavé un tenedor en el cuello a Guiomar Galbán.

Bronwyn enarcó una ceja.

—¿Y qué pasó? —preguntó.

—Oh, bueno. —Me encogí de hombros—. El tenedor le entró por aquí. —Me señalé el costado del cuello, por debajo de la oreja—, y parece que le desgarró varios nervios del cuello. Se le quedó un lado de la cara insensible, o paralizado, no me acuerdo. Y tenía problemas para tragar y para respirar. No lo sé exactamente. Me echaron de la escuela, por supuesto. Y creo que ella también se fue.

Bronwyn esperó un momento y por fin soltó un soplido de burla.

—Seguro que hizo algo para merecerlo —dijo.

Lo pensé un momento.

—Supongo que sí —dije por fin.

—¿Cómo te llamas?

—Pol.

—Yo me llamo Bronwyn. Es una larga historia, no me apetece contarla.

—Vale.

—Me gusta eso de que le clavaras el tenedor en el cuello a esa zorra —dijo Bronwyn. Había algo irresistible en su forma de hablar. De alguna forma, todo parecía una verdad indisputable cuando lo decía ella—. Todos pensamos en hacer esas cosas, pero hay que tener valor para hacerlas. Hay que cancelar el miedo para liberar la mente.

Y se calló de golpe. Me quedé esperando, pero al cabo de un momento quedó claro que no iba a decir nada más.

Los dos continuamos sentados en la sala de espera, en nuestras butacas respectivas, mirando la mesilla de cristal desprovista de revistas. Al cabo de un momento la realidad de la sala de espera reventó con una microcarga explosiva la puerta acorazada de mi embeleso. Me di cuenta de que, si ninguno de los dos decía nada, quizás nunca más volvería a hablar con Bronwyn. Es más: me acordé de que en cualquier momento la enfermera del doctor Buenanueva iba a entrar

en la sala de espera para llevarme a la consulta, y quizás nunca más volvería a hablar con Bronwyn. Necesitaba decir algo.

—¿Y tú? —le pregunté por fin.

—¿Yo qué?

—¿Por qué estás aquí?

La mueca de asco le volvió a la cara, pero esta vez mezclada con algo más. Algo que quizás fuera orgullo.

—Trastorno de oposición desafiante —dijo—. Trastorno reactivo del apego. Trastorno bipolar, quizás. De ése no están seguros. Trastorno de adicción, por supuesto. Ah, y trastorno de conducta. Es un eufemismo. Quiere decir: conducta antisocial.

Asentí con la cabeza. Ahora me parecía que el reloj de la sala de espera iba a mil por hora. No le podía quitar la vista de encima. La idea de que estuvieran a punto de llevarse a mi hora de terapia semanal me parecía insoportable. ¿Y si nunca más volvía a hablar con Bronwyn? Quería hablarle de la oposición desafiante, y de Fontana D'Arcy, y sí, también quería hablarle de la Saga de Eritria. Explicarle por qué en realidad no estaba tan mal. Pero principalmente quería estar en su presencia. Tal como estaba ahora.

Supongo que también me estaba mordiendo las uñas, que es algo que hago cuando estoy nervioso, porque Bronwyn me miró los dedos. Aparté la mano rápidamente de la boca y me la puse en el regazo.

—Yo, esquizofrenia de aparición temprana —le dije por fin. En realidad mi diagnóstico inicial había sido esquizofrenia infantil, pero me daba vergüenza identificarme como un niño delante de ella. Tenía catorce años, joder. Y ella era mayor. Debía de tener dieciocho.

Bronwyn asintió con la cabeza.

—Eres la *élite* —me dijo—. No dejes que estos carceleros definan la realidad para ti.

Y señaló con la cabeza hacia la puerta de la sala de espera. Yo estaba tan pendiente de lo que me estaba diciendo que no me había dado cuenta de que la puerta se acababa de abrir. Me dio pánico mirar. Recé por que fuera mi hermana de vuelta del lavabo. Pero ya debería haberme imaginado que no. Cuando Oli se

encierra en el baño es imposible saber cuándo va a salir. Dios sabe qué hace ahí dentro.

Por fin me volví. No era mi hermana. Era la enfermera.

—Pol —me dijo con una sonrisa—. El doctor Buenanueva te espera.

Me levanté como un condenado a muerte. No, mejor dicho: me levanté como un condenado a muerte que ya se ha resignado a su destino y se ha levantado en paz en su último día en la Tierra pero una hora antes de la ejecución descubre una razón acuciante para vivir, cuando ya es demasiado tarde para pedir el perdón o intentar urdir un plan de escape.

Creo que me despedí de Bronwyn con la cabeza cuando me levanté de mi butaca. No me acuerdo de si ella me devolvió el gesto. Cuando salí de la terapia, una hora más tarde, ella ya no estaba, obviamente. En la sala de espera sólo quedaba mi hermana, enfrascada en teclear su conversación infinita. Por supuesto, le pregunté por Bronwyn. ¿La había visto? ¿Se había marchado? Mi hermana no había visto a nadie, o no se había fijado. Le daba igual en cualquier caso. Me aguantó la puerta de salida abierta sin quitar la vista de su pantalla y yo sólo pude salir a mi nueva vida de oscuridad sin Bronwyn.

II

Las edades del hombre, adaptadas a la vida del que escribe estas líneas

Supongo que ha llegado el momento de hablaros de mi vida. De explicar cómo llegué al sitio en el que empieza esta historia.

Ahora me cuesta acordarme, pero hubo un tiempo, antes de descubrir a Cooper Crowe, en el que yo leía otros libros.

Entre los siete y los once años, que es cuando me encontraron las Furias, leí cientos de libros. No digo que no hiciera otras cosas, pero poco a poco las fui dejando para concentrarme en leer.

La situación física de la lectura era casi tan importante como el libro en sí. Estuviera donde estuviera, en nuestro piso de la Ronda de Sant Antoni en Barcelona o en la casa de mi abuela en Brooklyn, yo activaba mi Dispositivo Defensivo de Lectura. Cerraba todas las cortinas y persianas. Cerraba la puerta y la apuntalaba con una silla o algún otro mueble. Apagaba todas las luces salvo una lamparilla de lectura. Y me tumbaba en mi cama, por supuesto. Nunca he entendido cómo la gente puede leer sentada. Ni con la luz del día. Me parece un poco como cagar de pie, o como comer burritos con un vendaval azotándote la cara.

En aquellos cuatro años, como digo, pasaron por mis manos cientos de libros. La saga entera de la *Fundación* de Isaac Asimov. *La materia oscura* de Philip Pullman. La saga entera de *Dune* de Frank Herbert. A partir de los diez años, *Babel-17* y *La balada de Beta-2* de Samuel Delany. *El talismán de Set* y *La hija del diablo* de Dennis Wheatley. Todo H. P. Lovecraft y todo Arthur Machen. *La diosa blanca* y *Los mitos griegos* de Robert Graves.

Una de las cosas que leía en aquella época era todo lo que encontraba sobre

dioses egipcios o mitología griega. Fue así como descubrí las Edades del Hombre. Sospecho que el tipo griego que se inventó las Edades del Hombre se las inventó por la misma razón que yo estoy escribiendo este capítulo: para explicar cómo se había ido todo a la mierda. Su explicación nunca me pareció demasiado convincente, pero aun así las Edades del Hombre son importantes en mi historia, porque obviamente fue de ahí de donde saqué la idea para dividir mi vida en Eras. ¹

Tenía catorce años cuando dividí mi vida en Eras. Nunca se lo conté al doctor Buenanueva. Tampoco al resto de los médicos que me trataron. No sé muy bien por qué. En cierta manera, la decisión de hacerlo fue resultado de mi terapia. Pensar en tu vida. Analizar tus actos y sus consecuencias. Buscar el origen de las cosas. Buscar los acontecimientos trascendentes. Y eso es justamente lo que hice. Pero decidí mantenerlo en secreto. La mayoría de las cosas de este mundo dejan de funcionar cuando se las cuentas a los demás.

La Era de Cooper Crowe. El Imperio de las Furias. La Era Sin Tenedores. La Era del Doctor Buenanueva. Y por fin la Era de Bronwyn. Ésas son las Eras de mi vida.

La Era de Cooper Crowe empezó, obviamente, cuando descubrí los libros de Cooper Crowe. Yo tenía once años.

Antes habían pasado cosas en mi vida, claro, pero no me parecen demasiado importantes, y de todas maneras tampoco me acuerdo muy bien. Nací en Barcelona. Mis padres se divorciaron. Mi madre empezó a viajar, no me acuerdo de en qué momento. Para cuando tuve edad de darme cuenta de las cosas, mi madre ya estaba quitándose los zapatos de tacón para correr por los aeropuertos y carraspeando en los podios de lectura de sus intervenciones académicas en el extranjero. Y a partir de entonces estuvimos solos Oli y yo durante la mayor parte del tiempo. Primero se ocupó de nosotros una larga serie de niñeras. Luego mi hermana se hizo cargo de mí. Lo cual quiere decir que ella hacía sus cosas mientras yo me encerraba en mi cuarto con las persianas bajadas para leer.

Y entonces descubrí a Cooper Crowe.

Lo descubrí en uno de nuestros viajes a Brooklyn, de visita en casa de mi abuela. Era verano. Si habéis visitado Brooklyn en verano, no necesito decir

más. Las metáforas sobre sartenes, hornos y calderas resultan completamente inadecuadas. El calor es amniótico. Palpita en los oídos como el corazón de una madre hipertérmica atrapada en un incendio.

Había por entonces un establecimiento en la calle Court de Brooklyn que llevaba el muy engañoso nombre de Community Bookstore. De acuerdo: podemos considerar que era una librería, si uno no es demasiado exigente con la terminología. Tenía libros dentro, eso sí. Decenas de miles de libros. Cientos de miles. La Community Bookstore era un laberinto insondable. Tanto en su dimensión espacial como en la temporal, era no-lineal, numinosa, rizomática, etc. Había crecido a lo largo de las décadas como las raíces de un árbol adulto en el interior de un macetero de titanio. No tenía pasillos, tenía circunvoluciones. Era el mapa de los surcos y pliegues de un cerebro demente.

Durante las horas de más calor del día, la Community Bookstore era el refugio perfecto para un apóstata de la humanidad de once años. A diferencia del resto de las tiendas de la zona, con sus aires acondicionados, dentro de la librería la temperatura era todavía tres o cuatro grados más alta que en la calle. De vez en cuando algún incauto se aventuraba a entrar, atraído por los fabulosos desfiladeros de libros que se veían a través del escaparate. Al cabo de unos segundos, el incauto salía boqueando como un pez fuera del agua, las mejillas ruborizadas, el pelo sudoroso adherido a la frente.

Puede parecer que me estoy inventando todo esto para mitificar mi primer encuentro con Cooper Crowe. Una librería olvidada por el tiempo, un portal a otra era, algo sacado de un relato de H. P. Lovecraft. Pues no. De eso nada. La Community Bookstore existió, en el barrio de mi abuela. Lo podéis buscar en internet. Cerró hace dos o tres años. Y casi todas las tardes de mis veranos en Brooklyn yo iba a perderme por sus pasillos.

Encontré los libros de Crowe en una caja tirada en el suelo, en uno de los rincones más recónditos de la librería. Ni siquiera estaban cerca de la sección de ciencia ficción, un dato irrelevante porque en la sección de ciencia ficción de la Community Bookstore no había libros de ciencia ficción. La librería había ido creciendo sin ningún orden, enterrando las secciones originales a base de décadas de amontonar miles de libros al azar, dejando que sedimentaran y

fosilizaran allí donde caían, y muchas veces sin sacarlos de las cajas o las bolsas en que llegaban. Magmatismo, sedimentación y metamorfismo: todos los principios de la geología planetaria en acción.

La caja de los libros de Crowe se había caído por detrás de la balda inferior rota de una estantería. Sólo habría podido verla un chaval que se pasara un verano entero husmeando cada tarde hasta el último recodo del local. Buscando tesoros que comprar con los dos o tres dólares arrugados que llevaba en el bolsillo. Trazando un heroico mapa mental de aquellas tierras incógnitas que eran los pasillos de la librería.

En la caja había una docena larga de libros, quizás quince. Ediciones de bolsillo de Avon Books, DAW y Dell. Ace Doubles. Maravillosas portadas pulp de los años sesenta.

No tardé en encontrar un orden en los libros de aquella caja. Las portadas identificaban la serie a la que pertenecía el libro y su número dentro de la serie. Elegí el número 1 de la serie más representada en la caja: Los Exonautas. Se titulaba *Adiós a todos los adioses*.

En la portada, un grupo de individuos con piel de plata, vestidos con extravagantes atuendos futuristas, bebían de unas copas muy finas y se reían en la terraza de un edificio alienígena. Parecía una fiesta normal y corriente, salvo por el hecho de que los invitados eran claramente de otro planeta, o quizás del futuro. Hasta que te fijabas en que uno de ellos tenía la cara vuelta para mirar al lector con expresión maligna. Le di la vuelta al libro y me encontré con la fotografía de Cooper Crowe. La primera imagen suya que veía en mi vida.

Tengo que recurrir nuevamente a la astrofísica. Si conocéis los agujeros negros, sabréis que nada puede escapar a sus campos gravitatorios. Pues lo mismo pasa con ciertas imágenes, o canciones, o incluso personas. Las imágenes normales, incluso las que te resultan atractivas o fascinantes, las miras diez, veinte o cien veces y se acabó. Las has vaciado de su atracción. La familiaridad las ha desgastado. Las que son agujeros negros, en cambio, no se terminan nunca. Puedes pasar el resto de tu vida mirándolas y siempre te resultarán incomprensibles, inabarcables.

La foto de la contraportada de aquella vetusta edición de bolsillo era un

agujero negro. En ella Crowe no debía de tener treinta años todavía: abrigo largo y negro, sombrero de ala ancha, botas de vaquero, la melena todavía negra y la barba larga y rizada. La mirada burlona de quien conoce un secreto inconfesable de la persona que le está haciendo el retrato. Un fondo de árboles retorcidos que no estaban visiblemente en ningún cementerio pero daban toda la impresión de estar en uno.

Al cabo de un momento de mirarlo, el retrato sacó una mano metafórica de la contraportada y me agarró por el cuello. Supe que necesitaba llevarme aquel libro a casa.

El dueño de la Community Bookstore era un viejo irascible al que siempre pillabas hablando solo delante de su diminuto ventilador de mesa. O quizás estuviera hablando con el ventilador. También le faltaban algunos dientes bastante útiles para la elocución.

—Sólo tengo tres dólares —le dije, enseñándole el libro con cara suplicante.

El viejo me miró con cara de odio y masculló algo ininteligible.

—Está muy estropeado, mire —añadí, sosteniendo el libro por una esquina con las puntas de los dedos, como si fuera radiactivo.

El viejo masculló algo más. Yo dejé los tres dólares sobre el montón de libros que hacía de mostrador, le di los buenos días y me fui.

Éste no es el lugar para describir la literatura de Cooper Crowe. Si todo va bien, le dedicaré un capítulo de esta historia más adelante. Ahora sólo quiero contar cómo llegó a mis manos y cómo abrió la puerta a las Furias.

Leí el libro aquella misma noche. Es posible que lo leyera más de una vez, no me acuerdo. Lo que sí recuerdo es que cuando me fui a dormir ya había trazado un plan para conseguir más libros de Cooper Crowe. Al día siguiente, si era posible.

Brevemente: *Adiós a todos los adioses* cuenta la historia de los Exonautas. Los Exonautas son la gente que vive en el final de los tiempos. En el planeta Tierra de dentro de millones de años. En ese planeta Tierra se han solucionado todos los problemas de la humanidad. No hay hambre, no falta nada. La

tecnología ha evolucionado tanto que todo el mundo lleva unos anillos de poder con los que pueden hacer básicamente lo que les dé la gana. Transformar la realidad a su alrededor. Construir palacios en un segundo. Volar. Cambiar su apariencia. Cambiar de sexo. Y viajar en el tiempo, con sus máquinas del tiempo procedentes de la era victoriana.

Los Exonautas son distintos de nosotros en muchos aspectos. Como son básicamente inmortales, a menos que ellos quieran morir, la única preocupación que tienen es el aburrimiento. Nada les sorprende. Y casi nada les motiva. Han olvidado cómo tener lazos emocionales. Practican el sexo, sí, pero sólo como deporte, y siempre buscando las perversiones más extremas. Son crueles y banales. Son como niños malcriados pero mil veces más malcriados. Son una versión grotesca de la gente rica de nuestro mundo desarrollado.

Y por supuesto, movidos por su aburrimiento, a veces viajan en el tiempo y nos visitan. Les encanta trastear con nuestra época. Somos juguetes para ellos.

No recuerdo por qué no pude volver al día siguiente a la Community Bookstore para comprar el resto de la caja. Supongo que no conseguí el dinero. La cuestión es que mi viaje se terminó y no pude comprarla hasta el verano siguiente. Como era previsible, la caja seguía en el mismo sitio cuando mi yo de doce años se agachó y metió el brazo debajo de la estantería.

Durante el año que pasó entre ambas visitas a la librería, subsistí como pude con cualquier libro de Crowe en el que pude poner mis ávidas manos. Una edición de bolsillo en inglés de *Dormirás entre los cuásares* que mi madre me trajo de uno de sus viajes. (No era el libro que yo le había pedido, obviamente, pero aun así recuerdo haber sentido palpitaciones cuando ella me lo puso en la mano.) Y, por supuesto, las únicas ediciones de Crowe que estaban al alcance de un crío de Barcelona: las traducciones de la Saga de Eritria que vendían por un euro o dos en los tenderetes del Mercat de Sant Antoni.

El Mercat de Sant Antoni, por decirlo de alguna manera, era lo contrario de la Community Bookstore. La Community Bookstore tenía su glamour lovecraftiano. Al Mercat de Sant Antoni, por mucho que lo intentaras, era imposible darle ningún aura remotamente atractiva. Aun así, era el único lugar de la ciudad entera que tenía algún interés. Ciertamente el único que me

motivaba lo suficiente como para salir de casa. Para la época en que yo lo conocí, con siete u ocho años, el Mercat ya tenía ese aire de los pabellones psiquiátricos vetustos y afectados por un cierre inminente. Los enfermeros ya se han marchado a sus casas; el banco ha requisado el mobiliario y el equipo; el personal de limpieza dejó de trabajar hace semanas; y los locos deambulan perdidos y adormilados de un lado a otro, sin sillas donde sentarse.

Una estructura prefabricada de invernadero a medio construir resguardaba el Mercat de Sant Antoni. Por sus pasillos arrastraba los pies un contingente de viejecillos que nunca parecía comprar nada. Su actividad más visible consistía en intercambiar miradas lúgubres con los tipos que regentaban los tenderetes. Las mercancías eran básicamente productos culturales que el capitalismo había tirado por el retrete. Aunque, bueno, llamarlos mercancías era un poco dejarse llevar por la analogía que regía el lugar entero. En realidad no creo que al Mercat de Sant Antoni llegaran nunca libros nuevos ni que tampoco se vendieran los que siempre habían estado allí. Todo funcionaba un poco de esa forma arbitraria en que funcionan en realidad los yacimientos arqueológicos. De vez en cuando alguien removía los sedimentos más profundos de una cubeta o de un cajón y entonces salían a la luz artefactos que llevaban años escondidos allí. Reinaba un aire general de abatimiento. Cada vez que yo encontraba así una traducción del ciclo de Eritria con las páginas amarillentas y las tapas dobladas, el vendedor se la quedaba mirando con desprecio y después a mí con lástima. Por fin, derrotado, levantaba dos o tres dedos para indicarme el precio.

Y así estaba yo, avanzando con pasitos torpes de niño de teta por los vastos salones de la bibliografía de Cooper Crowe, cuando llegaron las Furias.

He contado cómo encontré mi primer libro de Cooper Crowe. Pero no he contado otras cosas que estaban pasando por aquella misma época y que también eran importantes.

Esta parte de mi crónica va a ser imprecisa, y pido perdón por ello. La verdad es que siempre me he acordado de algunas cosas mucho mejor que de otras. Por ejemplo, recuerdo perfectamente la trama de todos los libros de Cooper Crowe

que he leído. Pero cuando se trata de contar todo lo demás que me estaba pasando por la cabeza por entonces, lo que los médicos llaman mi sintomatología y yo llamo mis Furias... En fin. Todo es un poco nebuloso. De hecho, una gran parte de lo que contaré ahora se basa en lo que me explicarían más adelante mi familia y los médicos.

He hablado ya de mi Dispositivo Defensivo de Lectura. Que no era más que la forma en que a mí me gustaba leer. Sin embargo, en algún momento mi costumbre debió de degenerar, o bien debió de juntarse con algo más, porque mi hermana cuenta que, justo por la época en que descubrí a Crowe, empecé a pasarme más y más horas encerrado en mi habitación leyendo. Con las persianas cerradas y la puerta atrancada.

Que quede claro que para mí nada de esto era ningún problema. Era simplemente mi forma de sentirme cómodo.

La escuela empezó a resultarme cada vez más difícil. Nunca había tenido amigos, pero ahora simplemente dejé de comunicarme con mis compañeros. Sólo contestaba cuando los profesores se dirigían a mí. No por nada en especial. Simplemente no tenía nada que decir.

Llegó el verano y dejé de salir de mi habitación. Cuando me obligaban, salía a comer, pero siempre cerraba todas las persianas para evitar la luz del día. Los médicos que empezaron a tratarme en aquella época lo llamaron mi «espacio seguro». Mi primer diagnóstico fue «agorafobia ambiental episódica».

Aquel verano fuimos a Brooklyn, como todos los años. Compré la caja de libros de Cooper Crowe de la Community Bookstore. Creo que no salí de casa de mi abuela durante las dos semanas siguientes. ¿Para qué? Era feliz leyendo en mi cuarto.

La verdadera crisis empezó al volver a Barcelona, en septiembre.

Con doce años, me había llegado el momento de cambiar de escuela para empezar la secundaria. Los médicos hablaron con mi madre de la posibilidad de educarme en casa, pero se decidió que mi condición no era tan crítica. Hubo varias semanas de terapia. Los médicos intentaban averiguar de dónde venía todo aquello. Yo no tenía demasiadas pistas que darles. Simplemente no quería empezar en una escuela nueva. No veía la necesidad de estudiar. Podía seguir

leyendo mis libros de Crowe y con el tiempo empezar a escribir los míos propios. Que de alguna forma *también serían* libros de Cooper Crowe. Esto último no lo sé explicar muy bien.

Llegó septiembre y empezaron las clases. No conseguía concentrarme en nada de lo que me decían. Veía a los demás chicos y chicas burlarse de mí, claro, pero no me molestaba. Nunca se me ocurrió hacer nada al respecto. Me pasaba el día esperando el momento de volver a casa y encerrarme en mi cuarto para leer. Releer los libros de Crowe que tenía, quiero decir. Una y otra vez. Yo no lo sabía, pero para entonces las Furias ya estaban conmigo. Sentadas a mi alrededor, supongo. O siguiéndome por la calle. Yo era un Orestes preadolescente perseguido por unos crímenes familiares que no recordaba haber cometido. Que quede claro que hablo de Furias metafóricas, por supuesto. Aunque supongo que por entonces mi problema, al menos para los demás, era que ya no distinguía entre las metáforas y las cosas literales que me rodeaban.

En pocas palabras, la escuela me fue muy mal. Esto es un eufemismo. Las notas de mi primer trimestre fueron una tragedia ática. Se volvió a hablar de sacarme de la escuela. Todo habría sido mejor si me hubieran sacado entonces. Por lo menos para Guiomar Galbán.

Una noche mi madre me hizo sentarme con ella después de la cena.

—¿No te gusta tu nueva escuela? —me dijo, dando un sorbo a su vaso de Maker's Mark—. ¿Cuál es el problema? ¿Los demás chicos se burlan de ti? ¿Te ponen apodosos?

Me encogí de hombros. Ciertamente no me parecía que aquél fuera el problema, si es que había un problema. Y entonces fue cuando me lo dijo:

—Siempre que alguien te critique, acuérdate de que los demás son insectos y de que tú eres mucho mejor que todos esos imbéciles.

Es posible que me volviera a encoger de hombros. En cualquier caso, no me pareció un mal consejo. Y era el único que me había dado mi madre en toda mi vida, de forma que supuse que por lo menos debía guardármelo para cuando me hiciera falta. De hecho, me sería bastante útil cuando llegó el Imperio de las Furias. Supongo que lo llevé a sus últimas consecuencias. Si alguna vez me

había pasado por la cabeza hacer caso a la gente que me hablaba de «mis problemas», a partir de aquel día viví mucho más tranquilo.

Tengo que volver una vez más sobre esta conversación con mi madre.

No es que no fuera tal como acabo de contarla. Fue exactamente así. Pero al mismo tiempo reconozco que no fui del todo sincero con ella. Para entonces ya estaba tan acostumbrado a no compartir con nadie lo que pensaba que ni se me ocurrió contarle lo que había descubierto hacía semanas. O lo que creía haber descubierto.

Y lo que creía haber descubierto puede parecer ridículo, pero por entonces yo le veía todo el sentido del mundo.

Aquellos compañeros y compañeras que se burlaban de mí, que me ponían la zancadilla en las escaleras y me tiraban comida en el comedor, eran Exonautas.

No todos, claro. Y ahora veo que no lo eran. O mejor dicho, una parte de mí sabe que no lo eran. Es complicado. Y durante la Era Sin Tenedores, la medicación me ayudó a silenciar esta clase de pensamientos. Pero mentiría si dijera que en cierta manera no los sigo considerando Exonautas.

Mi nueva escuela era la Escuela Secundaria Josep Carner del barrio de Sant Antoni. Un edificio de color vómito en una calle horrorosa que ni siquiera era una de esas calles de alrededor del mercado, supuestamente redimidas de su fealdad por los bares y restaurantes de moda. Fea como sólo puede serlo una calle fea de Barcelona. De esas calles que reducen tu esperanza de vida cada vez que las miras. La escuela en sí era todavía más deprimente. Supongo que la personalidad del poeta de mierda se contagió a la escuela que llevaba su nombre. Es lo que pasa cuando pones nombre a las cosas sin pensarlo.

Supongo que la Escuela Secundaria Josep Carner también era una factoría de gente mediocre. La verdad es que ni siquiera merece la pena entrar en esas cosas. Pero imagino que mi madre tenía razón. Dios sabe qué habrá sido de todos aquellos imbéciles.

Guiomar Galbán era, a juzgar por las apariencias, de lo mejor que podía dar la escuela. Guapa, rubia. Sudaderas góticas. Una colección considerable de Doc

Martens de serie limitada. Tatuajes de henna en las manos. Las demás chicas de primero la seguían a todas partes igual que los supervivientes de un accidente de tren siguen al operario armado con un hacha y un walkie-talkie. Y en esencia, el instituto era eso. Un accidente de tren con mesas de formica y retretes embozados.

Entre la cohorte de Guiomar destacaba un tipo llamado Jacobo. Jacobo tenía todos los signos externos que caracterizan al matón de instituto. Cuerpo de atleta universitario. Cerebro de niño de ocho años aficionado a matar animalillos en el parque. Es posible que hubiera repetido diez cursos, porque todos teníamos catorce años pero él aparentaba veinticuatro.

Es posible que Guiomar y Jacobo fuera pareja. No importa. Formaban parte del mismo grupo. Es sabido que un instituto de secundaria no es más que un incendio en el que los más fuertes y ágiles intentan salvarse usando como escalera los cuerpos de los menos dotados. Guiomar, Jacobo y su grupo eran simplemente los que estaban ganando la carrera a la salida de incendios.

Las primeras señales de que aquellos chavales eran Exonautas fueron un poco ambiguas, pero no me importó. Al cabo de un par de semanas yo ya había hecho una lista de indicios incriminadores.

Se saludaban entre ellos —o quizás se identificaban— haciéndose gestos raros que ellos creían que yo no veía. De hecho, me parecía recordar algunos de aquellos gestos de las novelas de Crowe. Otros eran más sutiles. Un guiño, un saludo con la mano. Un bailecito en el pasillo antes de entrar en clase.

Hablaban raro. Si te acercabas un poco a ellos, los oías cuchichear pero costaba entenderlos. Al principio pensé que quizás hubiera algún defecto en su adquisición del lenguaje previa al viaje temporal. Después me di cuenta de que simplemente estaban hablando en su idioma. El idioma del fin de los tiempos. Los cabrones ni siquiera se molestaban en esconderlo.

En última instancia, sus disfraces no me parecían ninguna maravilla. Sí, habían copiado bastante bien la apariencia de la gente del presente. Pero si uno se los quedaba mirando fijamente un rato, emitían una especie de brillo dorado o plateado. Un residuo de las partículas temporales que se les había adherido por el camino. Y eran demasiado guapos. Habían elegido cuerpos demasiado perfectos

para un instituto de mierda como aquél. En cualquier caso, no tardaron en darse cuenta de que yo los había identificado. Cada vez que me los quedaba mirando, se encolerizaban. Venían y me chillaban a la cara o me daban empujones. No es que el hecho de ser descubiertos les fuera a suponer ningún gran problema, pero aun así los viajes temporales tienen normas. Era cuestión de tiempo que tomaran medidas contra mí.

Y en efecto, la situación no duró mucho. Estábamos empezando el segundo trimestre cuando por fin decidieron enfrentarse a mí.

Yo estaba en la cafetería del instituto, comiendo solo como todos los días. O mejor dicho, intentando diseccionar la porquería que nos servían. Tanto el estofado como las verduras al vapor que se repetían todas las semanas tenían un aspecto francamente alienígena, pero yo no me engañaba: los alienígenas eran mis compañeros. La comida era simplemente la comida de mierda de nuestro instituto.

Yo estaba diseccionando hortalizas al vapor con mi tenedor cuando una sombra sobre mi bandeja me alertó de que alguien acababa de plantarse delante de mí. Levanté la vista despacio. Guiomar Galbán estaba al otro lado de la mesa. Con una sonrisa de burla. Y acompañada de una de sus secuaces.

—Espero que estas sillas no estén ocupadas —me dijo—. No, ¿verdad? Pues nos sentamos.

Vi cómo Guiomar dejaba la bandeja sobre la mesa y se sentaba.

—A ver si me puedes ayudar —me dijo—. Tengo que conseguir que hables. Es una apuesta. —Su esbirra se rio—. Llevas todo este tiempo espiándonos, pero nadie te ha oído abrir la puta boca en lo que va de curso. Ahora mi amigo Jacobo ha apostado a que no consigo hacerte hablar. Pero yo consigo todo lo que quiero. Así que vamos allá.

Yo no dije nada. Me parecía obvio que querían que confesara que los había descubierto.

—¿Sabes que eres el tipo más feo que he visto en mi vida? —dijo Guiomar, masticando hortalizas al vapor—. No sólo eres un tarado de campeonato. También eres medio deforme. ¿No te dan ganas de suicidarte cuando te miras al espejo?

Hizo una mueca con los ojos cruzados y la lengua asomando entre los dientes que supongo que pretendía imitar mi cara.

—Sabes cómo te llaman en este instituto, ¿no? —siguió diciendo—. Te llaman el *extraterrestre*. Me parece el apodo perfecto. Con la pinta que tienes de monstruito y esas novelas de extraterrestres que llevas a todas partes. —Se rio con la boca llena de verduras—. ¿Qué? ¿No tienes nada que decir? Defiéndete. —Puso voz de subnormal y retorció las muñecas para imitar una especie de manos de parálítico cerebral—. ¡Nooo! ¡No zoy eztraterrestreee! ¡Zoy un zer humanooo!

A aquellas alturas la escena ya había congregado un público considerable. La gente de las mesas vecinas nos estaba mirando y partiéndose de la risa.

—Guiomar, vas a perder la apuesta —le dijo alguien.

—Y una mierda —dijo Guiomar—. Éste va a hablar, ya lo veréis. —Estiró un brazo por encima de las bandejas, me agarró la cara y me apretó una mejilla con el pulgar y la otra con los cuatro dedos de la mano—. ¡Eh! ¿Me recibes? Llamando al Planeta Tarado. Defiéndete, gilipollas. Di algo.

—Joder —dijo una chica—. Mira la cara de asesino que se le está poniendo. Ten cuidado, Guio.

—Uy, me muero de miedo —dijo Guiomar, apretándome más la cara con los dedos—. No nos gustas, tarado. No te queremos en nuestro instituto. Vuélvete a tu planeta.

Cuando oí aquello, algo me hizo clic en la cabeza. Quiero dejar claro que, a pesar de lo que estoy a punto de contar, en ningún momento del Imperio de las Furias tuve ningún impulso asesino. No soy una persona violenta. Nunca intentaría hacer daño *de verdad* a nadie. Sabía por las novelas de Crowe que a los Exonautas no se les podía hacer daño atacando sus cuerpos físicos. En el peor de los casos, la obligaría a abandonar aquel avatar y a viajar de vuelta al fin de los tiempos. Que era básicamente lo que se merecía. A nadie le gustan los turistas, y mucho menos esos que vienen a tirarte pieles de plátano como si fueras un mono del zoo.

Lo hice sin pensar. Agarré el tenedor con la mano izquierda (soy zurdo), me levanté de golpe de la silla y se lo clavé con todas mis fuerzas en el costado del

cuello.

Recuerdo la cara con la que me miró cuando los dientes se le hundieron en la carne y el músculo. La misma cara que se te queda si te llevas a tus hijos a ver el despegue de un transbordador espacial en el que viaja tu primo favorito y a los diez segundos de despegar el transbordador explota y te das cuenta de que tu primo favorito se acaba de convertir en un montón de moléculas y átomos y por si fuera poco un pedazo del transbordador en llamas está a punto de caerte encima y carbonizarte.

Y así, apreciados lectores, es como empezó la Era Sin Tenedores.

La llamo la Era Sin Tenedores porque fueron casi dos años los que me pasé comiendo con tenedores de plástico. En realidad, sin embargo, podría llamarla la Era Sin Casi Nada. Cuando te vuelves un loco peligroso, la sociedad te adjudica otra vez todas las cosas que dejaste atrás con la primera infancia. Bandejas de plástico con compartimentos. Vasitos de plástico de colores. Libros infantiles de mierda. Baberos para cuando se te cae la comida de la boca.

No tengo un interés especial en contar los pormenores de esta etapa. Pasé unos meses ingresado. La medicación terminó funcionando. Me dieron el alta. Me fui a casa. Todo estaba envuelto en niebla. Todo pasaba muy despacio. No volví al instituto, claro, pero alguien me contó que ahora en la cafetería del Josep Carner también tenían que comer todos con tenedores de plástico.

Lo más duro de la Era Sin Tenedores fue que no me dejaron leer libros de Cooper Crowe. Igual que los tenedores, los cinturones o los cordones de las Doc Martens, se estableció que los libros de Cooper Crowe eran peligrosos para mí. Obstáculos en mi camino de vuelta a una vida normal.

Recuerdo el día en que me dejaron leer libros otra vez. Me llevaron a la biblioteca del hospital y una psicóloga con ojos vidriosos de pez me puso en la mano un ejemplar de *Harry Potter y la piedra filosofal*. Imagino que mi cara de drogado no debió de reflejar ninguna emoción. Dentro de mi cabeza, sin embargo, un yo mental diminuto debió de agarrar una versión mental diminuta

del puto libro de Harry Potter, tirarlo al suelo y patearlo hasta convertirlo en un amasijo de papeles arrugados.

A continuación vino un discursito de jardín de infancia sobre la diferencia entre realidad y ficción.

—La ficción nos hace sentir bien —me dijo la psicóloga—. Está hecha para eso. Para evadirnos de las cosas de la realidad que no son demasiado agradables. Cuando leemos las historias de Harry Potter, nos imaginamos que nos subimos con él al Expreso de Hogwarts, que llegamos con él a la Escuela de Magia y allí vivimos como jóvenes magos, ¿verdad?

Por dentro, yo no podía parar de imaginar el Expreso de Hogwarts descarrilando y despeñándose por un acantilado. Lástima que el puto tren sólo fuera una ficción.

—Eso es lo bonito de la ficción —siguió diciendo aquella criatura con ojos de pez—. Que nos sumergimos en ella. De eso habéis hablado mucho en tu terapia, ¿verdad que sí? De cómo te puedes meter en un libro y eso te hace sentir bien. Y de cómo cuando el libro se termina y la historia nos expulsa a la realidad, nos sentimos tristes. ¿Verdad que sí?

Y más por el estilo. Yo le aseguré que lo entendía todo perfectamente. A lo largo de la Era Sin Tenedores desarrollé un talento nuevo que fue sin duda lo mejor de aquel periodo. Aprendí a desdoblar mi mente. Puede parecer que estoy hablando de fingir, pero no. No me refiero a fingir. Hablo de conseguir que una parte de ti se levante y camine y se siente delante de los psicólogos y diga que sí a todo e incluso escuche y aprenda la diferencia entre lo que es real y lo que no. Entretanto, otra parte de ti sigue cómodamente sentada dentro de tu mente, pensando en sus cosas.

Y esto ha sido lo esencial de mi vida hasta ahora. No volví a tener más «episodios» como el de Guiomar Galbán. El estamento médico decidió primero que ya no necesitaba la clozapina y después tampoco la olanzapina. Mi episodio psicótico fue calificado de «moderado». Dejé de ser un loco peligroso, y en consecuencia volví a tener acceso a los tendedores y a los libros de mi autor favorito. El tónico que me recetaron para caminar por la vida como una persona

normal era un agridulce Negroni donde la ginebra era la psicoterapia, el Cointreau era la vida familiar y el chorrito de angostura eran los estudios.

Al cabo de un año llegó la Era del Doctor Buenanueva, pero el doctor Buenanueva se merece un capítulo para él solo, y lo tendrá más adelante.

Ahora es hora de volver con Bronwyn.

III

La noche de *Diamantes sumerios*, primera parte: Pastillas

Antes de seguir, sé lo que estáis pensando.

Estáis pensando: ¿cómo es posible que nadie más viera a Bronwyn en el capítulo primero? ¿Realmente pudo entrar y salir de la sala de espera del doctor Buenanueva sin que la vieran ni mi hermana ni las enfermeras? Estáis pensando: querido narrador, somos lectores veteranos. Tenemos experiencia con las historias de chicos psicóticos que se obsesionan con jóvenes enigmáticas a quienes nadie más ve. ¿Cómo nos intentas tomar el pelo así?

La respuesta a vuestras sospechas es: no. Bronwyn no fue un producto de mi imaginación. Ésta *no es* esa clase de historia, y me ofende un poco que penséis que puedo estar intentando usar un truco tan burdo. Contaros toda esta historia para revelaros al final que Bronwyn sólo existió en mis delirios. Una metáfora encarnada en forma de alucinación. Qué giro narrativo tan trillado y odioso.

No soy ningún narrador de mierda, queridos lectores. Soy un narrador moderadamente competente, y no uso trucos baratos como ese que os estabais imaginando. Bronwyn existió. Existe. Es una persona real, aunque yo lleve años sin verla.

Y aun suponiendo que no existiera, que fuera una invención mía, un simple personaje literario o un síntoma de un nuevo episodio psicótico, tampoco os lo diría. No os daría esa satisfacción. ¿Para qué? ¿Acaso cambiaría algo? Estáis obligados a creerme, porque la historia la cuento yo.

Pero tranquilos: Bronwyn existe.

Mi Segundo Encuentro con Bronwyn tuvo lugar una semana justa después del

primero. O para ser más precisos, una semana y una hora después.

Durante aquel otoño yo tenía dos sesiones semanales de terapia con el doctor Buenanueva: los lunes y los jueves, de cinco a seis de la tarde. Y si mi Primer Encuentro con Bronwyn había sido un jueves a las cinco, era probable que ella volviera a tener visita el jueves siguiente a la misma hora.

De manera que llegué aquel jueves a casa después de la escuela, emocionado por una vez en la vida ante la perspectiva de ir a la clínica. Y entonces Oli llamó a la puerta de mi cuarto:

—Hoy no puedo llevarte a tu terapia —me dijo—. Voy a llamar para cambiar tu cita a mañana.

El doctor Buenanueva no trabajaba los miércoles, pero el resto de los días sí. De manera que era fácil cambiar una sesión de lunes a martes o de jueves a viernes.

—¿Por qué no puedes llevarme?

—Porque tengo una cosa importante que hacer.

—¿«Una cosa importante»? —Fruncí el ceño—. ¿Cuándo has tenido tú una cosa importante que hacer?

—Vete a la mierda.

—No, en serio. ¿Qué puede ser tan importante para que no puedas llevarme a mi terapia? Nunca has hecho nada importante. Lo más trascendental que has hecho es fumar porros detrás del MACBA. O emborracharte con tus amigas.

—Cómeme el coño, subnormal.

—No, gracias, no quiero morir de sida. No puedo cambiar la cita al viernes.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no puedes ir tú hoy? Tú no me lo cuentas a mí y yo no te lo cuento a ti. Es justo, ¿no?

Mi hermana soltó un bufido.

—¿Por qué no me dejas ir solo? —le supliqué—. Puedo ir solo perfectamente.

—No, no puedes ir solo.

—¿Por qué no? Créeme, conozco el camino.

—Porque no.

—¿Por qué no?

—Pues porque le prometí a mamá que te llevaría yo siempre, idiota. Por eso. Es mi responsabilidad.

—Mamá está en Estocolmo. O donde sea.

—Da igual dónde esté mamá.

—Oli, es *un día* nada más. Déjame ir solo.

Mi hermana se sacó el teléfono del bolsillo del culo de los minishorts y se puso a teclear malhumoradamente.

Llegado este punto de la narración, quiero aclarar que me cae bien mi hermana mayor. De acuerdo, quizás no sea la persona más profunda del mundo. Pero no es la peor hermana que me podría haber tocado ni mucho menos. Simplemente pertenece a una especie distinta. Oli ya nació perfectamente integrada en su generación. Es probable que naciera con el teléfono en la mano, y que aprovechara las horas de dilatación del cuello uterino para quedar con los demás recién nacidos en la maternidad. Posiblemente tuvo su primer novio en el jardín de infancia y su primera aventura con las drogas en primero de primaria. La palabra *gregaria* se queda corta para describir a mi hermana. No creo que tenga realmente una noción de la vida privada. El término *mente colmena* sería más adecuado.

Aun así, sé que puedo confiar en ella. Su conducta puede ser bastante irresponsable, pero nunca conmigo. El hecho de haberme hecho de madre cuando era niña creó un vínculo entre nosotros que está libre de los elementos clásicos de opresión de la maternidad verdadera. En cuanto me salieron los dientes, aprendió a ponerme delante una loncha de jamón de York entre dos trozos de pan de molde con la misma buena predisposición distraída con la que otros niños le llenan el cuenco de comida al perro o riegan las plantas de la terraza.

Y en ese momento no fue una excepción. Al cabo de un minuto de teclear, levantó la vista del teléfono.

—Puedo dejarte en la clínica a las cinco, pero tendré que marcharme —me dijo—. De verdad que me ha salido algo importante. No es lo que piensas. Es importante de verdad. Tendrás que volver tú solo a casa.

—Gracias.

—Volver *directo* a casa.

—Que sí.

—Yo vendré para la cena.

—Muy bien.

—Sobre todo, ven a casa directo.

—Vendré directo como una bala.

Y en efecto, a las cinco en punto, Oli me dejó en la sala de espera de la clínica. Empujé la puerta de cristal traslúcido con una mano temblorosa y examiné el interior. Sólo había una señora gorda con una versión a escala reducida de sí misma que debía de ser su hija y el chico con síndrome de Tourette que siempre gritaba «mastúrbate». De Bronwyn, ni rastro. Aun así, debí de quedarme buscándola con la mirada por los rincones, o por lo menos mostrar a las claras mi decepción, porque mi hermana me miró con recelo.

—¿Has perdido algo? —me preguntó.

Me senté en una de las butacas negras y saludé con la cabeza al chico con síndrome de Tourette, con el que yo siempre coincidía allí un jueves de cada dos.

—¡Mastúrbate! —me gritó él, saludándome con la mano.

Le pedí a mi hermana que se quedara conmigo cinco minutos con la esperanza de que viera llegar a Bronwyn, pero Bronwyn no apareció. Mi hermana se marchó. Quien sí apareció fue la enfermera.

—Pol, el doctor Buenaventura te espera.

Una hora más tarde, yo estaba saliendo de los jardines de la clínica cuando noté un olor extraño. Me detuve con la mano en el tirador de la verja y miré por encima del hombro. Definitivamente olía a humo. Había alguien fumando en los jardines. De hecho, de detrás de unas palmeras enanas en macetas salía una nubecilla de humo.

Fui hasta allí y asomé la cabeza por encima de las frondas de las palmeras. Era Bronwyn. Sentada en el suelo de gravilla. Parecía estar alternando entre dar caladas a su cigarrillo y usar la brasa para quemar agujeritos en una receta médica de las que extendía la clínica.

Bronwyn levantó la vista y me vio.

—Oh, eres tú —me dijo sin ningún interés aparente.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Bronwyn se encogió de hombros.

—Mi padre me paga para que venga al psiquiatra —me dijo—. Así que vengo al psiquiatra.

Nos quedamos un momento en silencio. Ella terminó de hacer agujeros en la receta, la arrugó con la mano y se la metió en un bolsillo. Llevaba un abrigo negro y largo por encima de la misma ropa de la semana anterior.

—Aquí no se puede fumar —le dije por fin. Era una mierda de comentario, pero no se me ocurría nada mejor.

—Razón de más para fumar —me contestó.

Su silencio me podría haber incomodado. De hecho, era posible que tuviera la intención de incomodarme. De conseguir que me marchara. Pero yo no me sentía incómodo. Me sentía bien. El simple hecho de estar allí de pie junto a ella ya me hacía sentirme bien. Y Bronwyn debió de darse cuenta, porque suspiró y puso cara de tirar la toalla.

—Muy bien pues —me dijo, aplastando la colilla con la bota—. Me voy a tomar algo. ¿Vienes o te quedas aquí?

—¿«Tomar algo»?

—Consumir bebidas alcohólicas.

—Tengo catorce años —le dije.

—¿No es la edad perfecta para consumir bebidas alcohólicas?

Lo pensé un momento.

—Es posible. Mi hermana bebe alcohol. Y creo que debió de empezar más o menos cuando tenía mi edad.

Bronwyn hundió las manos en los bolsillos de su abrigo y echó a andar hacia la verja. Caminaba con los bajos del abrigo agitándose, la cabeza gacha, el pelo caído sobre la cara y los hombros un poco encorvados hacia delante. Parecía una actriz que hubiera hecho toda su carrera interpretando a vampiras en películas de terror y de pronto le hubiera caído el papel de chica bohemia parisina seducida por el maoísmo en una película de Godard de mediados de los sesenta. Bajo los focos LED empotrados del techo de la sala de espera, su piel blanquísima había

parecido casi reflectante. Como la piel de la familia Cullen. Bajo la luz natural, sin embargo, se veía imperfecta y enfermiza. Con salpicaduras de pecas pálidas en las mejillas y venitas azules en el cuello.

Abrió la verja de la clínica y la sostuvo para dejarme salir.

Desde la calle Còrsega, donde estaba la clínica, cogimos Milà i Fontanals y giramos a la izquierda por la calle Perill. Bronwyn se paró delante de un bar pequeño y anónimo y encendió un cigarrillo. Dio una calada mientras escrutaba el interior del bar. Eran las seis de la tarde de un jueves. Al fondo del local había un grupo de universitarios bebiendo cervezas Moritz. Más cerca de la puerta vi a un par de hombres de mediana edad sentados solos y leyendo periódicos, y una mesa poblada por dos madres y tres niños.

—Éste servirá —dijo Bronwyn.

Carraspeé.

—Los bares no sirven alcohol a menores —dije. Tenía miedo de estar diciendo una obviedad tan grande que despertara sus burlas. Al mismo tiempo no entendía por qué ella no veía algo tan obvio.

Me miró con las cejas enarcadas.

—Creo que lo que se suele hacer es ir a una tienda —continué—. A un súper, o a un paki mejor. Si tienes dieciocho años y llevas el DNI, entonces puedes comprar unas latas de cerveza. Y te las llevas a una plaza.

—No vamos a pedir que nos sirvan alcohol —me dijo ella, tirando al suelo el cigarrillo sin fumar—. Vamos a *beber* alcohol.

Nos sentamos a una mesa de la parte intermedia del bar, entre las mamás y los universitarios, como si nos estuviéramos postulando como categoría intermedia entre los cafés con leche y cruasanes de unas y el bosque de botellas de cerveza de los otros.

Bronwyn le pidió dos Coca-Colas a un camarero de aspecto narcoléptico. Cuando llegaron, me señaló con la cabeza mi botella.

—Bébetela la mitad —me ordenó.

Me bebí la mitad de mi Coca-Cola y ella hizo lo mismo con la suya. A continuación, sin asegurarse ni siquiera de que nadie la viera, me cogió el vaso y rellenó la parte que me había bebido por debajo de la mesa con un botellín de

veinte centilitros de vodka Absolut que se acababa de sacar del bolsillo del abrigo. Después rellenó el otro vaso.

—Ahora bebe —me dijo.

Me quedé mirando la bebida adulterada. Tenía un olor raro que me hizo pensar un poco en perfume.

—¿Has bebido alcohol alguna vez? —me preguntó ella.

—Nunca.

—Lo vas a odiar, pero no importa. Bébetelo deprisa si hace falta. O tápate la nariz.

Debió de ver que yo vacilaba, porque soltó un pequeño soprido de burla.

—¿Qué pasa?

—No sé si debería —le dije.

—Oh, eres un buen chico. Dócil y bien peinado. ¿Siempre sigues las normas? ¿Siempre haces lo que te dicen?

Me acordé de mi capacidad para desdoblarme mentalmente. Una parte de mí —la que todos veían— siempre hacía lo que le decían, estaba claro, pero la otra parte —la que nadie veía— hacía básicamente lo que le daba la gana. En realidad Bronwyn no entendía lo que me estaba pasando por la cabeza en aquellos momentos. Yo quería con todas mis fuerzas hacer lo que ella me decía. Mi reticencia tenía que ver con el hecho de que el alcohol era uno de los factores de riesgo que podían provocarme otro episodio psicótico. Y otra Era Sin Tenedores volvería a alejarme de mis libros y de las cosas que me gustaban durante Dios sabe cuánto tiempo.

Pero, por supuesto, no le iba a contar mis miedos a Bronwyn. No me importaba que se burlara de mí, pero quería evitar a toda costa que se cabreara y se marchara. De forma que me limité a contestar la pregunta en su sentido más literal:

—No —le dije—. No siempre hago lo que me dicen.

—Así me gusta.

—En realidad no me importa demasiado lo que me digan —proseguí—. Mi madre me dijo una vez que si alguien me criticaba, lo que yo tenía que hacer era considerarlo un insecto y un ser inferior a mí. Más o menos.

—Tu madre parece lista.

No me apetecía hablar de mi madre, así que decidí retomar la conversación de la semana anterior.

—¿Por qué me dijiste que soy la élite? —le pregunté, dando un sorbo del vodka-cola. Sabía a rayos—. ¿Tiene que ver con, hum, mi episodio psicótico? ¿Con lo que te conté del tenedor?

—¿Tú crees que eres como los demás críos y chavales de esa clínica de mierda? —Hizo una pausa para apurar su vaso de tubo. Luego lo dejó delicadamente sobre la mesa—. Las subnormales de las anoréxicas, los chavales con TDAH, los niños traumatizados por el divorcio de papá y mamá, los tarados del Asperger... simples caricaturas de lo peor de nuestra sociedad. Tú, en cambio —me dijo, mirándome fijamente—. Tú eres distinto. ¿Sabes por qué?

Negué con la cabeza.

—Eres distinto —siguió diciendo— porque tienes la locura sagrada. Los médicos pueden llamarlo esquizofrenia, pero es la visión doble de William Blake.

—No he leído a William Blake —dije, avergonzado.

—El esquizofrénico es libre. Las normas sociales no le afectan. Es la carta del loco del tarot. La sociedad te dirá que es una enfermedad mental, pero es una patraña. Platón dijo que la locura sagrada es un don de Dios. En la Antigüedad, la gente como tú eran chamanes.

Me dio un poco de vergüenza que a mí nunca se me hubiera ocurrido nada de todo aquello. Aunque seguramente habría sonado todo un poco idiota si lo hubiera dicho yo. En realidad, sonaba todo increíble porque lo estaba diciendo Bronwyn. Todo lo que le salía de los labios parecía incuestionable. No sólo por la rotundidad con que hablaba. Era algo más. Cuestionar algo de lo que decía habría sido como ponerte a gritarle que no tiene razón a un volcán en erupción cuya lava está viniendo hacia ti a toda velocidad.

—Yo, hum, pensaba que los chamanes tomaban drogas —dije por fin—. Para tener sus visiones. Ya sabes, como en *Diamantes sumerios* de Cooper Crowe.

Bronwyn negó enérgicamente con la cabeza.

—Los chamanes de *Diamantes sumerios* no toman drogas —afirmó—. Las

drogas son instrumentos de control mental. Me refiero al LSD, la marihuana y esas mierdas. Puro veneno para tenernos dóciles y controlados. Lo que toman los chamanes de *Diamantes sumerios* es bencedrina. Anfetaminas.

—¿Y eso no es una droga?

—Es lo contrario. La bencedrina te despierta. —Chasqueó los dedos tan de golpe que me sobresaltó—. Sólo hay una droga buena. La que nos mantiene despiertos. Si nos mantenemos alerta, nunca nos podrán atrapar. Como el Califa Gnóstico de la novela. Es la Revolución Mental.

—Cooper Crowe tomaba bencedrina —le dije—. Así escribió todas sus novelas de los años sesenta y una parte de los setenta. Todos sus Ace Doubles, por ejemplo. Se metía en la cama...

—... Se metía en la cama, tomaba bencedrina y escribía una novela en tres días —terminó ella.

—¡Exacto! —dije, excitado. La sensación de estar con alguien que *conocía* realmente a Cooper Crowe no se parecía a nada que yo hubiera experimentado.

—Cooper Crowe es un chamán —dijo Bronwyn, mirando a través del ventanal del bar como si estuviera empezando a distraerse de nuestra conversación—. Es un puente entre nuestro mundo y la realidad superior. Y no sólo él. También William Blake.

—Y Arthur Machen.

—Y Arthur Machen —confirmó ella—. Y Death in June.

—¿Death in June? —le pregunté.

La verdad era que me sentía muy extraño. Me limité a dar por sentado que estaba borracho, y en consecuencia no me preocupé. Notaba la cabeza embotada y cierta sensación indefinible de que la realidad que me rodeaba estaba temblando pero a un nivel casi *molecular*, casi fuera del espectro de los sentidos humanos. Al mismo tiempo me sentía eufórico. Y sospecho que se me debía de ver en la cara.

—Basta de bebida —me dijo Bronwyn de repente.

—Oh. —Miré los dos vasos vacíos—. ¿Qué vamos a hacer entonces?

—Vamos a hacer esto —me dijo, y se sacó del otro bolsillo una cajita de plástico. La abrió y estiré el cuello para mirar qué había dentro. Pastillas de

colores. La caja era un pastillero. Me bajó un escalofrío desde la nuca hasta la misma rabadilla. Había una docena de pastillas distintas organizadas en los distintos compartimentos de la caja.

—Joder —dije—. ¿Son lo que creo que son?

Ella se puso a sacar y enseñarme cada una de aquellas pastillas distintas.

—Ésta es Rubifen... Medikinet... Equasym... Concerta... Ritalin... Medicebran... Y la mejor de todas. —Cogió una cápsula blanca y azul entre el pulgar y el índice de una mano. A continuación cogió una azul y rosa entre el pulgar y el índice de la otra mano. Y por fin me enseñó las dos—. Elvanse. Cincuenta miligramos y setenta miligramos.

Y sin perder ni un segundo se metió las dos pastillas en la boca y se las tragó con lo que le quedaba del botellín de vodka.

Mi borrachera me masajéo expertamente los hombros mientras me susurraba al oído. Bronwyn era un ser mágico. Un chamán. Me quedé mirando las dos pastillas que ella me estaba ofreciendo en la palma de su mano.

—Ahora tú —me dijo.

Y, por supuesto, obedecí.

IV

La noche de *Diamantes sumerios*, segunda parte: Polvos

Cooper Crowe publicó *Diamantes sumerios* en 1967, en un volumen de la legendaria colección Ace Doubles, Serie H, que tenía en un lado la novela de Crowe y en el otro *Los invasores silenciosos* de Robert Silverberg. No es el matrimonio más extraño de todos los Ace Doubles, ni mucho menos. Pero tampoco es una pareja particularmente bien avenida.

Por un lado, el judío de Brooklyn, criado en la Depresión y la Segunda Guerra Mundial, a caballo entre la Edad de Oro Campbelliana y las alegorías políticas de la posguerra.

Y por el otro, el experimentalista de Notting Hill, enamorado de las sustancias químicas, William Burroughs y la imaginería pop.

Aun así, *Diamantes sumerios* ocupa un puesto de honor entre mis libros de Cooper Crowe. Coincido con mucha gente en que es su primera gran obra. El puente entre sus novelas pulp de juventud y el inicio de sus grandes sagas.

La trama de *Diamantes sumerios* tiene muchos temas y elementos del Crowe de mediados de los sesenta. En el Londres del siglo XXIII, la población es cautiva de una casta de arquitectos de sombras llamados los Demiurgos. Los Demiurgos usan unos generadores de ondas delta para mantener a la población prisionera de una ilusión. Una especie de sueño controlado. Los únicos hombres libres son los chamanes itinerantes. Y los chamanes siguen al Califa Gnóstico. (El Califa viene a ser la forma que tiene Crowe de meterse a sí mismo en su libro.) Su símbolo es la carta del Loco del tarot. El Califa predica un credo libertario: todo hombre y toda mujer tienen derecho a gobernarse a sí mismos, pero para eso necesitan emanciparse primero de la realidad falsa. Los Demiurgos viven en sus rascacielos, entre las nubes. Los chamanes predicán en catacumbas. Para

mantenerse inmunes a los cañones de ondas delta, y para liberar a los individuos de su efecto, usan los llamados *diamantes sumerios*, una versión futurista de las benedrinas que Crowe tomaba a puñados para escribir.

Ahora, con el Elvanse fluyéndome por las venas, cavilé sobre esta trama. Por fin se me revelaban su verdadero significado y alcance. Cooper Crowe era el Califa Gnóstico. Sus libros eran instrucciones cifradas para la Revolución Mental. Para cruzar al Otro Lado. Y las anfetaminas eran la clave para descifrarlas.

Un par de horas después de probarlas, las anfetaminas se convirtieron para mí en todo lo que existía. El alfa y el omega de la realidad. Había anochecido y eso pareció intensificar su efecto. Me sentía poderoso. Me sentía lleno de energía. Las dudas eran pompas de jabón que flotaban sobre la acera y que uno podía perseguir y desintegrar a manotazos.

Nunca en la vida me había sentido tan despierto.

Cada media hora, o cada vez que cambiábamos de sitio, Bronwyn me daba a probar una píldora distinta de su pastillero.

Estuvimos en un bar del que nos echaron. Nos sentamos en una plaza pero Bronwyn se puso a gritar a los perros de la gente y tuvimos que irnos. Al final, en un tramo desierto de la calle Igualada, pasamos por delante de un local del que salía una música extraña. Muy extraña. Bronwyn y yo nos miramos.

—¡Es la música de Erich Zann! —me dijo ella.

El local eran unas oficinas con puertas de cristal y unas cuantas mesas con ordenadores. Entramos. Varias personas que pululaban por el local se giraron para mirarnos sin demasiado interés. Todos iban vestidos de negro, sostenían cervezas en la mano y tenían pinta de intelectuales. El misterio de la música de Erich Zann se solucionó enseguida. Al fondo del local había un cuarto donde se estaba celebrando un concierto de música experimental. Al parecer el local era la sede de una organización cultural para amantes de la música de vanguardia. Sobre el escenario, un tipo hacía ruidos extraños con varias máquinas conectadas a un ordenador portátil y otro tipo hacía ruidos todavía más extraños con un clarinete. Había unas veinte personas en el público.

Debajo de una escalera había una nevera llena de las mismas latas rojas de

Estrella Dorada que todos los presentes llevaban en las manos. Nos pusimos cerca para espiar. Vimos que todo el mundo abría la nevera y se servía como si estuviera en su casa. Sólo había que dejar un euro y medio por lata dentro de una cajita situada encima de la nevera. Nos acercamos a la nevera, sacamos dos latas y las pagamos. Miramos a nuestro alrededor por si alguien nos había visto. Pero a nadie parecía importarle lo que hiciéramos. Así pues, fuimos a un rincón poco transitado y nos sentamos en el suelo a bebérnoslas.

Estuvimos escuchando un minuto la música, pero las anfetaminas hacían que me costara mucho quedarme callado.

—¿Por qué te llamas Bronwyn? —pregunté, rascándome enérgicamente—. El otro día me dijiste que era una historia larga.

Bronwyn me miró con las mismas pupilas dilatadas que supongo que debía de tener yo.

—Mi padre estaba obsesionado con Cirlot —me dijo—. Bueno, lo está. Escribió un libro sobre él. Que era sobre todo un libro sobre Bronwyn.

—¿Quién es Cirlot?

—Cirlot era un poeta loco. Y un genio. Coleccionaba espadas y una vez viajó a Carcasona e hizo un ritual de circunvalación y entró en trance y viajó con la mente al tiempo de los cátaros.

—Joder.

—Cirlot fue el mejor poeta que ha habido nunca en este país —dijo Bronwyn—. Aunque no es decir gran cosa, porque el resto son todos una puta mierda. Era más que un poeta, era un visionario. Estaba inflamado por el fuego sagrado. Escribió los *Cantos de la vida muerta* y el *Libro de Cartago* y la *Elegía sumeria* y los *88 sueños* y adoraba a Mitra y a la Reina de las Tinieblas. Cada uno de sus libros por sí solo vale más que todos los demás libros juntos de todos los demás poetas juntos de este país de mierda.

—Bueno, eso es fácil —comenté, intentando imitar el tono displicente de ella.

—Un día Cirlot fue al cine —siguió explicándome Bronwyn—. Estaba obsesionado con la guerra medieval y fue a ver una película titulada *El señor de la guerra*, sobre el tiempo de los normandos en la Francia medieval. Pero en la película vio algo que no se esperaba. Vio a Bronwyn. Bronwyn era una chica

celta de una aldea de druidas. Y Cirlot entendió que Bronwyn en realidad era una diosa. Más que una diosa. Era todas las diosas en una. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—La cuestión es que Cirlot pudo ver más allá de la simple película. La película podía ser una historia inventada, pero justamente eso la hacía *más verdadera*.

—¡Como los libros de Cooper Crowe!

—Exacto. Bronwyn era real. No era un símbolo. Era una realidad que se manifestaba a través de la película. Una puerta al Otro Lado, metida en el celuloide. Así que empezó a escribir sobre Bronwyn. Poemas religiosos. Adoraciones. Cosas de ésas.

—Me alegro mucho de que te llames como ella —le dije, consciente de que era una idiotez de comentario.

Nos quedamos un momento callados. Había una pregunta obvia que llevaba un minuto rondándome por la cabeza pero me daba miedo formularla. Al mismo tiempo, las anfetaminas me obligaban a hablar. Cada vez que me quedaba callado, ellas me agarraban del cuello de la camisa y me zarandeaban con entusiasmo burlón de matón de patio de escuela. De modo que se lo pregunté.

—¿Tú crees que Cirlot es tan bueno como Cooper Crowe?

A Bronwyn no pareció molestarle la pregunta.

—No hay nadie tan bueno como Cooper Crowe —dijo—. Sólo Cirlot. Los dos son lo mismo. Cualquiera de los dos por sí solo basta para dar sentido al universo. Pero conocerlos a los dos te hace invencible.

Respiré, aliviado. La respuesta me parecía perfecta, como todo lo que decía Bronwyn. Hacía rato que no tomábamos ninguna anfetamina y yo ya notaba una especie de palpitaciones en el pecho, así que extendí la mano para que me pusiera otra en la palma.

—Te voy a contar un secreto —me dijo Bronwyn, poniéndome la pastilla en la palma—. Mi padre dice que es la reencarnación de Cirlot.

—¡¿Qué?!

—Cirlot murió el 11 de mayo de 1973. Mi padre nació en la misma ciudad el 7 de mayo de 1973. En sus últimas horas, el alma de Cirlot viajó al cuerpo recién

nacido de su siguiente encarnación. O eso dice mi padre. Pero la prueba son las fotos. En las fotos Cirlot tiene la misma mirada que mi padre.

—Joder. ¿Tú crees que tu padre es la reencarnación de Cirlot?

—Me parece muy posible —dijo ella—. Pero el hecho de que pasara de verdad no tiene nada que ver con el hecho de que sea verdad.

—Claro —dije, sin entenderlo.

Del cuarto del fondo vino una pequeña salva de aplausos que indicó que se acababa de terminar el concierto. Esos aplausos mitad amables y mitad condescendientes que identifican a los públicos intelectuales de todas partes.

—Si tu padre y mi madre se casaran, seríamos medio hermanos —dije. Nada más soltarlo, me morí de vergüenza. Menudo comentario de mierda. Eché la culpa a las anfetaminas.

Vimos cómo la veintena de aficionados de la música experimental empezaban a abandonar el local. Un aficionado a la música experimental que probablemente fuera también uno de los organizadores del evento nos invitó amablemente a salir también. Cuando ya estábamos en las puertas de cristal, Bronwyn se dio media vuelta y tiró la lata de cerveza vacía al interior del local con todas sus fuerzas. Curiosamente, a ninguna de las personas que quedaban dentro pareció molestarle demasiado su gesto. Alguien incluso le dedicó un pequeño aplauso sarcástico.

Quizás se debiera a este pequeño fracaso, o quizás fuera simplemente el efecto que tenían las anfetaminas en ella, pero a Bronwyn se le empezó a agriar el humor.

Visitamos otro bar donde se negaron a servirnos. Bronwyn se puso a tirar del pelo de las clientas del bar. Nos echaron y una de las víctimas se puso a llamar a la policía con el móvil, de manera que nos fuimos corriendo. No podíamos quedarnos quietos. Nos sentamos en un banco de la calle pero yo tenía demasiada energía y me puse a caminar alrededor del banco.

—Tenemos que organizarnos —le dije a Bronwyn—. Tenemos que hacer esto todos los jueves. Podemos quedar en el jardín de la clínica a las seis. Y juntar pastillas para el resto de la semana. —Levanté la vista—. ¿Qué estás haciendo?

Bronwyn se había sacado de algún sitio una bolsita de plástico del tamaño de

una caja de cerillas y llena de polvos blancos. Se puso una billetera en el regazo y la usó para hacer dos rayas de aquellos polvos.

—Speed —me explicó—. Sulfato de anfetamina. El efecto es más rápido y más corto que las pastillas. También puede producir otros efectos porque está adulterado.

Esnifó una de las rayas y me ofreció la billetera y el billete enrollado.

—¿Cómo lo hago?

Ella me miró.

—Hazlo de corazón —me dijo.

A partir de entonces mi recuerdo pierde nitidez. Me acuerdo de que Bronwyn se fue chocando con la gente por la acera de la Travessera hasta que hizo caer a una chica. Ni siquiera se giró para ver si la chica se había hecho daño. Se limitó a alejarse con los bajos del abrigo ondeando majestuosamente mientras yo correteaba detrás para seguirle el ritmo. Por fin encontramos un bar en la plaza de la Revolució que estaba lo bastante abarrotado como para que nadie se fijara en mí. Bronwyn pidió las cervezas en la barra y las llevó al rincón donde estábamos de pie entre el barullo de las conversaciones. Bebimos en silencio y me acordé de mi pasaje favorito de *Diamantes sumerios*.

Mi pasaje favorito de la novela es la escena en que Porcupine Dirk se da cuenta de que la ciudad que ve todos los días no es como él la lleva viendo toda su vida. Porcupine Dirk es uno de esos personajes de Crowe que son más grandes que la vida. Tiene un tenderete de libros de viejo en el mercado de Spitalfields, en el Londres del futuro. Podemos ver un retrato suyo en la portada de la legendaria primera edición del libro en la colección Ace Doubles (1967). Cara amarillenta. Indumentaria cockney compuesta de bombín, pipa y esas patillas leoninas que popularizó en tiempos victorianos el primer ministro Gladstone. En la portada tiene los ojos fuertemente cerrados y se está cogiendo la cabeza con las manos, como esa gente de las películas que está oyendo algo que no puede soportar. Por encima de su cabeza reverberan espirales psicodélicas, que supongo que representan ondas delta o algo parecido.

En la portada no hay rastro del mercado de Spitalfields del siglo XXIII, pero sabemos por la descripción que hace Crowe que no es como el de ahora. Sobrevive medio olvidado al nivel del suelo, entre rascacielos y centros comerciales de veinte plantas que venden comida sintética en pastillas e implantes corticales de recuerdos felices para los turistas.

El caso es que una noche Porcupine Dirk está sentado en el pub The Ten Bells de Whitechapel, que es adonde le gusta ir a tomarse una pinta de cerveza stout cada día, cuando cierra su tenderete de libros del mercado. Esa noche ha quedado en verse en el pub con un cliente de lo más enigmático, un tal Watkins. No estoy seguro de si la figurita pequeña que hay en una esquina superior de la portada representa a Watkins. Una silueta con abrigo negro y chistera. La vemos desde atrás, caminando en dirección desconocida y mirando subrepticamente por encima del hombro. Podría ser él. Al principio no sabemos mucho de Watkins, y lo poco que sabemos huele a cortina de humo. Él dice ser un tratante de libros de Londres sur especializado en la historia del siglo XXI. Pero en realidad Watkins es un chamán, un miembro de la anciana Orden Gnóstica que ha sobrevivido en la clandestinidad desde que los antiguos gobiernos nacionales se hundieron y dieron paso al llamado Imperio Benévolo de los Demiurgos. Que es todo menos benévolo, claro.

Y esto es lo que Dirk no sabe: resulta que en los últimos meses Watkins le ha estado vendiendo libros que contienen claves secretas. Mensajes subliminales destinados a desactivar una parte del programa mental de los Demiurgos. Ciertas páginas, al ser leídas, desbloquean capacidades perceptivas del cerebro humano que casi nadie recuerda. ¿Pero por qué ha elegido Watkins precisamente a Dirk? La noche de su despertar, Dirk está bebiéndose su pinta en The Ten Bells cuando entra Watkins en el pub. Con su bastón labrado y su chistera, Watkins se sienta a la mesa de Dirk y deja un naipe boca abajo entre las dos pintas de cerveza. Sin sospechar nada, el librero le da la vuelta al naipe, le echa un vistazo y lo esconde a toda prisa. Es el naipe del Loco de la baraja del tarot.

«Whitechapel no es un vecindario corriente, Dirk —dice el misterioso tratante de libros—. Durante siglos nuestra orden ha comerciado con energías psíquicas. Ondas de revolución. Nadie se acuerda, pero hace cuatrocientos años estas calles

quedaron cargadas de energía psíquica por medio de una secuencia de rituales tanáticos. Desde entonces, esa iglesia —prosigue, señalando la fachada blanca de Christchurch Spitalfields que se ve a través del ventanal del bar—, ha funcionado como antena que disemina señales de ondas alfa. Necesitamos a un hombre en este vecindario, Dirk. Nuestra orden te necesita.»

Watkins deja una pastilla redonda y blanca encima del naipe vuelto del revés.

«La elección es tuya —le dice—. Puedes salir de este bar, volver a tu habitación y seguir soñando. Tu pesadilla personal no es tan mala como la de otros muchos que viven a nivel del suelo. Si tienes suerte, te quedan diez o quince años de empujar ese carro hasta caer muerto de una pulmonía o hasta que la policía te detenga por cruzarte delante del camino de un turista. O puedes tomarte esto. —Pone un dedo sobre la pastilla—. Y despertar.»

He citado los diálogos de memoria, pero estoy bastante seguro de que son casi literalmente así. El caso es que, cuando Porcupine Dirk se toma la pastilla de benzedrina, todo a su alrededor cambia sin cambiar. O, mejor dicho, la sorpresa para Dirk es que la pastilla no hace que cambie realmente nada a su alrededor; no hay una realidad que las autoridades hayan estado ocultado toda su vida. El que ha cambiado es él. En la obra de Crowe aparecen muchas clases de pastillas, pero la benzedrina del chamán Watkins es distinta. No despierta una identidad escondida y previamente implantada en el sujeto que después se activa por medio de la droga. Es más bien al contrario: la benzedrina parece crear una nueva identidad que se superpone a la del viejo Dirk, cubriéndola por completo. De hecho, al cabo de una semana el buquinista ya apenas recuerda qué pensaba ni qué sentía antes.

Y ahora, en el bar con Bronwyn, yo estaba sintiendo la misma transformación que Dirk. Las calles grises de Spitalfields, cubiertas de la basura que tiraba la gente desde sus vehículos flotantes; los rascacielos de la City cuyas cúspides desaparecían en las nubes; las legiones de espectros carentes de derechos y caminando todos con los mismos pasos sonámbulos. Todo era lo mismo que Dirk llevaba viendo toda su vida, y sin embargo, ahora *lo veía* por primera vez.

Su nuevo yo percibía la mugre, el horror y la opresión que las emisiones de los cañones de ondas delta habían camuflado hasta entonces.

Mi ciudad, las calles que recorriamos en la noche de nuestro Segundo Encuentro, no era ningún paisaje distópico sacado de un Ace Double. Y sin embargo, yo estaba teniendo la misma sensación de ser una persona nueva que lo veía todo distinto. Las pastillas de Bronwyn habían hecho caer el velo de mis ojos. Todo era mucho más intenso. Mi comprensión de las cosas podía ir mucho más allá.

Y entonces Bronwyn me dijo algo que al principio me pareció haber entendido mal por culpa del ruido del bar.

—¿Cómo dices?

—Digo que vamos a quemar este sitio de mierda.

La segunda vez lo entendí perfectamente. Quiero decir que no sólo entendí las palabras. También entendí que no era ninguna metáfora. Que en el mundo del Loco del tarot en el que Bronwyn y yo vivíamos ahora la relación misma entre la metáfora y lo literal se había transformado.

—¿Pero cómo? —contesté.

—En los lavabos hay un armario, nada más entrar. Dentro del armario hay recambios de papel higiénico y productos de limpieza. Al fondo del todo hay un cubo con sulfumán y un bote de gasolina para encendedores.

En caso de que no lo hayáis intentado nunca, no es fácil quemar un bar lleno de gente y sin el equipo adecuado. Tuve que montar guardia en la puerta de los lavabos y decirle a todo el mundo que quería entrar que mi novia estaba vomitando y que necesitaba un minuto. A juzgar por cómo me miraban, supongo que les extrañaba más que un niño como yo tuviera novia que la historia en sí de los vómitos.

Mientras yo obstruía la puerta, Bronwyn se dedicó a amontonar rollos y más rollos de papel higiénico dentro del lavabo de las chicas. A continuación vació sobre el montón la papelería de fuera: papel higiénico sucio, tampones y extrañas bolas alienígenas hechas de tiritas, gasa y cabello. Por fin lo roció todo con la gasolina del bote. Sacó el encendedor y me miró.

—En realidad les estamos haciendo un favor —dijo—. Este bar sólo los iba a seguir volviendo más estúpidos.

Bronwyn prendió fuego a la montaña de papel higiénico. Salimos a toda prisa

de los lavabos y nos mezclamos con la gente. Al cabo de un momento empezó a salir humo negro del resquicio de la puerta exterior, que habíamos dejado entrecerrada. Hubo un alboroto y esos chillidos femeninos inarticulados que se oyen en todas las escenas del cine dominadas por la alarma. Aprovechando la confusión, me subí a una silla para mirar por encima de las cabezas. La puerta del lavabo de chicas había prendido y ahora estaba envuelta en llamas. Alguien estaba hablándole a uno de los camareros de la pareja de chavales que se había encerrado unos minutos en los baños.

En medio de la estampida de gente que salía del bar, perdí a Bronwyn. La estuve buscando por las calles de alrededor, pero poco después llegó un coche de la policía y decidí volver andando a casa.

Ya eran las dos de la madrugada cuando llegué. En el mismo momento de meter la llave en la cerradura me acordé de mi hermana. Habíamos quedado para cenar. Me saqué el teléfono del bolsillo. Había un solo mensaje, de las 7.53 PM del día anterior.

OLIVIA: No me esperes para cenar. Me ha surgido una complicación

La puerta de su dormitorio estaba abierta. Oli no estaba en su cama. Ni tampoco en el resto de la casa. Fui a la cocina y me preparé un cuenco de leche con cereales y un vaso de zumo de naranja. Me lo llevé todo a la cama y me tumbé a releer *Diamantes sumerios*. Intenté comer una cucharada de leche con cereales, pero por alguna razón mi aventura con Bronwyn me había quitado el apetito. Tampoco tenía sueño. El corazón me palpitaba deprisa y los oídos me pitaban un poco, pero principalmente me sentía feliz. No sólo había conseguido volver a ver a Bronwyn sino que ahora éramos amigos. No, no éramos amigos. Éramos más que amigos. Éramos otra cosa más importante para la que no había nombre.

Ya era de día cuando Oli llegó a casa. Enfiló el pasillo con pasos tambaleantes, se metió directamente en su cuarto y cerró la puerta.

Pero lo que había hecho mi hermana aquella noche no lo contaré hasta dentro de unos cuantos capítulos.

V

Una incursión en el argumento ontológico (con un aparte sobre los modelos planetarios mecánicos)

Os estaréis preguntando cómo gestiono el problema de la memoria. A fin de cuentas, estoy escribiendo desde el futuro. Han pasado seis años de la Era de Bronwyn, y desde entonces vivo en un país distinto y han pasado tantas cosas que me cuesta reconocer al chaval que fui entonces.

No he tenido problemas para reconstruir mis dos primeros encuentros con Bronwyn. Recuerdo esas dos fechas con tanta nitidez que apenas me he visto obligado a inventarme nada.

El presente capítulo es distinto. Mi crónica sigue *más o menos* el hilo de la primera visita que tuve con el doctor Buenanueva después de conocer a Bronwyn. Pero seré franco: no recuerdo muy bien los detalles. Supongo que tenía la cabeza en otra parte. Así pues, he decidido construir una escena compuesta. Contaré lo que recuerdo de mi primera sesión de terapia post-Bronwyn y le añadiré trozos de otras sesiones que creo que tocan temas relevantes para esta historia.

Antes he dicho que el doctor Buenanueva era lo bastante importante como para dedicarle un capítulo. Éste es ese capítulo.

Pero antes de pasar a contar nuestra sesión de aquel día, me veo obligado a hablar de su colección de modelos planetarios mecánicos.

Siendo como yo era un lector ávido de las novelas de Cooper Crowe, no habría sido descabellado pensar que los planetarios y esferas armilares del doctor Buenanueva me resultarían interesantes. En las novelas de Crowe había planetas remotos y viajes estelares. Y sin embargo, los mapas celestes y fotografías astronómicas de mi psiquiatra me resultaban bastante irritantes. El doctor

Buenanueva miraba al cielo, sí. Pero nunca creí que realmente entendiera lo que estaba viendo.

Los modelos planetarios fueron nuestro primer tema de conversación aquel día de terapia. O bueno, supongamos que lo fueron, de cara al presente capítulo.

Yo era consciente de que sacar el tema de los planetarios generaría suspicacias. Cada gesto o comentario era objeto de un escrutinio exagerado en el contexto de nuestra terapia. Me importó un pimiento.

—Buenas tardes, Pol —me dijo el doctor Buenanueva cuando entré en su consulta, igual que siempre que entraba en su consulta.

Supongo que se podría decir que me incomodaba el aspecto del doctor Buenanueva. Antes de conocerle, nunca había prestado atención a las fisionomías de mis psiquiatras. De hecho, seguramente evitaba deliberadamente mirarlos a la cara. A fin de cuentas, no es bonito ver a un adulto haciendo esa afectación ridícula de sabiduría olímpica y rigor benévolo. Todo mezclado con condescendencia de adulto que habla con un niño pequeño en un parque infantil. La combinación resultaría cómica si no fuera tan puñeteramente molesta.

Al doctor Buenanueva, sin embargo, era imposible no mirarle a la cara. Su cara y su expresión te agarraban de los ojos y tiraban de ellos igual que un bebé malévolo tira del pelo de una niña incauta que se le ha acercado demasiado.

Supongo que la cara del doctor Buenanueva me incomodaba por lo mucho que me recordaba a la cara de Robin Williams.

Me explico. El doctor Buenanueva no se parecía *realmente* a Robin Williams. Se le parecía de la misma forma en que una mancha del test de Rorschach se parece a una mariposa mutante devorando su propio cuerpo. Era un parecido gestáltico. Sin parecerse realmente, provocaba en el inconsciente la misma sensación de horror que provoca Robin Williams. Concretamente, Robin Williams en *El indomable Will Hunting*.

El día del que estoy hablando, decidí escapar de aquella cara provista de manitas malévolas de bebé a base de concentrarme en los planetarios. En vez de sentarme de inmediato en mi silla, caminé ociosamente hasta uno de los estantes y examiné de cerca una de las piezas de la colección. Yo sabía que el doctor Buenanueva estaba orgulloso de aquella pieza: un planetario moderno de once

cuerpos, mecanismo eléctrico, acero cromado, radio exterior de medio metro. No era ninguna antigüedad. Era obra de uno de las varias docenas de fabricantes de planetarios mecánicos que hay en activo en el mundo hoy en día. Pero incluía el planeta enano del cinturón principal Ceres y el planetoide transneptuniano Eris. Puntos fuertes para el coleccionista.

Eso me dio una idea.

—¿No existen planetarios mecánicos de otros sistemas que no son el nuestro? —pregunté.

—¿Perdón?

—¿Por qué sólo los fabrican del nuestro? ¿Qué pasa con los demás sistemas planetarios?

—Es una idea curiosa —dijo él, arrugando la cara en una sonrisa horripilante de Robin Williams.

Me acerqué a una réplica de anticuario certificada del Planetario de Holbrook: 1850, Sol de once centímetros con baño de oro, ocho planetas con sus lunas, anillos de Saturno detallados, mecanismo de manivela, medio metro de radio exterior.

—Supongo que se podría decir que los demás sistemas planetarios no han cautivado la imaginación humana —añadió, mirándome con los ojillos entrecerrados. Yo estaba de espaldas y no le veía la cara. Simplemente *sabía* que me estaba mirando con los ojillos entrecerrados—. Para el hombre, nuestro sistema solar es mucho más que un grupo de rocas y masas gaseosas que giran alrededor del Sol. Los planetas vecinos tienen identidades. Son como una familia.

Toqué un poco la manivela de la réplica del Holbrook, principalmente porque sabía que él odiaba que yo lo tocara, y esperé a que el doctor Buenanueva me dijera una vez más que nuestro sistema solar era como la mente humana.

—Nuestro sistema solar es como la mente humana —me dijo—. Sus fuerzas son arquetipos de emociones y pasiones. Marte, la agresividad. Júpiter, la benevolencia. Etcétera. ¿Acaso no le dimos al sistema solar esos nombres porque estábamos construyendo un modelo de la mente humana?

Yo odiaba su metáfora del sistema solar y la mente. Para mí la mente no era

como el sistema solar. Era como una casa encantada. Y de las casas encantadas, por definición, no se puede hacer ningún plano. Para empezar, sus puertas nunca te llevan al mismo sitio.

—No entendemos el espacio exterior. No nos pertenece. ¿Qué clase de mente estaríamos describiendo con un planetario de, no sé, el sistema Kepler 36? ¿O Ípsilon Andrómeda?

—¿Una mente distinta, quizás? —le sugerí.

Creo recordar que le hice un par de preguntas más sobre sus planetarios. El reloj sólo había avanzado cinco minutos de mierda. Aunque la colección del doctor Buenanueva tenía más de cuarenta piezas, entre esferas armilares, planetarios telurios y planetarios de Orrery, en su consulta sólo había siete. Dos más en la recepción. El resto estaban en su casa. Las fotografías astronómicas, tanto las copias de fotos históricas como las que había hecho él con su telescopio de aficionado, eran parte de la colección pero una parte menos importante. No creo ni que estuvieran catalogadas.

Por desgracia, el doctor Buenanueva siempre adivinaba mis estrategias. Sacó un paquete de chicles de un cajón y se metió dos en la boca. Cuando siguió hablando, lo hizo a intervalos calculados entre masticaciones:

—Los dos sabemos lo que piensas de mis modelos planetarios. Y los dos sabemos también que tu interés en ellos siempre es una función de tu interés por distraerme de otras cuestiones. En este caso, del hecho obvio de que te ha pasado algo desde la última sesión. Algo ha cambiado. Algo te ha agitado.

—¿Algo? —pregunté, intentando usar el tono más sarcástico posible sin mostrarme desafiante.

—No hace falta que te recuerde que no vienes aquí a ocultarme las cosas que te pasan.

—¿Por qué tengo que estar ocultando algo?

Él me señaló con una mano.

—No has dejado de hablar desde que has llegado —dijo—. Pero evitando en todo momento hablar de ti. Tu lenguaje corporal también es interesante. Estás caminando en una órbita circular alrededor de tu silla, evitando acercarte a ella. ¿Es posible que te pasara algo el jueves por la noche?

Mi sistema nervioso simpático adoptó esa respuesta coordinada que en el reino animal se conoce como respuesta de lucha o huida. Aumento de la acción cardiaca y pulmonar. Enrojecimiento de la piel. Inhibición de la salivación. Y visión de túnel. Y en mi caso, al final del túnel estaba la carita sonriente y de ojillos entrecerrados del doctor Buenanueva, modelada a partir de la cara horripilante del doctor Sean Maguire de *El indomable Will Hunting*.

—¿El jueves por la noche? —pregunté yo. (Quizás la mejor defensa contra la inquisición psiquiátrica fuera repetir en tono interrogativo la última parte de cada una de sus aseveraciones. Como hacen los psiquiatras del cine.)

—El viernes no fuiste a clase.

—Estaba enfermo.

—¿Qué tenías?

—Una reacción alérgica.

—Tu hermana no llamó para avisar.

—Mi hermana tampoco fue a clase el viernes.

—Tu hermana va a la universidad. Y tu hermana no está en un programa de seguimiento continuo con el orientador de su escuela.

Necesitaba desviar la conversación. Intenté evadirme del túnel de mi visión. La escapatoria, si existía, debía de estar a los lados.

—Pero en realidad —dije—, ¿no es verdad que en un contexto de psicoterapia cualquier tema del que el paciente hable es válido? Porque cualquier tema revela rasgos del sujeto, ¿no?

—Ciertamente.

—Entonces no tiene nada de malo hablar de planetarios. Podemos hablar de planetarios y será útil.

—Y ha sido útil. —Ensanchó la sonrisa—. Revelador, ciertamente. ¿Por qué no te sientas en tu silla y me cuentas qué pasó el jueves por la noche?

Supe que había llegado el momento de capitular. Me senté en mi silla. La siguiente estrategia era revelar una versión restringida de la verdad que no fuera inmediatamente identificable como una versión restringida de la verdad.

—Conocí a alguien —dije por fin.

—¿Qué clase de alguien?

—No sé. Alguien interesante, supongo.

—Alguien interesante. Dime, Pol, ¿cuál es la última persona a la que recuerdas haber conocido? Antes de esta persona interesante a la que conociste el jueves, obviamente.

—No sé. ¿Usted?

—Ajá. Por tanto, y corrígeme si me equivoco, hace muchos meses que no conoces a nadie. Es un resultado de no relacionarte con la gente. Y ahora no sólo has conocido a alguien, sino además a alguien *interesante*. Dime: ¿qué hace interesante a esa persona?

Tenía que andarme con mucho cuidado. Lo pensé un momento y por fin contesté:

—Es inteligente. Y tiene problemas, supongo. Bueno, por lo menos el mundo piensa que tiene problemas.

Vi que el doctor Buenanueva masticaba su chicle entusiásticamente, como hacía siempre que nuestra conversación ratificaba sus ideas acerca de mí.

—En otras palabras —dijo—, te has conocido a ti mismo.

—¿Perdón?

—Una persona inteligente y con problemas que no termina de reconocer como problemas, a pesar de que «el mundo» —hizo comillas de aire con las manos— piensa que son problemas. En otras palabras, tú. Así es exactamente como tú te ves a ti mismo. ¿No es cierto?

Lo pensé. Por mucho que hiciera un esfuerzo, no podía pensar en nadie más distinto de Bronwyn que yo mismo. Pero no tenía por qué hacerle saber al doctor Buenanueva lo que yo pensaba al respecto.

—Tengo una pregunta —le dije.

—Adelante.

—Si a una persona no le gusta el mundo y se enfrenta a él —empecé con cautela—, a veces incluso de manera violenta...

—¿Sí?

—¿No es posible que esa oposición al mundo pueda estar justificada? Por ejemplo, por el hecho de que el mundo es una mierda. Y entonces, ese supuesto

trastorno antisocial, por llamarlo de alguna forma, no sería un trastorno. Sería, por llamarlo de alguna forma, una reacción sensata.

El doctor Buenanueva se reclinó en su asiento con expresión triunfal.

—Acabas de utilizar dos veces la expresión «por llamarlo de alguna forma» —dijo—. Pero cada una de esas dos veces significaba una cosa distinta. La primera vez significaba que sigues cuestionando la terminología clínica relativa a tus problemas personales. Pero la segunda vez significaba que tampoco estás seguro de que esa terminología sea inexacta. Pero respondiendo a tu pregunta: sabemos que una persona tiene un trastorno psicológico a tratar cuando esa condición le causa dificultades obvias para vivir. Cuando le hace sufrir. O cuando le impide socializar y llevar una vida normal. ¿Sabes lo que pienso?

—Obviamente no.

—Pienso que lo interesante de esa persona a la que has conocido es que por primera vez en mucho tiempo has dado un paso adelante en tu conocimiento de ti mismo. Y por mucho que te pese, te ha resultado interesante.

La conclusión del doctor Buenanueva era completamente idiota. Sin embargo, la dirección que estaba tomando nuestra sesión tampoco me perjudicaba de ninguna forma evidente.

—Tengo otra pregunta —le dije.

—Dispara.

—Supongamos que hay una persona a la que le diagnostican problemas mentales. Una especie de loco sagrado.

—Loco sagrado —repitió él.

—Una persona a la que Dios le habla, por ejemplo. Pero supongamos que Dios le habla de verdad. Y esa persona escucha. Pero Dios no habla con nadie más. O sea que todos lo toman por loco. Pero en realidad Dios le está hablando.

—Muy bien.

—¿Cómo se puede demostrar que no está delirando? —dije—. O sea, la existencia de Dios no se puede demostrar. Y no tiene mucho sentido para quienes no creen en él.

—Entiendo adónde quieres ir a parar. Ese loco sagrado tendría problemas para ajustarse a su entorno.

—También podría pasar que ese Dios fuera imaginario —continué—. Un delirio. Pero un delirio positivo. Por ejemplo, un Dios que te llevara por el buen camino. Cuando todos los demás siguen el mal camino. Aun así, no se puede demostrar que exista.

El doctor Buenanueva puso cara de que no le gustaba demasiado por dónde estaba yendo la conversación.

—Me estás hablando de algo que la teología llama el argumento ontológico —dijo por fin. Se sacó el chicle de la boca y lo tiró a la papelera que tenía debajo de la mesa—. Un ejemplo de argumento ontológico es el siguiente. Si Dios existe en la mente de las personas, si Dios es concebible, incluso por la gente que no cree en él, entonces ha de existir. Porque se puede inferir de una idea preexistente en nuestras conciencias. Ciertamente es un argumento válido para algunos. Pero contéstame ahora a una pregunta tú a mí. Si todo puede ser imaginado, ¿acaso ese argumento no sirve para justificar la existencia de absolutamente cualquier cosa?

Ahora fui yo quien se reclinó en su asiento, aunque en mi caso fue un subterfugio para mirar el reloj de la pared. Ya sólo quedaban quince minutos de sesión, y me pareció que estaba saliendo bastante airoso.

He releído este capítulo y creo que transmite una idea bastante fidedigna de cómo fue aquella sesión terapéutica. También he intentado incluir los pocos elementos interesantes que habían surgido durante nuestras sesiones previas. Después de que yo iniciara mi búsqueda de Bronwyn por Barcelona, mi relación con el doctor Buenanueva cambió.

Porque eso es lo que pasó a continuación: Bronwyn desapareció y no me quedó más remedio que buscarla.

Nunca más volví a verla en el Instituto de Salud Mental Buenanueva. Que yo sepa, jamás volvió. La esperé tres días después de nuestra charla sobre el argumento ontológico, el jueves, y no apareció. La esperé el jueves siguiente y tampoco apareció. La situación me empezó a generar una inquietud considerable.

No quería preguntar directamente por Bronwyn en la clínica. Eso habría revelado que había sido mi compañera de escapada de la semana anterior. Pero quería volver a verla.

El Instituto de Salud Mental Buenanueva era una clínica grande. Un palacete tardomodernista de tres plantas de la calle Còrsega donde trabajaba una veintena de médicos y orientadores. Bronwyn podía ser paciente de cualquiera de ellos. Sólo sabía que había estado allí dos jueves a la misma hora que yo. Me habría ido de perlas ver el libro de citas de la clínica, pero el libro de citas era un programa instalado en el sistema informático del centro. No tenía manera de acceder a él.

Durante un mes, la busqué con todos los recursos a mi alcance. Barcelona se me reveló como lo que son todas las ciudades. Una imagen de la ciudad celestial. Inabarcable. Sin fin. El Leviatán coronado que emerge de la tierra con su espada y su báculo. *Non est potestas super terram*. La serpiente del mundo, con barrios y avenidas en vez de escamas.

Ya iniciada mi búsqueda, cuando empecé a leer la obra de Cirlot, me di cuenta de que estaba recreando a mi humilde manera preadolescente las estaciones del amor cortés. Era un indigno *fenhedor*. Era un esperanzado *pregador*. Era un apasionado *entendedor*. Simplemente no había puñetera manera de encontrarla.

Pero la terminé encontrando, queridos lectores. La terminé encontrando. Y mi vida, que ya se había visto agitada por nuestro Primer Encuentro y seriamente demolida por el Segundo, se vino abajo del todo.

VI

El Primer Libro de Bronwyn

Quizás os sorprenda enteraros de que éste que estáis leyendo no es mi primer libro sobre Bronwyn.

Podría haber mencionado este dato antes. Quizás debería haberlo mencionado. La crónica de mis dos primeros encuentros con Bronwyn me ha tenido bastante ocupado. Pero es cierto: escribí un primer libro sobre ella que se titulaba, ejem, Primer Libro de Bronwyn.

No estoy seguro de cuándo exactamente empecé a trabajar en el Primer Libro de Bronwyn. Debió de ser unos días después de nuestro Segundo Encuentro. Para cuando empecé a buscarla, el libro ya tenía unas diez páginas escritas. Su ubicación física era un cuaderno de notas Leuchtturm1917 tamaño máster, de cubierta dura y negra y 233 páginas. Lo tengo aquí ahora mismo. Cuando me mudé a América, fue una de las pocas cosas que me traje. Y si tengo que ser sincero, ni siquiera sé muy bien por qué lo traje. Por aquella época yo estaba decidido a deshacerme de mis cosas. Me vine a Brooklyn con una sola maleta. No quería equipaje, ni recuerdos, ni continuar poseyendo las que habían sido mis posesiones. Quería hacer borrón y cuenta nueva. Y sin embargo, sí que me traje el Primer Libro de Bronwyn.

Hay que señalar que el Primer Libro de Bronwyn no se parecía en nada a éste. No tenía argumento ni estructura y sus anotaciones tampoco seguían ningún orden particular. Era una simple colección de notas, esquemas y textos inspirados por las cosas que me dijo Bronwyn durante los meses que duraría nuestra amistad. No tenía, hablando propiamente, ni principio ni final. Aun así, nunca conseguí llenar las 233 páginas del cuaderno. Me quedé a unas cuarenta del final.

Tampoco hubo un segundo volumen, aunque, tal como sugiere el título, iba a ser el primero de una serie. Supongo que lo más parecido a un segundo volumen es esto que estáis leyendo.

¿Por qué me traje aquel cuaderno Leuchtturm1917 a América? Quizás hubo una parte de mí que ya por entonces sabía que lo iba a querer releer algún día. Por supuesto, nunca habría sido capaz de escribir este libro sin aquél. Algunas de las cosas que se cuentan en sus páginas ya se me habían borrado por completo de la cabeza. Otras me resultan ininteligibles, o brillantes, o una completa decepción. Un poco como volver a un jardín que visitaste una vez de joven y recordabas como el rincón más misterioso y romántico del mundo, pero cuando por fin vuelves a él resulta ser un huerto vulgar y lleno de bichos y con un par de estatuas de esas que se compran en tiendas de carretera de las inmediaciones de los pueblos turísticos.

Pero basta de adelantarnos a los acontecimientos. Ya era principios de noviembre cuando Bronwyn se esfumó de mi vida. Y coincidiendo con su desaparición, apareció por casa mi madre.

Mi madre. Ese personaje que de vez en cuando baja del cielo con su mochila-cohete metafórica para ver cómo siguen sus vástagos. Aunque ya he dicho al principio de todo que en realidad no es un personaje de esta historia. Quizás sea más útil entenderla como divinidad tutelar que mira desde los cielos y ocasionalmente interviene en nuestros asuntos mortales.

Pensad en Hera, por ejemplo, la celosa reina del Olimpo, en caso de que Hera se hubiera divorciado y hubiera cambiado los celos por una existencia itinerante de conservadora del patrimonio cultural a sueldo de la Unesco.

O en Brigit, diosa del cielo y de las artes, montada en los cuatro ciervos de Yggdrasil, los Cuatro Vientos, rebautizados para el caso que nos ocupa como Airbus, Boeing, Gulfstream y Tupolev.

Como iba diciendo, era principios de noviembre cuando mi madre reapareció después de dos meses. Como siempre, dejó su maleta en su dormitorio y actuó como si nunca se hubiera ausentado. Bostezó, estiró teatralmente los brazos y

fue a mirar qué teníamos en la nevera. No teníamos nada en la nevera. Pedimos comida china.

Una vez sentados los tres a la mesa, procedimos a representar nuestro ritual periódico de reunión. Podemos llamarlo la Cena del Regreso. Lo representábamos con celo desapasionado de hombres de la Antigüedad que sacrifican cansinamente una cabra para celebrar que ha vuelto la primavera.

—Poca gente lo sabe —nos estaba explicando mi madre mientras sorbía con elegancia fideos de un recipiente de cartón—, pero la antigua ciudad sumeria de Ur terminó convirtiéndose en ciudad-cementerio. De metrópolis a necrópolis. ¿Qué os parece?

Parece un tema de conversación extraño para una reunión familiar, pero no lo era en absoluto en nuestra familia.

Una madre corriente se habría dedicado a preguntarnos a mí y a Oli por nuestros estudios, o a mí por mi terapia, o a Oli si tenía novio. Las cosas corrientes que preguntan las madres corrientes. Pero mi madre no era corriente. Mi madre hablaba de las cosas que ella consideraba adecuadas para una Cena de Regreso. Y tenía sus reglas al respecto. Por ejemplo, le parecía «de mal gusto» hablar de temas de actualidad. Tampoco podíamos hablar con ella de conocidos comunes porque no teníamos ninguno. Y jamás, bajo ningún concepto, hablaba de sus asuntos personales ni de los nuestros.

Seguramente sea la característica más relevante que Oli y yo hemos heredado de nuestra madre. Odiamos las conversaciones personales. Nunca hablamos de nosotros mismos ni, Dios no lo quiera, de nuestros sentimientos. Se trata, sin duda, del rasgo que más me gusta de mi familia.

Así pues, en el noventa por ciento de las ocasiones nuestras conversaciones terminaban girando en torno a los datos y anécdotas que nuestra madre coleccionaba durante sus viajes de trabajo. Como por ejemplo las tumbas de la ciudad sumeria de Ur.

—La ciudad empezó a decaer después de la Tercera Dinastía de Ur —siguió explicándonos—. Y para el año quinientos antes de Cristo ya estaba abandonada. Pero en realidad no lo estaba. No vivía nadie en ella. Pero seguía siendo una ciudad sagrada, de forma que la gente se mudaba a ella *después de morir*.

Hizo una pausa dramática, como dejándonos un momento para maravillarnos de aquel hecho.

—¿Lo has visto en un documental? —pregunté por fin, para romper el silencio.

—No, he estado en la antigua ciudad sumeria de Ur —dijo ella—. Alrededor del famoso Zigurat había un montón de templos y residencias de sacerdotes y sacerdotisas. Pero poco a poco lo fueron convirtiendo todo en mausoleos y cámaras funerarias. Iban a enterrarse allí reyes y reinas, nobles, comerciantes y artesanos prósperos. Imaginaos: una ciudad entera, con sus calles, plazas y edificios, pero habitada por los muertos.

Mi hermana y yo fingimos que nos lo imaginábamos.

—Necesito mil euros —dijo mi hermana, y hubo que reconocerle que lo dijo en el tono perfecto, haciendo que sus palabras fluyeran después de las palabras de mi madre como si su petición de mil euros viniera completamente a propósito de las tradiciones funerarias de Ur—. Mis amigas de la facultad se van una semana a Londres después de Navidad y quiero ir con ellas.

Mi madre sorbió más fideos, asintió levemente mientras masticaba y añadió:

—Quizás el sitio más fascinante de todas las ruinas de Ur sea lo que llaman la Gran Fosa Funeraria. Una habitación con setenta cadáveres, todos de mujeres, todos vestidos con tiaras y joyas. Los únicos objetos encontrados en ella son dos liras y dos estatuillas de un dios con cabeza de cabra. —Sonrió, genuinamente satisfecha, y por fin me miró—. ¿Tú también necesitas dinero?

Lo pensé un momento.

—Necesito ayuda —le dije—. Necesito entrar en el edificio de la universidad.

Ahora me toca retroceder un poco en la historia, un par de días o tres nada más.

Recapitulemos, pues, para ver de dónde venía mi petición de ayuda.

Mis primeras entradas en el cuaderno Leuchtturm1917 tamaño máster (que es una manera pija que tienen los fabricantes de cuadernos de decir A4) son de primeros de noviembre. Algunas de las ideas plasmadas en esas anotaciones

surgieron en la sesión de terapia con el doctor Buenanueva que he contado en el capítulo anterior. Por ejemplo, todo lo que dije del delirio religioso.

Una semana más tarde hay un salto en el cuaderno. Un mes sin apenas anotaciones. Son las semanas que siguieron a la desaparición de Bronwyn y que me pasé siguiendo su pista.

¿Cómo podía encontrarla? El primer paso era recopilar toda la información que yo tenía sobre ella. Que por fuerza iba a ser una lista corta.

Datos que yo conocía sobre Bronwyn:

Tenía unos dieciocho años. Quizás fuera un año más joven que mi hermana, que tiene cinco más que yo. Eso significaba que estaría en el último año del instituto o en el primero de la facultad. Si es que iba a la universidad.

Era paciente del Instituto Salud de Mental Buenanueva. Presumiblemente recibía tratamiento por su trastorno de oposición desafiante y su trastorno de conducta antisocial.

Vivía en Barcelona, o alrededores.

Tenía acceso a una gran cantidad de drogas.

Y básicamente eso era todo. En nuestros dos primeros encuentros, Bronwyn no me había dicho nada más de sí misma que yo pudiera recordar.

Sin embargo, me había hablado de su padre.

Me di cuenta entonces de que en realidad sabía bastante más del padre de Bronwyn que de ella. El padre de Bronwyn era escritor. O por lo menos había escrito un libro sobre el poeta Cirlot. «Sobre todo un libro sobre Bronwyn», en palabras de su hija.

Y tenía una fecha de nacimiento. El padre de Bronwyn había nacido el 7 de mayo de 1973. Cuatro días antes de la muerte del poeta.

No era gran cosa, pero quizás fuera suficiente para dar con la identidad del padre de Bronwyn. Que a su vez podía llevarme a localizar a su hija.

De manera que me puse manos a la obra. Me conecté al catálogo online de la red de bibliotecas públicas y apunté todas las referencias relativas a Cirlot. No puedo decir que hubiera muchos libros sobre él en la red de bibliotecas, pero alguno sí que había. La mayoría de las búsquedas con el nombre Cirlot se referían a una tal Victoria Cirlot, que me cayó instantáneamente mal por su

ubicuidad y por haber robado el apellido del poeta. (Y tal como no tardé en descubrir, también muchos de sus temas favoritos. Así cualquiera se hace popular.)

Pero sí que hice una lista de la media docena de títulos sobre Cirlot al alcance de un usuario de catorce años de las bibliotecas públicas de Barcelona provisto de una tarjeta del metro. También decidí hacerme con un ejemplar de su obra poética en dos volúmenes, editada en 2005 y 2008 por la editorial Siruela. Los dos volúmenes se llamaban respectivamente *En la llama* y *Del no ser*.

Empecé a dedicar todas las tardes después de la escuela a visitar bibliotecas en busca de libros sobre el poeta Cirlot.

Primero fui a las del centro, claro, mi territorio de caza habitual. La de Sant Antoni, que quedaba a dos calles de mi casa. La de Sant Pau i la Santa Creu, con sus muros medievales y su bonito patio lleno de pajarillos y heroinómanos. La de Francesca Bonnemaison, laberíntica y llena de recodos tranquilos donde pasar la tarde con un libro de Cooper Crowe, por ejemplo. Las nuevas y enormes de Fort Pienc y Jaume Fuster, las dos con aspecto de hospitales por donde una legión de bibliotecarios-camilleros pasaba empujando carritos llenos de libros enfermos o difuntos.

Llegué incluso a aventurarme en una serie de extrañas ubicaciones de la periferia de Barcelona adonde al parecer llega la red del metro. Torres y más torres de pisos de protección oficial acechando como centinelas en los confines de la ciudad. Horizontes envueltos en polución que hacían pensar en las siluetas llameantes de Orodruin, el Monte del Destino, y Barad-dûr, coronada por el Ojo Que Todo lo Ve. Abandona toda esperanza si te alejas demasiado del corazón de la ciudad.

Uno de aquellos días tuve que ir a un lugar llamado l'Hospitalet de Llobregat. Nunca en mi vida he salido de una boca de metro con tal sensación de estar saliendo de una de las bocas del infierno.

Era una ciudad obviamente construida para quitarte las ganas de vivir. Un lúgubre paisaje distópico en todas direcciones. Sin nada para aliviar la vista. El viento traía plantas rodadoras hechas de bolsas de plástico enredadas con

preservativos. Si se parecía a algo, era al Nueva York poseído de la saga Inferno de los antiguos tebeos de los X-Men.

Caminé tan deprisa como pude a la biblioteca de l'Hospitalet, hice mi consulta y volví al metro. En el camino de vuelta me vinieron a la cabeza las palabras de mi madre sobre la antigua ciudad sumeria de Ur: de metrópolis a necrópolis. El lugar en el que yo estaba ahora nunca había sido otra cosa que un cementerio. De necrópolis a metrópolis.

De Ur a l'Hospitalet de Llobregat.

Me quité la idea de encima con un escalofrío.

Una semana más tarde ya había consultado toda la bibliografía disponible sobre Cirlot. *Cirlot, ser y no ser de un poeta único*, de Antonio Rivero Taravillo. *Cirlot, el no mundo y la poesía imaginal*, de Clara Janés. *La habitación imaginaria*, que era el catálogo de una exposición del Centre d'Arts Santa Mònica. *Cirlot y los artistas del Correo de las Artes*. *Cirlot en Vallcarca*. *Cirlot: la mirada de Bronwyn* (documental, DVD). Y unos cuantos artículos en revistas literarias y antologías. Todo moderadamente interesante. Pero ninguno de aquellos autores había nacido en 1973.

Necesitaba cambiar de estrategia. Primero, sin embargo, leí la poesía completa de Cirlot.

Leí los dos volúmenes en dos noches sucesivas. Bronwyn tenía razón. Cooper Crowe y Cirlot eran lo mismo. Y sin embargo, eran completamente distintos.

La principal diferencia entre los dos era que se leían de forma distinta. Cooper Crowe era todo ideas. Ideas sobre política, sobre filosofía y el universo. Las ideas estaban todas bien claras en las páginas, sólo había que leer las metáforas con detenimiento.

El ciclo de los Exonautas, por ejemplo, era una sátira de la gente de nuestra época. Dueños de una tecnología prodigiosa. Libres de necesidades materiales. Perezosos y egoístas. El ciclo de Tara hablaba de cómo el mundo era una construcción irreal, creada por los poderosos. Sólo mediante la Revolución

Mental podía uno romper ese sueño y escapar al Otro Lado. Hasta el ciclo de Eritria tenía ideas si uno sabía encontrarlas.

En cambio, Cirlot no explicaba *nada*. Y mucho menos ideas. Pero no le hacía falta.

Empecé por el primer volumen de sus poemas: *En la llama*. Era obvio que Cirlot conocía perfectamente el Otro Lado del que hablaba Crowe. Había estado allí, y no le hacía falta recrearlo contando argumentos filosóficos porque seguía estando allí. Durante una parte del tiempo al menos, *vivía* en el Otro Lado. Puede que lo llamara de otra manera, pero era obviamente un Psiconauta.

El mundo de Cirlot estaba dividido. Por un lado había un mundo estúpido, donde las cosas no tenían sentido, o por lo menos no tenían importancia. Pero también ese mundo estúpido era bueno. Era bueno porque, cuando estabas en él, sabías que tenías que marcharte. El otro mundo era donde estaban las visiones de Cirlot. Era un universo negativo. Y era fabuloso en todos los sentidos, aunque estaba muerto. Quizás alguna vez hubiera existido, pero ya no. Bien pensado, daba igual que hubiera existido o no. Casi mejor que no.

Bien pensado, lo fabuloso que tenía el Otro Lado de Cirlot era justamente que estaba muerto. Si hubiera estado vivo, habría sido mil veces más difícil llegar a él.

Era importante no mezclar aquellos dos mundos. En una sección del libro titulada «80 sueños», Cirlot avisaba: «Oigo una voz que me dice: No visites jamás de día los lugares donde duermes de noche, porque corres el peligro de crear dos vidas que mutuamente se destrocen».

(Al leer esto me di cuenta de que los artistas de mierda y los escritores de mierda no entienden que no se pueden juntar los dos mundos.)

Cogí un lápiz y me puse a subrayar a la luz de mi lamparilla de noche.

En un poema titulado «El interior del vértigo», Cirlot hablaba de su casa. «Mi casa comunica con las fuerzas / que perforan los mundos y los alzan / en la cima furiosa de esa sombra / sin principio ni fin que me alimenta.» Nuevamente el poema omitía todas las explicaciones. Pero no hacían falta. Todo estaba allí para quien lo supiera entender. La casa donde vivía Cirlot estaba dentro de su cabeza, claro. Puede que fuera una casa de verdad, de piedra, llena de libros y con

espadas en las paredes. Pero él era capaz de dar la vuelta al universo y poner dentro de su cabeza lo que estaba fuera y fuera lo que estaba dentro.

El mundo de mierda se llamaba a veces Barcelona. Otras veces no tenía nombre. El Otro Lado se llamaba a veces Cartago. Pero también tenía otros nombres. Siempre estaba lleno de ruinas, eso sí.

El *Canto de la vida muerta* contaba algunos viajes a aquel lugar. O quizás fueran instrucciones para llegar allí. Otra de las secciones, «Poemas de Cartago», tenía descripciones mucho más nítidas. Cirlot se paseaba por aquella Ciudad de la Nada, llena de muertos y damas de piel plateada y niñas vestidas de blanco.

Lo más asombroso del Otro Lado de Cirlot, sin embargo, era que allí había alguien. Sí, vale, había fantasmas. Gente muerta. Soldados que se levantaban de sus tumbas. Había las cosas que todos imaginamos que hay en un mundo muerto. Pero también había alguien *real*. A medida que pasaba las páginas y presenciaba los encuentros del poeta con ese alguien, se me empezó a poner la carne de gallina.

En el Otro Lado de Cirlot había una mujer. Y aquí era donde se complicaba todo.

La mujer aparecía bajo formas distintas, pero era obvio que siempre era la misma. También estaba claro que la mujer era lo mismo que el Otro Lado. O que el Otro Lado vivía dentro de ella. También entendí, al cabo de un rato de leer, que Cirlot no había descubierto a aquella mujer en el Otro Lado. Ya la conocía. Había hablado con ella muchas veces. La mujer era su alma. Su parte inmortal. En un poema incluso se lo decía: «Mi alma eres tú, Lilith».

En otro poema, «Susan Lenox», Cirlot estaba bebiendo vino en un bar. No pasaba nada. De hecho, lo que pasaba era *la nada*. Una nada que lo devoraba todo. Luego la nada se transformaba en el infinito y la mujer se materializaba en una gran sala abandonada, sonriendo, con flores en el pelo. Casi se me cayó el libro de las manos.

En otro poema, «La dama de Vallcarca», Cirlot caminaba por una Vallcarca convertida en el Infierno. Cruzaba el río del olvido; atravesaba paisajes megalíticos y por fin llegaba a una casa de hierro. La dama de Vallcarca lo estaba esperando en un jardín, vestida de rojo y hablando en latín.

A veces, cuando no era un demonio, la mujer era un ángel. De hecho, muchas veces era un ángel. Como en un poema que decía:

*Con mi traje de sapo y de cristales,
con mi espada comprada a un anticuario,*

con mis libros de magia y papel muerto,

con mis odios de torre entre alambradas.

*Con mis dedos de humano constituido,
te cito, arcángel roto en pensamientos.*

*Baja con las palabras del crepúsculo,
baja con amatistas afiladas.*

La segunda noche, cuando empecé a leer el segundo volumen (*Del no mundo*), la cosa se volvió todavía más extraña. La mujer se había convertido en la Reina de las Tinieblas, y ahora Cirlot ya no caminaba en su busca. Ya no visitaba Cartago. Ahora su poesía eran sólo plegarias. Oraciones oscuras. Estaba aprendiendo a invocarla con mucha más confianza y habilidad.

*Reina de los cementerios invisibles,
Reina de los exterminios luminosos,
Reina de las esmeraldas que suplican,
Reina de las manos desenterradas,
Reina de las espadas que padecen,
Reza por mí.*

Para cuando llegué al Ciclo de Bronwyn, ya entendía todo lo que me había contado del poeta Cirlot la otra Bronwyn; mi Bronwyn. Todas las diosas eran una misma diosa, que se había materializado un día en un cine, saliendo de las aguas de un lago. Cirlot no paraba de decir que Bronwyn estaba hecha de ceniza. Y ahora él también estaba muerto. Por fin los dos se habían reunido.

No pude terminar de leer los poemas de Bronwyn aquella noche. De hecho,

creo que nunca los he leído todos seguidos. Había muchos, y al cabo de un rato empezaban a producir efectos extraños en la mente. Creo que el Otro Lado era menos amenazador si llegabas a él de forma más gradual y prosaica. Como con los libros de Cooper Crowe. Empecé a entender por qué Cirlot tiene esos ojos tan raros en las fotos. Como ojos de Boris Karloff, si Boris Karloff tuviera esas espirales en los ojos que se les ponen a veces a los personajes de dibujos animados.

Al final pasé una página y me encontré con algo que no me esperaba. El poema, o lo que fuera, se titulaba «Bronwyn, n». Y decía algo así: ¹

Yrb
row
nwb
Rwynyr nyrwynyr byrwynyr
Wyn Ywr

¿Qué coño era aquello? Cerré el libro de golpe y lo dejé en la mesilla. A fin de cuentas ya había aprendido lo que necesitaba. Y además, tenía que reconocerlo: el Otro Lado de Cirlot daba un poco de miedo.

Todavía no conocía a *Death in June*, pero de eso hablaremos más tarde.

Y llegamos otra vez a la Cena de Regreso de mi madre. Los tres todavía sentados a la mesa, delante de una escena final shakespeariana de recipientes de cartón vacíos de comida china. *Tito Andrónico* desde la perspectiva de los cartones saqueados. *Las alegres comadres de Windsor* desde la de las panzas satisfechas.

—Necesito ayuda —le dije a mi madre—. Necesito entrar en el edificio de la universidad.

Mi madre me miró con curiosidad, que era una forma de mirarme poco habitual en ella. No es que mi madre no sienta cierta curiosidad sobre mí, supongo. Principalmente imagino que siente curiosidad por el hecho biológico de que hayan salido otras personas de ella. Pero mi madre es de esas personas adultas que obviamente no tienen ningún interés por los niños o por la gente

joven en general. Sólo puede relacionarse con nosotros fingiendo que somos adultos cortos de luces.

—Eso suena interesante —me dijo por fin—. Quizás puedas explicarme algo más.

De forma que le expliqué mis problemas con la bibliografía secundaria sobre el poeta Cirlot y con cierto exégeta de su obra que no estaba presente en el catálogo de bibliotecas de la Diputación. Por supuesto, lo atribuí todo a un puro interés intelectual. Mi madre no mostró ninguna extrañeza. Para ella, sentir un interés puramente intelectual por las cosas era lo normal.

—La Universidad de Barcelona tiene muchos más fondos bibliográficos —le dije a modo de conclusión—. Pero para entrar en su biblioteca hay que ser investigador, profesor o alumno.

Mi madre asintió con la cabeza. Mi petición tenía todo el sentido. En calidad de investigadora académica, mi madre se movía por las bibliotecas universitarias igual que un Exonauta de los libros de Cooper Crowe se mueve por las épocas geológicas de la Tierra. Para ella no existían las puertas cerradas. Al regreso de uno de sus últimos viajes, por ejemplo, nos había contado cómo su prestigio personal le había abierto las puertas de la Biblioteca Histórica de la Universidad de Salamanca. Una sucesión de pasillos con puertas acorazadas y (presumiblemente) haces rojos de láseres entrecruzados. Al final del tour, un señor que hablaba muy bajito —aunque allí no había nadie más— te abría unos armarios renacentistas llenos de todos los manuscritos apolillados de la literatura medieval europea.

Mi madre rascó con un palillo chino el fondo de un cartón vacío de fideos y volvió a asentir con la cabeza.

—No te puedo conseguir un pase de investigador porque tienes catorce años y no trabajas para ninguna institución —me dijo por fin—. Pero Olivia —dijo, señalando a su hija— tiene un carnet de la UB.

Miré a mi hermana con el ceño fruncido. Por supuesto, yo *sabía* que mi hermana era técnicamente estudiante universitaria. Simplemente era un dato que no solía tener muy presente. Quizás por el hecho de que Oli *no parecía* una universitaria. Volví a mirarla ahora en busca de signos de inquietud académica.

Los eternos minishorts por encima de unas medias rotas. El tatuaje. La sudadera promocional de su banda favorita, Die Antwoord. El peinado asimétrico con un lado de la cabeza afeitado. Mi hermana no parecía una universitaria. Parecía una figurante de videoclips de hip hop que trabaja a cambio de droga.

—¿Qué carrera me dijiste que estudiabas? —le pregunté.

—No lo puedes preguntar en serio.

—Lo pregunto en serio.

—Joder, Pol.

—Lo siento.

—Estudio Derecho.

Tuve que esforzarme para que no se me escapara la risa. Con la cara lo más seria que pude, asentí con la cabeza.

—¿Me puedes prestar tu carnet de la UB para entrar en la biblioteca de la universidad?

—Depende.

—¿De qué depende?

—¿Qué saco yo a cambio?

—Lo que quieras.

—Trato hecho.

—¿Qué quieres a cambio?

—Te lo diré cuando se me ocurra.

—Vale.

Y así fue como resolví el misterio de la identidad de Bronwyn. Al día siguiente usé el carnet de mi hermana para franquear el torno de entrada de la biblioteca de la Facultad de Filología, situada a doscientos metros de mi casa, en la plaza Universitat. El libro del padre de Bronwyn había estado todo aquel tiempo a la vuelta de la esquina. Pasé allí menos de diez minutos. Sólo tuve que ir a la sección Literatura Española → Poesía → Monografías → Cirilot. Saqué el libro del estante y lo abrí por la solapa. Efectivamente. El nombre del autor era Francesc X. Ruiz. Nacido en Barcelona en 1973. Hojeé el libro y vi que era un estudio sobre el ciclo poético de Bronwyn. El hombre que había en la fotografía

no se parecía a la Bronwyn que yo conocía, pero era cierto que su mirada recordaba un poco a la mirada de hipnotizador hipnotizado de Cirlot.

El libro se titulaba simplemente *El sueño y el mito*. Era por eso que yo no lo había podido encontrar antes, ni en las bibliotecas públicas ni en internet. El título no mencionaba ni a Cirlot ni a Bronwyn.

Ya estaba a punto de marcharme cuando vi que el libro contiguo al que acababa de sacar también estaba firmado por Francesc X. Ruiz. Lo saqué del estante. Se titulaba *El jardín colgante*, y era un estudio sobre una docena de escritores visionarios de varias épocas. Cuando llegué al final del índice, casi se me cayó el libro de las manos.

Había un capítulo dedicado a Cooper Crowe. Se titulaba «El mito de Tara en la tradición del arte gnóstico».

Por eso Bronwyn conocía tan bien a Crowe. Debía de haberse criado en una casa llena de sus libros.

Cogí los dos libros y me fui a una máquina de autoservicio de préstamo confiando en que no tuviera escáner retinal ni dispositivo de reconocimiento facial que viera que yo no era mi hermana. No lo tenía. Registré el préstamo de los dos libros. Una bibliotecaria se me quedó mirando con el ceño fruncido, pero para cuando por fin se decidió a salir de detrás de su mostrador para ver qué hacía un niño sacando libros de su biblioteca, yo ya estaba alejándome con zancadas de gigante hacia la salida. No me persiguió.

Ya en la calle, miré la cubierta de los dos libros del padre de Bronwyn.

Ruiz. Bronwyn se llamaba Bronwyn Ruiz.

Sentí que la ciudad acababa de hacerse cien veces más pequeña.

VII

Cooper Crowe en su pirámide

He contado antes que me mudé a Brooklyn con una sola maleta.

No recuerdo todo lo que llevaba en ella. Debía de haber ropa, claro, lo cual no deja de ser irónico. Que la mayor parte del espacio de mi Arca de Noé personal lo ocupara una ropa que en cuestión de meses se me quedaría pequeña y sería olvidada.

Pero ahora quiero hablar específicamente de mis tres fotografías de Cooper Crowe, que también se salvaron de la quema y terminaron haciendo conmigo el viaje a América.

Me hice con aquellas tres fotografías entre los once y los doce años de edad, y las tuve en la pared de mi habitación del piso de la Ronda de Sant Antoni hasta que nos fuimos de allí. Eran las únicas fotografías que tuve nunca en mi habitación. Ocupaban el mismo lugar emocional que los pósteres de deportistas y cantantes pop y los retratos familiares y dibujos de infancia que uno encuentra en los dormitorios de la gente joven conectada con su entorno social.

Las tres fotos formaban un triángulo escaleno encima del escritorio MALM donde yo tenía mi ordenador portátil.

La primera ocupaba el vértice inferior, y en realidad ya la he descrito hace unos capítulos. Era la foto de contraportada de la edición de bolsillo de *Adiós a todos los adioses* que yo había comprado en la Community Bookstore. A mi regreso en Barcelona la había fotocopiado, ampliándola al ciento cincuenta por ciento, y la había puesto en un marco de la tienda de todo a un euro, con un pequeño paspartú de cartulina blanca.

La foto sigue siendo hoy en día una de las imágenes más icónicas de Cooper Crowe. Conozco su historia gracias a un texto autobiográfico que Crowe incluyó

en su libro *London Mannerisms*. Fue tomada en Hampstead Heath, en septiembre de 1968 (por tanto, Crowe tenía veintinueve años), con ocasión de la primera edición del Festival Gratuito de Rock de Camden, celebrado en un escenario al aire libre al pie de Parliament Hill.¹ La foto, sin embargo, no parece tomada en las laderas despejadas y ventosas de Parliament Hill, sino quizás en los márgenes boscosos del costado oeste o noroeste del parque, en el Vale of Health o incluso en Spaniards Inn Road. Robles ancianos y nudosos. Ramas retorcidas y tentaculares. Cielo con filtro violáceo de película vampírica de Hammer Films.

En el primer plano, Crowe luce una versión temprana de su clásico atuendo de cowboy de la era hippie. Sombrero oscuro de ala ancha, con una especie de pañuelo atado en torno a la banda. La melena negra hasta los hombros. La barba larga y rizada. El abrigo de cuero negro y tan largo que sólo deja asomar las punteras de sus botas de vaquero. Y una bufanda larguísima estilo Doctor Who que parece la misma que lleva en sus demás fotos de la época.

La foto lo muestra de pie junto a un árbol caído. Las manos hundidas en los bolsillos. La cabeza inclinada hacia abajo y los ojos mirando burlones a la cámara. Detrás de su espalda, una robusta vanguardia de robles retorcidos y vetustos.

Mi primera impresión al ver la foto en la Community Bookstore había sido que Crowe estaba en un cementerio. En Highgate, por ejemplo, o algún otro de esos cementerios neogóticos de la era victoriana. Uno casi buscaba con la mirada un ángel de piedra entre las ramas. Pero en realidad, si la mirabas con atención, no había nada que hiciera pensar en un cementerio.

La segunda foto formaba el vértice derecho del triángulo escaleno, y era más grande. Tenía el tamaño de una página de la revista musical *MOJO*, porque yo la había sacado de una revista *MOJO* antigua, donde había salido publicada a página entera. La había montado en un soporte sin marco, con cubierta de cristal acrílico y clips metálicos en los cuatro lados. Era el peor de los tres marcos, porque dependiendo del ángulo en que miraras la foto, lo único que veías era tu cara y la luz de la bombilla reflejadas en el cristal.

Encontré aquella revista *MOJO* en una caja de viejas revistas musicales de

una parada del Mercat de Sant Antoni. Una intuición me hizo hojear la revista después de ver el nombre de la banda Hawkwind en la portada. La fotografía tenía textura satinada de papel de revista y conservaba el pie de foto en la esquina inferior derecha:

Cult Sci-Fi author Cooper Crowe —here portrayed with occasional bandmate Robert Calvert— was a major lyrical influence on Hawkwind. He wrote two dozen songs for the band and contributed vocals to «Warriors» and «The Wizard Blew His Horn».

En la fotografía, Calvert está hablando y Crowe lo está escuchando, o por lo menos haciendo ver que lo escucha, sin mirarlo directamente. Calvert lleva camiseta ajustada de tirantes y sus eternas gafas de aviador (la leyenda atribuía su trastorno bipolar al fracaso de su sueño de infancia de convertirse en piloto). Crowe tiene la cabeza un poco gacha y está sonriendo. Es posible que esté diciendo que sí con la cabeza. Quizás de esa manera en que sonrío y dice que sí con la cabeza la gente que le está siguiendo la corriente a alguien. Es imposible deducirlo de su cara, porque Crowe tiene básicamente la misma expresión en todas las fotografías: una mueca de burla astuta, como si le estuvieras sacando la foto y él estuviera viendo ese oso pardo que tú no ves pero que se te está acercando por detrás.

En la segunda foto Crowe va vestido casi igual que en la primera. El sombrero de ala ancha es distinto y la barba tiene otra forma. Pero el abrigo de cuero negro y la bufanda larga que le cuelga hasta casi tocar el suelo son las mismas. La segunda foto es de 1973, y sólo se sabe que fue tomada en la salida de un concierto en Ladbroke Grove. Crowe, sin embargo, ya ha empezado a cambiar. La cara se le ha vuelto mofletuda, y la panza le cuelga por encima de la cinturilla de sus pantalones de serpiente de Jim Morrison.

Pese a todo, esa segunda foto representa el clímax de la fama de Cooper Crowe. La docena de hippies que pululan por el fondo de la imagen son un microcosmos de la época. Plumas en los sombreros. Camisas de chorreras. Chicas con vestidos de aspecto medieval. Los doce apóstoles de la Última Cena Ácida. A lo largo de la década de 1970 Crowe publicó una cincuentena de libros, colaboró con bandas de rock, participó en festivales, escribió cómics, pintó

murales e hizo performances. Era a la bohemia de Londres lo que César Borgia a las catacumbas y pasadizos secretos de la Santa Sede.

La tercera fotografía de mi dormitorio era completamente distinta.

La tercera fotografía, que ocupaba el vértice superior del triángulo, debe de ser de finales de los ochenta. Es una fotografía de verdad. Una copia de una foto promocional de la época de *Diosa Londres* que encontré en mi primer viaje a Londres, cuando tenía doce años. A cambio de acompañarla, mi madre me llevó a Skoob, una cueva de libros de segunda mano ubicada en la frontera entre Bloomsbury y Holborn. No era la Community Bookstore de Brooklyn, está claro. Aun así, te podías perder fácilmente un par de horas por sus pasillos con olor a pulpa rancia de papel.

La foto tenía el marco más bonito de los tres, con textura de plata envejecida, y no le puse paspartú porque la foto ya tenía unos bordes blancos muy anchos. Estaba dedicada a un tal Nathan, que estoy convencido de que también era el dueño del fanzine con el collage de Crowe y la pirámide que encontré en la misma cubeta.

En la tercera fotografía, Crowe ya es otra persona. Siempre fue alto y corpulento, pero a partir de 1980 aproximadamente ya se lo puede calificar tranquilamente de *grueso* o *fondón*. Lleva un jersey de lana por encima de una camisa con pajarita. La barba corta y el pelo peinado hacia atrás y recogido presumiblemente en una coleta que no se ve en la foto.

Sigue teniendo su mirada de burla, pero por culpa de su metamorfosis, casi parece que se esté mofando de su propia domesticación.

También hay algo ligeramente desconcertante en esa tercera foto: parece que está sentado a una mesa con un bolígrafo en la mano y firmando algo que queda fuera del marco de la foto. Por tanto, parece que esté firmando la misma foto firmada dentro de la cual está él.

No existen biografías de Cooper Crowe. He reflexionado bastante sobre el porqué.

Una razón posible es que, aunque mucha gente no lo sepa, Cooper Crowe está

vivo.

Vive en Texas, desde hace casi cuarenta años. Supongo que se mudó lo más lejos que pudo del lugar donde se había hecho famoso. Por lo menos en distancia metafísica. La verdad es que nunca he encontrado ninguna explicación de por qué se marchó de Inglaterra y se fue a vivir a un rancho en medio del desierto. Ni en entrevistas ni en ninguna otra parte. Lo único que sé es que a partir de aquel momento no se sabe nada de su vida personal.

Otra razón para que nadie haya intentado escribir su biografía.

En su primera época, desde finales de los sesenta hasta finales de los setenta, Cooper Crowe escribió muchísimos libros. Más de cien. Libros pequeños, eso sí. Tal como señaló Bronwyn en nuestro Segundo Encuentro, Crowe siempre escribía sus libros en tres días. Los escribía en la cama y a mano. Su famosa velocidad de escritura se debía a las bencedrinas. Igual que Jimmy Tantalus, el espía hermafrodita del Cuarteto de Tantalus, Crowe se alimentaba básicamente de esa forma de anfetaminas.

De esa época son sus ciclos y sagas más famosos. La serie de los Exonautas. La serie de Tara. El Cuarteto de Tantalus. La serie de Dorian Hawkwind. La serie de Eritria. Crowe podría haber muerto en 1979, después de terminar el último libro de Tantalus, y aun así sería Cooper Crowe. El mejor escritor de todos los tiempos.

Pero no murió. Y siguió escribiendo.

Su escritura cambió en los años ochenta. De su máquina de escribir anfetamínica dejaron de salir libritos acelerados de ciento cincuenta páginas. No más maravillosas portadas pulp descoloridas por el paso de las décadas. No más Avon Books, DAW, Dell y Ace Doubles. Los libros se volvieron gordos y complejos. Es la época de *Diosa Londres*, que no ganó el Premio Booker por poco. Aquel año lo ganó un tal Kingsley Amis, lo cual me parece una suerte. Los buenos artistas nunca obtienen el reconocimiento de su época. Los genios todavía menos.

De hecho, Crowe nunca se convirtió en un autor de masas. Sus libros eran demasiado inteligentes. Podría haber llegado al gran público en 1973, cuando se estrenó la adaptación al cine de *El ordenador final*, la primera novela del

Cuarteto de Tantalus. Pero igual que la novela, ese canto a la revolución anarquista, las anfetaminas y la tecnología surrealista, la película era demasiado extraña para salir de las salas de arte y ensayo llenas de humo de cigarrillos de Camden Town. Fue un fracaso rotundo y cayó en el olvido de inmediato.

Quizás lo más cerca que Crowe estuvo del gran éxito fue la Saga de Eritria. Protagonizada por el príncipe Rodric, con su característica melena blanca, Eritria no tardó en convertirse en la saga de espada y brujería para el público exigente. Allí donde *El señor de los anillos* era reaccionaria y complaciente, Eritria estaba llena de ideas revolucionarias, libertarismo visionario y sexo extraño. Durante los años setenta y ochenta tuvo un público considerable entre los lectores de fantasía. Podría haber ido a más si se hubiera hecho alguna de las muchas adaptaciones al cine que se rumoreaban de vez en cuando. Pero para entonces Crowe ya era un misántropo desinteresado en llevar sus creaciones a la gran pantalla.

En Texas, Crowe cimentó su reputación de autor de culto. Aunque sus protagonistas y escenarios no habían cambiado, ahora sus libros eran gigantescas creaciones modernistas, densas y experimentales. La crítica saludaba sus libros con admiración. Sus novelas de esta época, sobre todo *Diosa Londres e Isabella*, figuraban entre los mejores libros del mes, del año, de la década. Crowe, entretanto, ya estaba lejos del mundo.

Ya no tengo en mi casa muchos libros de Cooper Crowe. Sigo postergando el momento de leer los pocos que nunca leí. Hace casi un lustro que Crowe ha dejado de publicar. Sé que cuando lea los que me faltan ya no me quedarán más. Y me dedico a retrasar ese momento igual que un naufrago retrasa el momento de abrir la última lata de conservas que llegó flotando a la playa junto con él.

Mis tres fotografías de Cooper Crowe tampoco decoran ya mi pared. Están en un armario, en la caja donde guardo los últimos vestigios arqueológicos de mi vida en Barcelona. Me basta con saber que están ahí.

No recuerdo por qué no metí también en la maleta el fanzine que encontré en la cubeta de Skoob. Sé que en aquella época yo lo consideraba igual de importante que las fotografías. Lo llegué a leer tantas veces que las grapas

terminaron por caerse y la tinta de las fotocopias ya apenas se distinguía del fondo blanco de la página.

No es que fuera una lectura tan apasionante. Se titulaba *La pistola de agujas*, en honor del arma favorita de Jimmy Tantalus. Sus veinte páginas incluían un puñado de relatos escritos por fans, cartas escritas por fans y un par de artículos de prensa de Crowe que alguien había mecanografiado otra vez reverencialmente y con faltas de ortografía. Imagino que lo que me fascinaba de aquel fanzine era la constancia de que hubieran existido otras personas lo bastante obsesionadas con los libros de Cooper Crowe como para armar aquel artefacto casi litúrgico.

Llevaba el número 3 y la fecha de la cubierta era Primavera de 1979. Treinta y un años antes de que yo lo encontrara en una cubeta de saldos.

Lo mejor del número 3 de *La pistola de agujas* eran la portada y la contraportada, las únicas páginas que tenían color. La portada era una ilustración hecha por un fan que mostraba a Fontana D'Arcy, la más enigmática de los Exonautas. Con su piel plateada, su melena gris fluyendo alrededor del cuerpo como una criatura viva y el recatado vestido victoriano que se ponía para visitar el Londres del pasado.

La contraportada era un collage. Mostraba a Cooper Crowe en su época de cowboy lisérgico, los brazos en alto como si estuviera invocando a alguna bestia primigenia. De fondo, el artista había pegado una imagen psicodélica del espacio exterior. Bajo sus pies, una pirámide egipcia, posiblemente un homenaje a las pirámides del Universo 4 del mundo de Tara.

Los pies en el pasado primigenio de la especie. Los brazos en el universo expandido de Terence McKenna y William Burroughs.

Sólo me falta añadir un breve apunte para terminar este capítulo, que en realidad no es un capítulo de esta historia. Supongo que es más bien un ensayo sentimental sobre la Era de Cooper Crowe.

Algo sucedió el día después de que yo encontrara los libros del padre de Bronwyn en la biblioteca de la UB. Algo que me trajo una Intuición Cristalina de Cosas que Estaban a Punto de Venir.

Sucedió en la sala de espera desquiciadamente limpia del Instituto de Salud Mental Buenanueva. Supongo que debería haberme dado cuenta nada más entrar en la clínica. Pero se da el caso de que estaba enfrascado en leer el ensayo sobre Cooper Crowe que había escrito el padre de Bronwyn.

Incluso para alguien relativamente poco interesado en la literatura crítica, era un ensayo interesante. Hablaba de la Saga de Tara. Aunque en realidad hablaba de Crowe en general y de las ideas que había en sus libros.

La Saga de Tara trata de una ciudad, Tara, que en realidad no existe.

O sea, sí que existe. Por lo menos está claro que existe para todo el mundo que tiene la mala suerte de vivir en ella. Pero en realidad es un Sueño de Sexto Grado. Me explico:

La Saga de Tara describe un universo creado por unos seres llamados los Soñadores. En realidad tienen varios nombres, dependiendo de quién hable de ellos. Sus adeptos los llaman Psiconautas y sus detractores, Daimones. Esos Soñadores originales vivieron —o viven, no está claro— en el mundo real. Aquí tengo que explicar qué quiere decir Crowe con «mundo real». Quiere decir que sus habitantes pueden alterar la realidad a voluntad. O sea que es más real que, por ejemplo, nuestro mundo. Una realidad muy superior. Los demás mundos que no son el suyo son por lo general bastante siniestros, y cuanto más lejos están del Universo 1 original, más asco dan. Y menos poder tienen sus pobladores. En cualquier caso, los Soñadores crean con sus sueños esos otros mundos imperfectos. Vienen a ser sus obras de arte.

Sé lo que estáis pensando: que los Psiconautas son dioses. Pero en realidad, para Crowe, los Psiconautas son hombres. Hombres que han alcanzado todas sus posibilidades creativas y espirituales. Son artistas divinos, por decirlo de alguna manera. Son la representación metafórica de la capacidad de crear que tiene todo ser humano.

La ciudad de Tara es un Universo 6. Quiere decir que es un sueño dentro de un sueño dentro de un sueño dentro de un sueño dentro de un sueño. Fue soñada, obviamente, por alguien que se quedó dormido en un Universo 5.

Dentro de la escala de mundos chungos, la ciudad de Tara es de los peores. El

mundo entero de Tara se está terminando. Los cataclismos la han dejado reducida a un montón de ruinas. Alrededor tiene un océano de veneno. Está parcialmente abandonada y sus habitantes pasan hambre y sufren epidemias.

Pero un sueño también es una cárcel, y eso es importante porque significa que se puede escapar de él. Despiertos, podemos actuar sobre nuestro mundo. Pero cuando soñamos, el sueño es una corriente que nos atrapa y nos lleva. Cuando intentas hacer algo en un sueño, descubres que o bien corres sin moverte del sitio, o que no llevas pantalones, o que siempre escribes la misma frase aunque ni siquiera sea la frase que quieres escribir. Así pues, para escapar de Tara, sus habitantes tienen que aprender a salir de ese sueño. Que es justamente lo que hace su protagonista, Dayana de Nix. Ascender por la escalera de los universos, por medio de rituales que despiertan la conciencia.

El ensayo de Francesc X. Ruiz hablaba de esa escalera de los universos. Contaba que era como las antiguas representaciones del universo de los gnósticos. Y como el árbol de la vida de los cabalistas, que tenían que aprender a subir por sus esferas hasta alcanzar la esfera superior, que era Dios.

Todo muy bien. Aunque yo tampoco terminaba de entender qué sentido tenía escribir un ensayo para contar lo mismo que ya decían las propias novelas de Crowe. Supongo que era un intento de exponerlo de forma más fácil. Pero la literatura *ya es* la manera más fácil de explicarse a sí misma. Los libros de Tara, como *La liebre de medianoche* o *Ángeles, prestadme vuestras alas*, decían lo mismo que el ensayo del padre de Bronwyn, pero mejor. Es como la diferencia entre ver un pollo y que te venga un tipo que dice ser experto en pollos y se ponga a explicarte cómo es un pollo. Y el tipo te hace una lista de las características de los pollos y te explica cómo funciona un pollo. Pero en realidad sigue siendo mucho más útil ver un pollo.

Yo estaba enfrascado en estas cuestiones cuando levanté la vista y vi que pasaban cinco minutos de mi cita con el doctor Buenanueva. La enfermera no había venido a buscarme. No es que me importara perderme cinco minutos de las tonterías del doctor Buenanueva, pero esto no había sucedido nunca.

Y entonces se abrió la puerta de la sala de espera y entraron el doctor Buenanueva en persona y dos policías.

Me quedé mirando a aquellos agentes uniformados por encima de mi libro. El doctor Buenanueva era tirando a bajito y cabezón, y eso le obligaba a mirar hacia arriba para hablar con los policías, que eran más altos y fornidos que él.

—Ya sabe usted dónde encontrarnos —le dijo uno de ellos.

El doctor Buenanueva les estrechó la mano a los dos, les dio las gracias por todo y los acompañó a la recepción.

Y en aquel momento me vino a la cabeza lo mismo que seguramente os debe de estar viniendo a la cabeza a vosotros.

Bronwyn.

VIII

El héroe se transforma en manos del mentor

Y ahora os contaré cómo encontré a Bronwyn.

Por supuesto, lo primero que hice al descubrir su apellido fue introducir las palabras Bronwyn + Ruiz en una búsqueda de Google. Y la encontré.

De la media docena de resultados de la búsqueda, pude descartar inmediatamente todos menos uno. Los cinco primeros eran perfiles sociales de mujeres de otras partes del mundo que compartían nombre y apellido con ella. El sexto, sin embargo, era obviamente la Bronwyn que yo había conocido.

Era un anuncio de un recital en una sala de conciertos de Barcelona llamada Màgia Roja, publicado en la página web de la misma sala. Y decía lo siguiente:

RITUAL DE EQUINOCCIO VIERNES 22/9

Puertas abiertas 20.00

21.00 BRONWYN RUIZ

(Barcelona, Poesía apocalíptica)

22.00 IVO CÁRCELES

(Barcelona, Noise/Industrial/Neofolk)

Cuando volví a mirar la fecha del anuncio, vi que el recital no se había celebrado en el presente año, sino el anterior. No importaba demasiado. Si Bronwyn había estado allí y había hecho un recital de poesía, o de lo que fuera, yo tenía claro que se acordarían de ella.

El hallazgo me produjo una ligera sensación de resquemor: Bronwyn nunca me había mencionado que escribiera poesía. Quizás fuera una parte de su pasado de la que no se sentía orgullosa. O quizás —me susurró un demonio malévolo

sentado en mi hombro— me consideraba un niño al que no valía la pena confiar aquellas cosas.

Apunté la información de la página web. Ya pensaría qué hacer con ella, pero entretanto tenía otra pista que seguir.

Internet sólo recordaba un acontecimiento de la vida de Bronwyn Ruiz, pero sabía mucho más de su padre. Y una de las cosas que sabía era que trabajaba de profesor de literatura comparada en la Universitat Pompeu Fabra. La página web de la universidad daba toda clase de detalles sobre su actividad académica, incluido el edificio donde tenía su despacho (Jaume I), su horario de visitas (Mi/Vi 16.00-19.00) y el número de su puerta (2-101). No me llegué a plantear en ningún momento qué pasaría si yo me encontraba cara a cara con Francesc X. Ruiz, pero eso no me disuadió de hacerle una visita.

Era un miércoles de noviembre —el día siguiente de la visita de la policía al doctor Buenanueva— cuando salí de clase, caminé hasta la plaza de Urquinaona entre las hordas de turistas y cogí el metro que llevaba al campus de la UPF en la Ciutadella.

Encajado entre el zoológico y la Vila Olímpica, el Campus Ciutadella era un complejo de tres edificios institucionales decimonónicos que supongo que debieron de ser imponentes hasta que a alguien se le ocurrió remozarlos con un horrendo estucado de color rosa. Cada uno ocupaba una manzana entera.

Una vez cruzabas la verja institucional flanqueada por una guardia pretoriana de universitarios fumadores, entrabas en el Edificio Jaume I propiamente dicho. El interior era una versión pavimentada con cemento del patio interior de una manzana del Eixample. Alrededor discurrían dos pisos superiores de galerías con columnas altas. Al otro lado de las columnas se veían las ventanas de lo que imaginé que serían aulas, o quizás despachos. Había una escalera en cada esquina del patio. Escogí una al azar.

Caminé por los pasillos con la cabeza gacha y esos pasos transparentemente cautelosos de quien intenta no llamar atención hacia sí mismo en un lugar donde está claro que no debería estar. Sólo podía confiar en que mi mochila del

instituto funcionara como camuflaje. Tuve que dar varias vueltas al edificio hasta encontrar el despacho 2-101, pero apenas me crucé con nadie. No sé dónde estaban los alumnos y los profesores del programa de literatura comparada, pero no estaban allí.

Tampoco había nadie esperando delante de la puerta del profesor Ruiz. La razón la encontré cuando me detuve delante del despacho 2-101. Pegado con cinta adhesiva a la puerta había un trozo de papel, con el membrete institucional de la facultad y un texto impreso que decía:

Quedan suspendidas hasta nuevo aviso todas las clases y actividades académicas del profesor Francesc X. Ruiz.

Los alumnos con trabajos académicos y de investigación pendientes de evaluación se dirigirán a la Dirección del Departamento.

Mi imaginación volvió a levantarse de su mesa de detective y contempló con el ceño fruncido la pared de las evidencias. Al lado de la fotografía mental de los policías saliendo del despacho del doctor Buenanueva acababa de aparecer una fotografía del padre de Bronwyn, idéntica a la de la solapa de su libro pero tachada y con la inscripción: ACTIVIDADES ACADÉMICAS SUSPENDIDAS. Una línea trazada con rotulador rojo y regla unía ambas imágenes.

Y en pleno momento de perspicacia detectivesca se abrió de golpe la puerta del despacho del profesor Ruiz. No tuve un paro cardíaco adolescente de milagro.

La mujer que acababa de aparecer al otro lado de la puerta no era el padre de Bronwyn. Si yo hubiera echado un vistazo más detenido a la placa que había debajo del número de despacho, habría visto que el despacho lo compartían tres docentes con horarios parcialmente solapados.

—¿Venías a ver al profesor Ruiz? —me dijo con un matiz de impaciencia la presunta docente. Deduje que yo era un obstáculo en su salida del despacho, porque llevaba el abrigo puesto y una bolsa colgada del hombro.

Al parecer, consideró que mi falta de respuesta era una respuesta afirmativa.

—Eres de primero, ¿verdad? —me preguntó, mirándome con expresión calculadora—. ¿Dónde has estado toda la semana? Esto —dijo, dando un

golpecito al papel explicativo de la puerta— se comunicó a todos los alumnos a principios de semana. ¿No lo has recibido en tu correo electrónico?

—He estado fuera —improvisé—. ¿Qué le ha pasado al profesor Ruiz?

—El profesor Ruiz ha tenido un percance personal —me dijo, haciéndome un gesto para que me apartara de en medio y la dejara salir del despacho y cerrar la puerta con llave—. Si eres de primero, esta misma semana se anunciará el sustituto. Intenta leer los mensajes que te enviamos. Aunque estés *fuera*.

Y se alejó sin mirar atrás.

Y así llegamos a la fecha de mi tercer encuentro con Bronwyn. Que no fue un encuentro propiamente dicho.

Yo llevaba ya un par de días pensando en qué hacer con la información que había encontrado sobre Bronwyn en internet. Y llegado aquel punto, lo único que se me había ocurrido era ir a investigar sobre el terreno a la sala de conciertos Màgia Roja. En la pared de pruebas del despacho de mi detective interior, debajo de la fotografía tachada del padre de Bronwyn, había aparecido un espacio vacío con la leyenda màgia roja — recital de poesía apocalíptica entre interrogantes.

A la izquierda de aquel espacio vacío había aparecido también una fotografía de Ivo Cárceles. Sí, yo también había introducido su nombre en Google. Y no me había encantado lo que había encontrado.

Ivo Cárceles tenía, al menos en mi opinión, una cara que no invitaba a mirarla. De hecho, invitaba a comprar un billete de avión lo más deprisa posible y volar tan lejos como pudieras.

Era difícil decidir qué elemento de su fisionomía o de su apariencia resultaba más desagradable o amenazador. Era extremadamente flaco, y no precisamente de una manera que te hiciera sentir lástima por él ni que sugiriera que estaba enfermo o que acabara de escapar de un conflicto bélico o una hambruna. Era extremadamente flaco y *parecía culpa suya*. Como si el odio hubiera consumido toda la materia no esencial de su cuerpo.

Su cara era todo huesos y tenía una frente muy grande y rematada por una

especie de cresta mohicana corta que parecía ser su peinado oficial, o por lo menos el que llevaba en todas las fotos. A juzgar por lo que vi en internet, solía actuar a pecho descubierto, quizás para enseñar todos los tatuajes que tenía en el torso y en los brazos. Varios de aquellos tatuajes parecían ser símbolos ocultistas. De lado a lado del pecho tenía tatuada con letras góticas la palabra HEILIGE!, que una rápida consulta reveló que significaba «santo» en alemán. El tatuaje que más me intrigó, sin embargo, fue uno que no se veía en muchas fotografías porque lo llevaba en el costado izquierdo, sobre las costillas. Representaba una mano enguantada sosteniendo un látigo y un número seis, todo dentro de un círculo.

Yo estaba a punto de conocer muy bien aquella imagen, pero por entonces todavía no sabía qué era. Entendía, eso sí, que no podía ser coincidencia que ya la hubiera visto dos veces. En cualquier caso, la copié mentalmente en la pared de las pruebas de mi despacho imaginario y no volví a pensar en ella.

Supongo que el elemento más hostil de la fisonomía de Ivo Cárceles eran los ojos. Siendo muy benévolo, se podría haber calificado aquellos ojos de desafiantes. Pero sólo si eras *muy* benévolo. Si no lo eras, o bien si no te gustaban los eufemismos, se podría haber dicho perfectamente que aquellos ojos rezumaban odio puro. Me dediqué a mirar todas las imágenes que Google había podido encontrar, con la esperanza de que mi impresión de aquellos ojos fuera resultado de un encuadre desafortunado, o de que la cámara hubiera captado por accidente el momento más iracundo del peor día de la vida de su sujeto.

Pero no. Ivo Cárceles tenía la misma mirada en todas las fotos. No era una cuestión circunstancial. Era claramente un rasgo estructural. Examiné un rato su cara hasta comprender a quién me recordaba.

Se parecía a una versión joven del actor Klaus Kinski. Y cuando digo que se parecía a Kinski, no quiero decir que su mirada recordara a la mirada de Kinski, ni tampoco que se le pareciera de esa forma subjetiva e indefinible en que el doctor Buenanueva se parecía a Robin Williams. No. Ivo Cárceles se parecía *de verdad* a Klaus Kinski. Podría haber sido perfectamente su hijo, en el caso de que Kinski hubiera tenido un hijo de unos veinticinco años en Barcelona.

¿Qué más información encontré sobre él? Internet lo describía como músico

experimental y artista de performances. Algunos rasgos de estilo que los críticos destacaban:

Directos agresivos, con ocasional lanzamiento de salivazos y objetos.

Volumen excesivo según los estándares de la mayoría de las salas de conciertos convencionales.

Uso simbólico del cable de micrófono como látigo para autoflagelarse.

Influencia del rock industrial clásico de los años setenta y ochenta.

Letras controvertidas, aunque pude encontrar pocos detalles al respecto.

Público entregado. La expresión aparecía en dos reseñas distintas de sus conciertos que encontré.

El último lanzamiento discográfico de Ivo Cárceles era el CD-R Totenkopf IV, autoeditado, edición de 333 copias.

¿Pero cómo podía yo entrar en Màgia Roja? Volví a odiar el hecho de tener catorce años. Si hubiera tenido la edad de mi hermana, por ejemplo, todo habría sido fácil.

Al cabo de un día de romperme la cabeza, sin embargo, tuve que resignarme al hecho de que lo más parecido a la edad de mi hermana que iba a conseguir tener era mi hermana.

Supongo que yo no visitaba mucho a Oli en su habitación. La verdad es que ni siquiera cogía nunca el pasillo que llevaba de la cocina a su parte de la casa. Cuando aquella noche fui a llamar a su puerta, experimenté una extraña sensación de transgresión mezclada con unos recuerdos sorprendentemente lejanos de aquel pasillo.

La cuestión es que la vida que llevábamos mi hermana y yo no generaba ninguna necesidad de invadir el territorio del otro. Así estaba establecido desde tiempos inmemoriales. Oli tenía la mejor habitación de nuestro piso de la Ronda de Sant Antoni: un dormitorio grande y luminoso con balcón que daba al interior de la manzana y a la parte de detrás de los edificios de la calle Valldonzella. Yo tenía la segunda mejor, que estaba en el otro extremo del piso, en el lado de la Ronda. Mi madre, que almacenaba casi todas sus posesiones personales en su

oficina, ocupaba un cuarto ridículamente pequeño situado en mitad del pasillo. Su cama, la mesilla y el ropero estaban encajados en su habitación con habilidad de japonés soltero que vive en un armario de 2 x 2 metros y dedica su tiempo libre a jugar al Tetris.

Debía de ser cierto que yo no visitaba jamás la habitación de Oli, porque aquella noche estuve llamando un buen rato con los nudillos a la puerta y cuando por fin salió a abrir, tenía esa cara de pánico que sólo se le ve a la gente cuando les anuncias una desgracia familiar.

—¿Qué? ¿Qué te pasa? —me dijo, mirándome de arriba abajo—. ¿Estás bien?

—No me pasa nada —le dije—. ¿Por qué sólo llevas puesta una toalla?

—¿A ti qué te importa, tarado? ¿Por qué me llamas a la puerta?

—Quiero hablar contigo.

—¿No podías mandarme un mensaje de texto?

—Oli, estamos en la *misma casa*.

Oli suspiró. Estaba de pie en el quicio de su puerta entreabierta, bloqueando mi perspectiva del interior de su dormitorio. Como si yo tuviera algunas ganas de ver lo que tenía allí. He dicho que sólo llevaba puesta una toalla, pero la verdad era que llevaba dos. Una en la cabeza como si fuera un turbante y la otra alrededor del cuerpo de esa forma en que se ponen una toalla las chicas para taparse la sección del cuerpo que va desde las tetas hasta las rodillas. Y sin embargo, yo había estado en la cocina y sabía que ella no venía de ducharse. ¿Acaso se había instalado una ducha en el dormitorio?

—¿Quieres pasar? —me dijo, recordando quizás alguna obligación ancestral de hospitalidad hacia los parientes a los que hace años que no ves.

—No —le contesté en tono escandalizado, como si me hubiera preguntado si quería verla desnuda—. Sólo quiero hablar. Ven a la cocina.

Nos sentamos a la mesa de la cocina. Aunque mi hermana se había vestido, la situación seguía siendo ligeramente incómoda, o por lo menos extraña, de forma que saqué la cena y la puse entre nosotros para dar cierta impresión de normalidad.

Nuestras cenas eran (y siguen siendo) operaciones alimentarias reducidas a

los componentes estrictamente mínimos para merecer el título de cenas. Tampoco requerían ninguna variación. Siempre cenábamos lo mismo: Oli cenaba humus del supermercado con salchichas de tofu. Yo alternaba los sándwiches de queso cheddar con los de atún y mayonesa. Era otro rasgo que habíamos heredado de nuestra madre. No es que mi madre careciera por completo de interés por la comida. Pero le interesaba sólo de la forma en que le interesa la comida a una persona sin techo: como combustible. Bien pensado, creo que también tenía la misma perspectiva del *Maker's Mark*.

Le serví a mi hermana su tarro de humus y las salchichas en un plato y me senté frente a mi sándwich.

Ella le dio un bocado a su salchicha y me preguntó mientras masticaba:

—¿De qué tienes que hablar conmigo? —me preguntó.

—Necesito un favor.

—¿Otro favor?

—Te agradezco mucho que me prestaras el carnet de la UB —le dije—. Y me ha ayudado mucho. Pero sí, ahora necesito otro favor.

—A ver.

—Necesito que me lleves a un bar. Esta noche.

Mi hermana soltó un bufido de burla.

—¿Para qué quieres ir a un bar? No tienes la edad. Y con tu medicación tampoco puedes beber.

—No quiero beber. Y no me interesan los bares —dije, aunque no estaba cien por cien seguro de esto último. Si estaba Bronwyn en ellos, quizás sí me interesarán—. Tengo que entrar en un bar a preguntar algo. Lo ideal sería hacerlo sin llamar la atención. Y si voy contigo, llamaré mucho menos la atención. Los hombres siempre te miran a ti, y además tienes pinta de ir mucho de bares.

—Cuidado con lo que dices, listillo.

—Perdón. Pero esto es muy importante para mí. Sólo te pido que entres conmigo un momento. Entrar y salir. Y luego ya te puedes ir con tus amigas, o con quien sea que vas cuando sales.

—No sé. Esto es muy raro. ¿No puedes llamar por teléfono al bar y te ahorras el viaje?

—Por favor, Oli.

—Eres tú quien me debes un favor a mí. —Oli masticó su salchicha—. Me preocupa que te estés imaginando que soy la Madre Teresa y que no hace falta devolverme los favores.

—La bondad de la Madre Teresa era un mito. Lo sabe todo el mundo.

—Si hago esto por ti, y todavía no está claro que lo vaya a hacer, vas a tener que devolverme los dos favores *con intereses*.

—Muy bien —dije, con toda la solemnidad que se puede tener mientras te estás comiendo un sándwich.

—¿Y dónde está ese bar, si puede saberse?

—No está lejos —dije, poniendo todas mis fichas en la casilla de la vaguedad—. Aunque el bar en sí quizás suponga un pequeño problema.

—Un pequeño *problema* —repitió ella.

—Lo digo sólo porque, bueno —me encogí de hombros—, creo que no tengo la pinta adecuada para entrar en ese bar. O sea, si voy así llamaré la atención. Si no es mucho pedir, me iría bien que me ayudaras a, bueno, cambiar de aspecto.

—A cambiar *de aspecto*.

—Ya sabes. De estilo. Y a aparentar que tengo más de catorce años, si puede ser.

Con franqueza, yo me temía que aquella petición adicional daría al traste con las ganas de ayudarme de mi hermana. Que Oli me mandaría a hacer gárgaras, vamos. Pero cuando levanté la vista de mi cena, lo que vi en su cara no fue rechazo. Mi hermana me estaba mirando con los ojos muy abiertos y expresión interesada. Mi falta de experiencia en la vida, sobre todo con las mujeres, me había impedido prever ese efecto universal de entusiasmo que provoca en todas las hermanas mayores la oportunidad de transformar estilísticamente a sus hermanos pequeños.

—Enséñame ese bar —me dijo, señalando con la cabeza mi portátil—. Necesito ver qué clase de bar es y qué gente va.

Diez minutos más tarde, estábamos los dos en su habitación.

La habitación de mi hermana resultó no tener nada interesante. Había un futón en el suelo, con la sábana sucia de restos de comida y rodeado de los restos

de un tsunami de ropa sucia, productos de higiene íntima, cepillos para el pelo, iPads, preservativos, cajas vacías de galletas y cómics en estado de semidesintegración. A un lado de la habitación había un tocadiscos con sus altavoces y dos docenas de discos apoyados en la pared. En una gesta de interiorismo, la habitación no tenía ninguna superficie horizontal que no fuera el suelo. Ni estantes ni repisas ni armarios. El suelo era la ingeniosa solución de diseño al problema del almacenamiento.

—No sabía que comías galletas —le dije, señalando las cajas vacías de galletas.

—Ésta es mi habitación, y lo que pase aquí dentro es asunto mío —me contestó ella enigmáticamente—. Ven, acércate a la luz.

He dicho al principio de esta historia que fue mi hermana quien me hizo de madre durante mi infancia. Sólo gracias a esto pude soportar lo que vino a continuación. Si no habéis pasado por el horror de ser literalmente el muñeco de vuestra hermana mayor, dejadme que os diga que hay pocas experiencias que degraden más a un hombre. Pero al final del proceso, que requirió que me probara *mucha* ropa de mi hermana, Oli ya se había decidido por un atuendo para mi misión:

Un viejo chaquetón de la tienda de ropa militar usada del barrio, que originalmente había tenido en la manga una de esas banderitas alemanas pero ahora en cambio tenía un parche negro con las palabras BLACK y FLAG, respectivamente, encima y debajo de cuatro rectángulos verticales.

Por debajo del chaquetón, una camiseta negra con una imagen de una iglesia en llamas encima de la palabra BURZUM.

—¿Qué es BURZUM? —le pregunté.

—Fíate de mí, es un rollo bastante chungo. Si la llevas, no creo que nadie piense que tienes catorce años.

El atuendo se completaba con unas Doc Martens rojas y pantalones de pitillo viejos. Las dos cosas procedentes de un rincón de la habitación en el que mi hermana guardaba ropa vieja dentro de bolsas de basura.

—Están nuevas —me explicó—. No me las pongo porque ya nadie lleva Doc Martens rojas. Pero seguro que en un sitio así todavía se pueden llevar.

—Muy bien —dije.

Yo había pensado que los pitillos y las botas eran los toques finales del atuendo. Pero no. A continuación Oli se me puso al lado y me cogió un mechón de pelo con los dedos.

—No puedes ir con este pelo —dijo—. Tenemos que hacer algo con él.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño—. ¿Qué le pasa a mi pelo?

—Que llevas peinado de niño de diez años.

—*No llevo peinado de niño de diez años* —dije, ruborizándome al darme cuenta de que sí lo llevaba.

—Así no vas a entrar ni de broma —dijo, y se puso a tocarme el pelo con expresión pensativa.

—¿Me puedes cortar tú el pelo? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—No sé cortar el pelo pero te puedo afeitar la cabeza —me dijo—. Eso te haría parecer mayor seguro.

—¡Oli! —exclamé—. No me puedes afeitar la cabeza. ¿Qué le diríamos a mamá? ¿Y al doctor Buenanueva?

Oli lo pensó un momento.

—Les podemos decir que hay piojos en tu escuela —dijo por fin.

—¿Piojos en mi escuela? *Voy a tercero de ESO.*

—Vas a una escuela de educación especial —me dijo, como si eso explicara la presencia de piojos.

—Voy a un programa de educación especial dentro de una escuela secundaria normal.

—Muy bien —me dijo—. Si se te ocurre alguna explicación mejor, soy todo oídos.

Cuando salimos de la habitación, mi madre estaba en la cocina, comiendo atún directamente de la lata. Se nos quedó mirando con curiosidad mientras nos alejábamos por el pasillo y nos metíamos juntos en el baño. Cuando salimos al cabo de media hora, yo ya no tenía pelo.

—¿Qué cojones te has *hecho*? —dijo mi madre, señalándome la cabeza cuando pasamos otra vez por la cocina.

—Hay piojos en la escuela —contestamos mi hermana y yo al unísono.

Me miré en el espejo de cuerpo entero que había en la pared del cuarto de mi hermana. Tardé en reconocermé ese segundo y medio que tardan en reconocerse a sí mismos los participantes en todos esos concursos de televisión que consisten en transformar a personas poco sofisticadas en fantoches. No es que dedique mucho tiempo en general a mirarme en el espejo, pero aquel día no podía quitarle los ojos de encima a aquel cliente ficticio de bares postpunk que Oli había creado. Mi hermana, sin embargo, me estaba mirando con expresión crítica. Era obvio que tenía algo más en mente.

—¿Qué? —le pregunté.

—Espera aquí —me dijo.

Volvió al cabo de un minuto con un lápiz de ojos.

—¡No! —dije—. ¡Ni hablar!

—Calla. Me has pedido un favor y te estoy haciendo el favor.

—¡Los ojos no!

—¿Prefieres ir tú solo al bar de los cojones?

Y así se consumó la humillación final. Gracias a Dios, para cuando salimos mi madre ya se había retirado a su cuarto.

IX

La Calle del Paraíso

Lo cierto era que M`agia Roja no estaba tan cerca como yo hab´ıa dado a entender a mi hermana.

Cogimos el metro en plaza Catalunya en medio de esa horda posthist´orica que coge el metro en plaza Catalunya los viernes por la noche. Familias de turistas con helados semiderretidos. Estudiantes de intercambio con barbas rab´ınicas. Asistentas dom´esticas latinas vestidas como Madonna en 1990. Perros con bandanas llevando de bares por Gr`acia a sus due˜nos con pa˜uelos palestinos.

Por mucho que evitara mirar al doppelg`anger de ojos delineados y camiseta de BURZUM que me observaba desde el reflejo de las ventanillas del vag´on, yo estaba viviendo toda una experiencia extracorporal. Concretamente, me ve´ıa a m´ı mismo desde un punto elevado del vag´on como si fuera uno m´as de aquellos j´ovenes morlocks urbanos que viajaban por los t´uneles del subsuelo en busca de intoxicaci´on barata. A mi lado, desconectada de su entorno, mi hermana se comunicaba por medio de mensajes de texto con aquella entidad igualmente incorp´orea que era su generaci´on.

Nuestro destino estaba en una de esas calles narcotizadas del norte de Gr`acia que parecen m´as bien calles de Vallcarca que han emigrado al sur en busca de fortuna y de un clima m´as benigno.

M`agia Roja, o por lo menos el edificio cuya direcci´on coincid´ıa con M`agia Roja, no ten´ıa ning´un letrero que lo identificara. De hecho, no parec´ıa en absoluto un bar ni una sala de conciertos. Parec´ıa un garaje, con esas puertas met´alicas t´ıpicas de garaje, sobre las que alguien hab´ıa pintado inveros´ımilmente un mural de s´ımbolos ocultistas. Y estaba cerrado. Indudablemente cerrado. Sus puertas de garaje estaban cerradas con unos candados como pu˜nos.

—Pero mira que eres tarado —me dijo mi hermana—. ¿No te dije que llamas por teléfono?

Apoyé una mano sobre la puerta de garaje, que me transmitió unas vibraciones cardiacas de música rítmica en el interior.

—Tiene que haber una manera de entrar —dije, golpeando la puerta varias veces—. Quizás una contraseña o algo así.

—Di «amigo» y entra —le dijo mi hermana en tono sarcástico a la puerta.

Me dediqué un rato a palpar esperanzadamente la puerta hasta que llegaron por la calle dos personas con aire furtivo y llamaron a un timbre que había medio escondido en los recovecos de la entrada. El timbre hizo que se abriera una puertecita encajada en los portones metálicos y los cuatro entramos a una nave de cemento oscura y llena de humo.

Màgia Roja era un espacio laberíntico y extrañamente acogedor. En uno de los recovecos delimitados por columnas de hormigón, una banda de música emitía unos chirridos rítmicos que su público escuchaba con atención distraída mientras bebía cerveza de lata. Todo el mundo parecía sostener una lata de cerveza. Ahora que estaba allí, tuve que rendirme a la sabiduría de mi hermana. Vale, en el metro me había sentido fuera de mi cuerpo, pero en aquellas catacumbas de cemento mi nueva apariencia me hacía sentirme más o menos adecuado. Consideré la posibilidad de sacar una lata de cerveza vacía de la papelera y sostenerla para pasar desapercibido.

—¿Ahora qué? —me preguntó Oli, contemplando el local con cara distraída.

—Dame un minuto —le dije.

Me acerqué a la barra y esperé a que uno de los camareros se fijara en mí.

—¿Conoces a Bronwyn? —le pregunté.

—¿Bronwyn? —El camarero me miró con cara inexpresiva.

—Bronwyn Ruiz.

—No conozco a nadie que se llame así.

—Hizo un recital aquí hace un año con Ivo Cárceles.

El camarero me miró un momento.

—Creo que me acuerdo —dijo sin entusiasmo—. Una niñata bastante impertinente. Que recitaba una poesía de mierda.

—Esa misma —ratifiqué—. He quedado aquí esta noche con los dos. ¿Los has visto?

—¿Has quedado aquí con Ivo Cárceles?

Asentí con la cabeza, intentando aparentar naturalidad, o incluso una pizca de desinterés.

—No sé quién te ha dicho que iba a estar aquí —dijo, desviando su atención a otro cliente que le hacía señas—. Ivo Cárceles está en su bar. Está allí todas las noches —dijo, y se alejó.

Me quedé de pie frente a la barra, intentando pensar en qué hacer a continuación. Por suerte, no tuve que hacer nada. El camarero volvió y me señaló un montón de pasquines promocionales de bares y fiestas que había en la esquina de la barra. Cogió uno y me lo dio.

—Esta noche tienen concierto —me explicó—. Pero si vas un poco más tarde, lo encontrarás.

Me alejé de la barra mirando el folleto promocional del bar de Ivo Cárceles. Se llamaba La Calle del Paraíso, y estaba en la parte baja del Raval, en una de las callecitas que salían de la calle Sant Pau. Estaba pensando que la suerte me sonreía, y que mi búsqueda iba mejor de lo esperado, cuando vi que mi hermana no estaba. O por lo menos no estaba en el sitio donde yo la había dejado.

Sólo hacía diez minutos que habíamos entrado, pero el bar ya parecía más lleno. Me abrí paso por entre los clientes con sus latas de cerveza. Por fin divisé la figura envuelta en humo de Oli. Estaba sentada en un taburete del fondo, en compañía de un tipo. Y eso que sólo llevábamos allí diez minutos. No se podía decir que yo hubiera tenido nunca una vida social con mi hermana. Aun así, me constaba que los hombres se comportaban con ella igual que se comportan los niños mendigos de Calcuta cuando ven a un hombre occidental con fajos de billetes asomando de los bolsillos. Dependiendo de las circunstancias, el atractivo de mi hermana podía resultar conveniente o bien un verdadero coñazo. Me acerqué a ella y carraspeé. Oli volvió la cabeza y se me quedó mirando.

—¿Qué? —me dijo, como si no supiera quién era yo. O como si yo fuera un perro que le acabara de traer una rata muerta. Si tenéis hermanas mayores, sabréis de qué os estoy hablando.

—Tenemos que ir a otro bar —le dije—. En el Raval.

—Claro —me contestó—. Para que puedas llegar allí y preguntar cuál es el siguiente sitio al que tienes que ir, ¿no?

No supe qué decirle.

—Me has hecho venir hasta aquí y ahora te vas a esperar —me dijo—. Por lo menos hasta que me beba esta cerveza. —Y volvió a su conversación con el tipo, un barbudo un poco mayor que ella que estaba haciendo esfuerzos sobrehumanos para apartar la vista de las piernas de mi hermana.

Intenté distraerme a base de pasear por el bar, pero estaba demasiado lleno y en algunas partes el sonido retumbaba tanto en las paredes de hormigón que me dolían los tímpanos. La gente que estaba mirando el concierto no parecía tener tímpanos, lo cual explicaba el hecho de que no estuvieran retorciéndose de dolor y tapándose los oídos. Al cabo de un rato de mirar fijamente los pósteres de las paredes como si fueran cuadros de un museo, me rendí a la evidencia de que no sabía qué hacer yo solo en un bar. Volví con mi hermana.

—¿Tienes anfetaminas? —le pregunté cuando conseguí que volviera a mirar en mi dirección.

—¡¿Qué?!

—Anfetaminas. O speed.

Mi hermana me agarró del brazo y se me llevó aparte.

—¿Pero a ti qué te pasa? —me dijo—. ¿Estás mal de la cabeza? Bueno, obviamente estás mal de la cabeza, pero mucho más de lo que yo pensaba. ¿Tomas anfetaminas?

—Tomé una vez.

—Tienes un puto problema si crees que te voy a dejar tomar *drogas* con tu historial médico.

—Hace tres años que estoy bien —protesté—. Me quitaron la olanzapina hace dos y medio. Soy una persona normal.

Mi hermana me miró con el ceño fruncido. Ya he contado que mis recuerdos de la Era de las Furias y de la Era Sin Tenedores son vagos y fragmentarios. Aun así, me acuerdo de mi hermana en aquella época. Me acuerdo de la cara con que me miraba a veces. Una cara parecida a la de ahora, llena de cálculos mentales.

Como la cara que se nos queda cuando descubrimos que la persona más cercana a nosotros no es la persona que creíamos, sino un agente durmiente que nos ha engañado durante años.

—Puedes beberte *una* cerveza —me dijo por fin—. Y donde yo te vea. Y nada de aceptar bebida ni droga de desconocidos.

Un par de horas, una docena de cervezas y un par de vodkas con tónica más tarde, mi hermana, su acompañante y yo doblamos dando tumbos la esquina de la calle Sant Pau para meternos por una callejuela donde resplandecía el letrero luminoso de La Calle del Paraíso.

Yo había visto a Oli borracha muchas veces, claro. O sea, la había visto llegar a casa tambaleándose, gatear por el suelo en busca de las llaves y caminar apoyándose en las paredes en busca de su habitación. Incluso había aprendido a levantarme medio dormido para cerrar la puerta del piso detrás de ella y recoger las cosas que se le caían en lugares inverosímiles.

Lo que no había visto nunca era el camino de excesos que llevaba a aquel palacio de sabiduría inversa. Ahora lo tenía delante. Mi hermana tenía los ojos desenfocados, se estaba intentando encender un cigarrillo del revés y caminaba de una forma curiosa que hacía pensar que su forma de caminar natural era caminar hacia atrás y ahora en cambio estaba intentando caminar hacia delante a modo de experimento.

Los tres nos detuvimos en la boca del callejón y contemplamos a la pequeña multitud congregada frente a la puerta de La Calle del Paraíso. Se acababa de terminar el concierto de dentro. El gentío que ahora se desparramaba por la calle era el ejemplo perfecto de ese parecido que hay entre los públicos de los conciertos de rock cuando salen a la calle y las víctimas de incendios y terremotos cuando por fin consiguen abandonar la escena de la catástrofe. Parpadeando perplejos. Sentándose en los bordillos para encender cigarrillos. Deambulando en grupos de dos o tres como si no consiguieran orientarse. El acompañante de mi hermana le quitó el cigarrillo de los labios y le dio la vuelta para encendérselo.

—Hay un vigilante en la puerta —dije yo.

—Este crío no va a entrar ni de broma —dijo el acompañante de mi hermana, señalándome.

Estoy seguro de que el acompañante de mi hermana tenía nombre, pero no lo recuerdo. En aquellos momentos venía a ser una simple emanación de mi hermana, igual que las sefirot emanan de la luz sin forma de Dios o que los isótopos se desprenden de los elementos por culpa de la radiación espontánea del universo. Como de todas formas hay que llamarlo de alguna manera, podemos llamarlo simplemente Oliver. Oliver es un buen nombre para una emanación de Olivia.

Mi hermana dio una única calada al cigarrillo y lo tiró.

—¿Quién dice que Pol no entra? —farfulló—. Ya veréis si entra o no.

Hizo algo con su camiseta que le recolocó las tetas de forma misteriosa y echó a andar con sus extraños pasos de persona que camina inversamente hacia delante en dirección a la puerta del local, seguida de nosotros dos. Algo en su manera de caminar amplificó el repicar de sus Doc Martens en el pavimento del callejón, de forma que para cuando llegó a la puerta, todos los presentes ya nos estaban mirando con expectación.

Lo que siguió fue un *tour de force* clásico entre mi hermana y el mundo. Lo recuerdo lo bastante bien como para transcribirlo textualmente:

—Estás borracha —dijo el vigilante.

—Gracias —respondió Oli.

—Así no entras.

—Si no quieres, no entro —dijo mi hermana con tranquilidad—. Pero yo prefiero entrar. Y creo que tú también prefieres que entre. ¿O no?

El vigilante suspiró y nos hizo una seña.

—Vosotros la vigiláis. Una sola tontería y la echo. ¿Entendido?

Y ya está. El vigilante ni siquiera nos miró. Entramos los tres y mi hermana se limitó a mirar al universo con una ceja enarcada.

Seguramente por culpa de mi limitada experiencia, yo había imaginado que La Calle del Paraíso se parecería a Màgia Roja. No se parecía. Para empezar, casi todos sus elementos de diseño parecían elegidos en función de su hostilidad.

Si pretendía ser una plasmación de la personalidad de su dueño, estaba bastante conseguida. Desde las camareras hasta los clientes, todos sus ocupantes te decían con la mirada que se iban a hacer un traje con tu piel. La música sonaba demasiado fuerte y amenazadora. Las paredes estaban cubiertas de pintadas insultantes. Los pósteres medio arrancados mostraban mujeres desmembradas o bien calaveras vomitando pus. La barra estaba cubierta de una capa geológica de precipitado que si la rascabas con la uña se deshacía en forma de una especie de resina con olor a ceniza, alcohol y organismos muertos.

Sin más dilación, mi hermana procedió a estipular los términos legales de nuestra estancia allí. Me dio tres monedas de un euro y me miró con los ojos desenfocados.

—Una cerveza —me advirtió, enseñándome un dedo—. Y mejor que no hables con nadie. Yo voy a estar por allí —dijo, haciendo un gesto en una dirección indeterminada—. A menos que te estén pegando una paliza, no hace falta que me molestes.

Fui a la barra y pedí mi cerveza. El lugar no invitaba a hacer averiguaciones. La camarera que estaba más cerca de mí tenía un tatuaje facial que representaba una telaraña en la sien, con la araña colgando de un hilo en la mejilla. Mordisqueaba un palillo con mal humor de fumador que cuenta los minutos para salir a fumar y, aunque en ningún momento miró para nada en mi dirección —ni siquiera cuando me servía la cerveza y me daba el cambio—, de alguna forma estaba claro que su cara de asco iba dirigida específicamente a mí.

Por supuesto, el tatuaje de la camarera me hizo pensar en Opal Daughter, la más temible de los Exonautas de Cooper Crowe, con sus tatuajes arácnidos por toda la cara. Pero la gente de aquel bar no parecían Exonautas. Sí que parecían saber cosas que el resto de la gente no sabía. O mejor dicho, parecían vivir en una esfera distinta al resto de la ciudad. Un lugar tenebroso y arisco, donde se asfixiaba a los niños enfermizos al nacer. Quizás un lugar parecido al Universo 3 de los libros de Tara, donde siempre era noche ártica, el viento helado azotaba los caminos iluminados por antorchas químicas y el tesoro máspreciado eran los mapas.

Me estaba planteando seriamente escaparme de allí cuando me di cuenta de

que una chica se acababa de sentar en el taburete de al lado y estaba buscando mi mirada. Era pequeña, tenía piercings metálicos en las mejillas y no daba más miedo del que da cualquier chica.

—Varg es un idiota pero Burzum mola —me dijo, señalando mi camiseta.

Yo miré su camiseta.

—Bauhaus también están muy bien —repliqué.

—Bela Lugosi is Dead —contestó ella, poniendo voz grave, como si eso explicara algo.

—Claro —dije.

—Nunca te he visto por aquí.

—He venido con mi hermana.

Era una respuesta completamente idiota, pero a ella no pareció importarle.

—¿Qué estás bebiendo? —le pregunté.

Ella miró su copa, que estaba medio llena de un líquido oscuro y un poco iridiscente.

—No me acuerdo —dijo, un poco triste.

Empecé a temer por el futuro de aquel diálogo. La camiseta y la bebida misteriosa me habían dado elementos concretos para fundamentar una conversación. Ahora empezaba a sentirme algo perdido.

—¿Cómo te llamas? —probé a preguntar.

—Irina —me dijo ella—. Y tú eres Pol.

Ya sabéis que me llamo Pol, pero el hecho de que lo supiera aquella chica me provocó una alarma considerable. Me la quedé mirando sin saber qué decir.

—Yo iba a tu escuela —me dijo ella—. A la Carner de Sant Antoni. Un par de cursos por delante. Pero me acuerdo de ti. Eres el chico que le clavó el tenedor a Guiomar Galbán.

Di un trago de cerveza para comprar unos segundos.

—Dicen que te volviste loco. —Se encogió de hombros—. Me da igual. Guiomar se lo merecía. Era bastante zorra.

Y entonces, lectores, pasó algo para lo que yo no estaba preparado. Algo que no sólo dio al traste con la conversación, sino con el resto de aquel año. Y en

cierta manera, con la Era de Bronwyn. El principio del fin. No estaría ahora donde estoy si no fuera por lo que pasó a continuación.

Y lo que pasó a continuación es que oí los primeros compases de la canción más increíble que había oído en mi vida.

Llegado este momento, quizás debo explicar que yo nunca había sido un gran fan de la música. Supongo que en parte tenía que ver con el hecho de no haber tenido nunca amigos ni vida social. O simplemente con que casi toda mi atención estaba puesta en Cooper Crowe. Sí, conocía las canciones de Hawkwind. Pero en su mayor parte las escuchaba por las letras de Crowe. Me gustaba cómo los álbumes más conceptuales de Hawkwind intentaban ser literalmente un libro de Crowe. Historias contadas con música.

La canción que oí ahora, sin embargo, era completamente distinta. No era una historia, aunque la letra me hipnotizó tanto como la melodía simple y rotunda. La canción que estaba sonando de pronto era un lugar. Un paisaje. Al cabo de unos segundos de escucharla, ya me pareció entender cómo veía el mundo la gente de aquel bar. Porque también era una forma de ver el mundo. Una perspectiva aérea. La canción hablaba de símbolos rotos y de viajar por un mundo de ruinas, intentando resucitar el pasado, igual que Dorian Hawkwind, igual que Cirlot. Era todas las cosas que Crowe te decía con sus historias, pero alguien había conseguido encajarlas todas en una canción.

—¿Qué es esta canción? —pregunté por fin en voz alta.

—¿No conoces a Death in June? —me dijo la chica—. Es la mejor banda de la historia. Aunque en realidad no es una banda.

—¿No?

—No. Es una operación mágica.

Sentí que me caía por el agujero de Alicia. O quizás por un agujero de gusano. No era por las cervezas que me había bebido. Vale: las cervezas estaban cayendo conmigo; eran parte de mí, pero no eran lo que había abierto el agujero. Me dejé caer plácidamente, sin miedo. Debía de estar cayendo por un pozo muy profundo, o bien debía de estar cayendo muy despacio, porque me dio tiempo mientras caía para mirar a mi alrededor. Las paredes del pozo estaban cubiertas

de máscaras extrañas y de iglesias en llamas y de ventiscas. Yo intuía que iba a aterrizar en un sitio problemático. Pero estaba preparado.

Abrí los ojos.

Busqué con la mirada a la persona que estaba poniendo aquella música. Escruté los sofás del fondo del local, donde mi hermana estaba besando en la boca al baboso de Oliver. Por suerte la trascendencia del momento me impidió vomitar. Por fin divisé la cabina situada más allá de la barra. La persona que estaba poniendo discos allí era inconfundible.

La luz roja que caía sobre él exacerbaba sus rasgos crueles de Klaus Kinski. Su cresta mohicana muy corta, como una simple intuición de cresta mohicana. Los ojos inflamados por la malicia. No exagero. Había malicia evidente en la expresión con que pinchaba el disco de Death in June.

Era Ivo Cárceles.

Y Bronwyn estaba allí, con él.

X

Oli: Historia de una hermana

Llegado este punto, debo interrumpir mi historia una vez más para retroceder en el tiempo y explicar un episodio anterior. Sé que parece el peor momento para interrumpirla, pero teniendo en cuenta que estoy a punto de iniciar el acto final, creo que es mejor ahora que más adelante.

Por tanto, este capítulo contará lo que hizo mi hermana Oli en la noche de mi Segundo Encuentro con Bronwyn. Sí, volver atrás es un peñazo, pero es una noche importante para entender lo que me falta por contar de mi historia.

Como es comprensible, en este capítulo contaré cosas que no viví en persona. No puedo usar mis recuerdos. Usaré lo que años más tarde me contaría mi hermana, junto con detalles procedentes de sus demás protagonistas. El resto me lo he inventado a partir de conjeturas verosímiles, o por lo menos verosímiles para mí. Los lectores sabréis disculparme.

Ni siquiera las crónicas más fidedignas de la Historia se libran de tener que rellenar las lagunas con los pequeños engaños de la imaginación.

Aunque tardó mucho tiempo en confesármelo, mi hermana pasó la noche de mi Segundo Encuentro con Bronwyn en compañía de la persona a quien hasta entonces únicamente se había referido mentalmente como la Gorda Lesbiana de su Clase.

Oli conoció a la Gorda Lesbiana de su Clase (que se llamaba Carolina) un par de meses antes de aquella noche que pasaron juntas. Y se podría decir que su primer acercamiento a ella tuvo una naturaleza predatoria.

No estoy criticando a Oli. No es culpa suya ser como es. Para mí, ella es

literalmente el escorpión de la historia esa tan cansina que termina diciendo que el escorpión no puede evitarlo porque es su naturaleza.

He intentado entender muchas veces qué convierte a mi hermana Oli en la forma de vida simple, adaptable e indestructible que es. Su personalidad se rige por el mismo principio de economía que la fisiología de los tiburones, o las anguilas, o cualquiera de esos animales aerodinámicos a los que no les sobra nada. Igual que yo, es hija de padres con nacionalidades distintas y se crio entre dos países. Igual que yo, fue abandonada por su padre y después sufrió las incomodidades de tener a una madre itinerante. Y sin embargo, nada de eso le supuso ningún problema. Siempre se lo sacudió todo de encima con un encogimiento de hombros. No es que Oli no tenga fantasmas en el armario, es que no tiene armarios.¹

¿Conocéis el Síndrome del Gemelo Evanesciente? Es cuando le hacen una ecografía a una madre embarazada y le sale que tiene gemelos y luego en la siguiente ecografía ya sólo hay un feto. El gemelo desaparecido ha sido reabsorbido por la placenta, o bien por el otro gemelo, que simbólicamente devora a su hermano o hermana. En fin, mi hermana Oli no se comió a ninguna gemela suya en el útero (que sepamos), pero me la he imaginado muchas veces haciéndolo. Comiéndose al otro feto por razones puramente prácticas y después sentándose a escuchar música.

De su parte española, Oli heredó su desinterés absoluto por la reflexión. De su parte americana, una visión estrictamente práctica de la vida. La unión de estos factores la hacía imbatible. Es fácil imaginar al resto de almas neonatas de su generación debatiendo cómo abordar la vida y a ella leyéndose en cinco minutos el manual de instrucciones y saliendo por la puerta del limbo mientras todas las demás seguían discutiendo.

Era una tarde de septiembre cuando Oli entró en un aula de la Facultad de Derecho de la UB y posó la mirada en su presa. Digamos que era una clase de derecho mercantil.² No importa. El caso es que Oli entró en el aula y se sentó en la última fila. Al lado de Carolina.

¿Cómo describir a Carolina? Para ser justos, no es que hubiera nada extraño en su aspecto. Simplemente estaba en el lugar equivocado. Tenía torso y brazos

de luchador junior de sumo, combinados con unas piernas extrañamente cortas y un trasero inexistente. Llevaba el pelo casi al rape y un tupé como el que había hecho famosa a K. D. Lang, con la diferencia de que Carolina parecía estar experimentando alguna forma de alopecia prematura o bien simplemente tener un pelo por cada dos que tenían las demás mujeres de su edad. Llevaba unas gafas de pasta que de alguna forma hacían que sus ojos diminutos parecieran todavía más diminutos. Seguramente habría encajado sin problema en cualquier clase de estudios queer de una universidad liberal de la Costa Este americana. En la facultad de Oli, sin embargo, el aire vibraba a su alrededor como si fuera una singularidad cósmica.

Me imagino a mi hermana mirando con los ojos entrecerrados a aquella chica gorda y de aspecto cohibido que nunca hablaba con nadie y que siempre tecleaba páginas y páginas de apuntes en cada clase. Seguramente la estaba viendo como ven a sus presas los monstruos alienígenas de la saga *Alien*: como un espectro térmico succulento e incapaz de escaparse.

A cinco minutos de acabarse la clase, Oli se acercó a Carolina y le tocó el brazo. Carolina se apartó instintivamente y miró a mi hermana.

—Eh —dijo Oli.

—¿Qué?

—Tengo una propuesta para ti.

—¿No puedes esperar a que se termine la clase?

Mi hermana miró hacia la tarima y cayó en la cuenta de que, en efecto, no se había terminado la clase.

—Me han dicho que haces trabajos de fin de trimestre para la gente —siguió diciendo mi hermana—. A cambio de dinero.

Carolina la fulminó con la mirada.

—¿Pero a ti qué te pasa? —le susurró en tono furioso—. ¿Por qué no lo dices más alto?

Mi hermana levantó las manos con ese gesto universal apaciguador que significa «vale, vale, tranquila».

Al salir de la clase, mi hermana siguió a Carolina por el pasillo.

—Te quiero encargar mi trabajo de final de trimestre —dijo Oli.

—No te conozco de nada. Déjame en paz.

—Me llamo Olivia. Voy a tu clase. ¿Qué más necesitas saber?

—El trimestre acaba de empezar —dijo Carolina—. ¿Por qué no pruebas a hacer tú el trabajo?

—Sé que ya lo estás haciendo para otra gente. Y además, mírame. Yo no soy como tú.

Carolina se paró de golpe y se quedó mirando a mi hermana.

—¿*Qué quiere decir eso?* —le preguntó en tono cortante.

—Tengo una vida —dijo Oli—. Soy popular. Tengo cosas mejores que hacer que un trabajo de trimestre de derecho mercantil.

Las mejillas de Carolina se tiñeron del color de la sangre de mi hermana.

—Haz el favor de no volver a hablarme —dijo por fin—. Y da gracias de que no le hable de tus prejuicios al servicio de orientación.

Media hora más tarde, Carolina y mi hermana estaban sentadas juntas a una mesa de la cafetería de la facultad. Ya conocéis la capacidad de persuasión de Oli.

—En serio, tienes que mejorar tu forma de dirigirte a la gente —le estaba diciendo Carolina a mi hermana—. ¿No te han dicho que puedes resultar muy ofensiva?

Mi hermana sonrió.

—Mi encanto personal compensa mi falta de corrección política —dijo—. ¿No crees?

Carolina apartó la vista en un intento fútil de que mi hermana no viera que se estaba ruborizando.

—Muy bien —dijo por fin—. Te haré el trabajo. Pero son cuatrocientos euros. Y piensa en lo que he dicho: no te iría mal visitar a la orientadora para que te ayude a aprender a tratar con la gente.

Mi hermana fingió que se escupía en la mano y luego se la ofreció a Carolina. Carolina vaciló un momento y por fin se la estrechó.

—Te debo una —dijo Oli—. Pídeme lo que quieras.

—¿En serio? —Carolina enarcó una ceja.

—Lo que quieras.

—Bueno.

—¿Qué quieres?

—Te lo diré cuando se me ocurra.

—Muy bien.

Éste debería haber sido el final de la historia de Carolina y de Oli. Una transacción mercantil más de las miles que se producen todos los años en las facultades de Derecho entre chicas díscolas y chicas aplicadas. Pero por una vez en su vida, mi hermana no había calculado bien las repercusiones de su ofrecimiento.

Llegamos así al mes de octubre. Carolina le envió a mi hermana dos o tres mensajes para ponerla al día sobre los detalles de su trabajo de curso. Oli no se molestó en abrirlos. Tampoco se vieron en persona. Mi hermana no aparecía muy a menudo por las clases de primero, y mucho menos cuando tenía a alguien encargándose de su trabajo académico. Lo que Oli no se podía imaginar era que durante aquellos días en que le estaba redactando su trabajo de derecho mercantil, Carolina se encontraba perdida y deambulando por un páramo inhóspito que mi hermana no había visitado nunca: la noche oscura del amor no correspondido.³

Las trayectorias de ambas no se volvieron a cruzar hasta finales de octubre.

Oli se había saltado una práctica de curso y tuvo que presentarse una tarde en la facultad para persuadir al profesor de que le dejara repetirla. Pan comido. Visualizada a mi hermana recorriendo con decisión los pasillos académicos: los auriculares blancos encajados en los oídos; la coleta de pelo castaño brincando livianamente sobre la espalda; la mochila en los hombros (vacía, por supuesto: era una simple representación platónica de su condición de estudiante); los minishorts con medias rotas que eran a mi hermana lo que la sotana blanca y el solideo eran al papa de Roma.

Y delante de la puerta del despacho del profesor, sentada en el suelo, estaba Carolina. Las dos se miraron con esas caras de perplejidad un poco ceñuda de la

gente que acaba de encontrarse pero no tiene ningunas ganas de entablar conversación.

—Hey —dijo Oli.

—Hey —dijo Carolina.

Hubo un momento de silencio incómodo.

—¿Cómo va mi trabajo de curso? —dijo Oli.

—¿No has leído los mensajes que te he ido mandando? —dijo Carolina.

Mi hermana se encogió de hombros.

—Lo intenté, pero me quedé dormida —dijo—. ¿Qué haces aquí?

Carolina se miró la punta de los zapatos.

—Es el último día para pedir la extensión para la práctica de octubre.

—¿Tú necesitas una extensión para la práctica? —preguntó Oli, incrédula.

Carolina asintió con la cabeza y al cabo de un momento se le escapó un puchero.

—Uaau —dijo mi hermana—. ¿Ya estamos en modo llorar? Ahorra lágrimas para cuando estés ahí dentro, tía. A mí me da igual.

Carolina se secó las lágrimas con el ceño fruncido.

—No entiendes *nada* —dijo—. Estoy pasando por un proceso muy traumático del que tú no sabes *nada*. Así que guárdate tu sentido del humor de mierda.

Mi hermana se sentó también en el suelo, delante de Carolina.

—Lástima que no sea una profesora, ¿eh? —dijo—. Os debe de joder bastante tener que llorarle a un tío.

—¿Perdón?

—Eh, no pasa nada, lo entiendo —dijo en tono comprensivo—. Francamente, cuando yo le tengo que llorar así a una tía, también me jode viva.

—¿Pero de qué agujero te has escapado? —dijo Carolina, con las mejillas nuevamente inflamadas—. ¿Sabes en qué año vivimos?

—Eh, sólo estaba confraternizando con tu situación —dijo mi hermana—. No tengo nada contra vosotras. Personalmente no me tira nada vuestro rollo, pero me da igual lo que haga cada cual.

Carolina hizo el equivalente de una persona extremadamente poco ágil a

ponerse de pie de un salto.

—¿Cómo te atreves a agredirme con tus ideas preconcebidas heteropatriarcales? —le dijo—. Tienes suerte de que soy una persona fuerte y cuesta hacerme daño. ¿Sabes cuánto ha sufrido y sigue sufriendo la gente que no nos conformamos a las identidades tradicionales de género por culpa de los trogloditas como tú? ¿Cómo te atreves a dar por sentado que porque tengo un aspecto determinado o llevo una ropa determinada sabes algo de mí y me puedes degradar con tus estereotipos?

Mi hermana se encogió de hombros.

—Pero lo eres, ¿no? —dijo.

—¿El *qué*? ¿*Qué soy*?

—Bollera.

Carolina se quedó muda. Imagino que en su mente las distintas réplicas furiosas a aquella respuesta estaban librando una cruenta batalla de trincheras, bayonetas y obuses para ver cuál de ellas salía de sus labios lívidos. Ya no tenía las mejillas rojas. Ahora tenía la cara entera de ese color cercano al granate que invade las caras de la gente muy blanca en situaciones de estrés emocional intenso.

—Esa palabra... —empezó a decir, con voz ronca—. Esa palabra sólo la podemos usar *nosotras*.

—¿Las bolleras? —dijo mi hermana.

Y en aquel momento se abrió la puerta del despacho del profesor. El hombre apareció en el umbral y su sonrisa profesional sufrió el mismo destino que una pastilla de mantequilla que cae sobre un río de lava. Carraspeó y miró amedrentado a la chica gorda y roja de furia que ahora lo estaba mirando a él con los lagrimones cayéndole por la cara y los puños fuertemente cerrados.

—Eh, hum —dijo el profesor—. ¿Estáis aquí por la extensión de la práctica?

—Sí, señor —respondió solícitamente mi hermana. Su representación dramática de la inocencia combinaba elementos de la pasión de Juana de Arco y de la indefensión del Pequeño Tim—. Perdona a mi amiga. Está pasando una situación personal difícil y todo este tema de la práctica le ha afectado mucho.

El profesor asintió con la cabeza.

—Ajá, sí —dijo, titubeando—. Respecto a eso...

—Pero ya le he dicho que usted la puede ayudar —añadió Oli.

El profesor movió los ojos nerviosamente de un lado a otro, como un animal acorralado en busca de oberturas para escaparse. La chica gorda y roja de furia que tenía delante parecía a punto de sufrir una apoplejía.

—Bueno, tenéis la extensión las dos —dijo por fin—. O sea que no os preocupéis por eso. Tengo que ir a la secretaría del Departamento —dijo, señalando el final del pasillo—. Si no necesitáis nada más...

—Nada más —dijo mi hermana con una sonrisa.

Media hora más tarde, mi hermana y Carolina volvían a estar sentadas a la misma mesa de la cafetería de la otra vez. Ahora Carolina lloraba a moco tendido sobre una taza de té y tenía la mano solidaria de mi hermana sobre los hombros. Sobre la mesa también había un paquete de Kleenex que mi hermana le iba dispensando a media que los iba empapando de lágrimas.

—¿Cómo es? —preguntó mi hermana.

Carolina dejó de sollozar un segundo y se sorbió los mocos.

—Es simplemente perfecta —dijo Carolina—. Tiene veintiocho años, es lista, es guapa, tiene un buen trabajo y un piso increíble. Ése es el problema. Una mujer como ella nunca se fijaría en una chica como yo. Tendrías que ver cómo me mira... —añadió, pero en lugar de una explicación le salió otra ráfaga de llanto mocososo.

—¿Cómo se llama? —dijo Oli.

—Eva. Eva Vogel.

—Ajá.

—¿Quieres ver una foto?

—Bueno.

Carolina sacó su teléfono y le enseñó una foto a mi hermana.

—Uau —dijo Oli, abriendo mucho los ojos—. ¿Eso es una mujer?

—No seas imbécil.

—No, en serio. ¿No será que en realidad te gustan los hombres?

—Estoy intentando ser paciente contigo. Pero no me lo pones fácil.

—Vale, vale. Es tu gusto. No me meto.

—No es *mi* gusto. Es el gusto de mucha gente. Eva ha tenido relaciones con muchas actrices y gente del mundo del arte.

—Ya veo. ¿Y de qué trabaja?

—Es dramaturga y autora teatral —dijo con orgullo—. Dirige su propia compañía dramática queer. ¿Quieres ver un vídeo?

—Creo que no. Y dices que tiene veintiocho años, ¿no?

—Sí.

—¿Y tú diecinueve?

—Claro, voy a primero. Igual que tú.

Mi hermana miró con cara pensativa su taza de té.

—Muy bien —dijo por fin—. Escúchame. Tú y yo no somos amigas.

Carolina soltó un soplando de burla.

—En eso llevas razón —dijo.

—Pero te puedo ayudar.

—¿Qué?

—Te dije que te debía una, ¿no? ¿No te acuerdas?

—¿Y cómo crees que me puedes ayudar?

—Te puedo ayudar a conseguir a esa tipa.

Carolina se cruzó de brazos.

—Ya veo. O sea que eres tan heteronormativa y arrogante que crees que una mujer lesbiana y con un cuerpo que no se conforma a los estándares de belleza tradicional es incapaz de gobernar su propia vida sexual, y tiene que venir una tía hetero que va por ahí enseñando las tetas a enseñarle cómo hacerlo.

—Yo no voy enseñando las tetas.

—No *todas* las tetas.

—Y no me toques los cojones —dijo Oli—. Estoy intentando ayudarte.

—¿Por qué?

—Porque se me dan bien estas cosas. ¿Se te dan bien *a ti*?

Carolina no dijo nada.

—¿Y cómo piensas ayudarme? —dijo por fin.

Oli asintió con la cabeza.

—Si tiene veintiocho años y es directora de teatro y se acuesta con sus

actrices, debe de tener un ego así de grande. —Mi hermana separó las manos para enseñar cómo de grande—. Todo el mundo le debe de lamer el culo todo el tiempo. Así que lo mejor es que hagas lo contrario. Saca pecho. Demuéstrale que eres tan inteligente como ella.

—Pero ése es justamente el problema —dijo Carolina, y le volvió a salir un puchero—. Que no creo que sea lo bastante inteligente para ella.

—Oh, joder. —Mi hermana le volvió a pasar el brazo por los hombros—. Así no vamos a ninguna parte. ¿Cómo de bien la conoces?

—La conozco muy bien —dijo Carolina, con los lagrimones cayéndole otra vez—. Mejor que mucha gente que va con ella. Es muy amiga de mi madre. Viene a comer todas las semanas a mi casa. Y yo la conozco desde niña.

—¿Desde niña?

Carolina asintió con la cabeza.

—Era mi canguro —dijo.

—¿Queeé? Oh, Dios mío —dijo Oli, aguantándose la risa.

—Ríete todo lo que quieras. No sabes nada de mí.

Oli miró a Carolina con gesto calculador.

—A ver —dijo—. Yo sé que os gusta llevar estas pintas. Estas camisas de leñador y tal, pero...

—Te agradecería que dejaras de usar esa segunda persona del plural.

—Muy bien. *Te gusta* ir así, pero seguramente podríamos mejorar algunas cosas. Cambiarte un poco de aspecto, no sé.

—¿Qué?

—Joder, mírate. Pero si pareces el gordo de *Little Britain*.

Carolina miró a mi hermana con incredulidad. A continuación le sacudió los pechos una oleada de temblores sísmicos y rompió a llorar otra vez. Oli le pasó un Kleenex.

—O sea, ¿qué les pasa a tus cejas? ¿Te las afeitas?

Carolina negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—C-casi no tengo —balbuceó Carolina.

—Bueno, no te preocupes. Algo haremos contigo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué me ponga vestidos o algo así?

Oli la miró y negó con la cabeza.

—No, no, tampoco nos pasemos —dijo—. Déjame a mí.

Carolina cogió otro Kleenex del paquete y se sonó los mocos.

—Entonces, ¿qué dices? —Oli sonrió—. ¿Te pones en mis manos?

Carolina se encogió de hombros.

—Bueno —dijo por fin.

—Muy bien. A cambio, me haces la práctica.

—¿Qué?

—La práctica. La que debemos las dos. Me haces la mía y yo te consigo a la tipa esa.

—Pero si ya te estoy haciendo el trabajo de derecho mercantil. Y te acaban de dar una extensión. ¿Y no estabas haciendo todo esto porque me querías ayudar? Haz la puta práctica tú.

—Nunca la haré tan bien como tú. No te arrepentirás, te lo aseguro.

Y una vez más, mi hermana fingió que se escupía en la mano y se la ofreció para cerrar el trato.

Carolina se quedó mirando la mano con los ojos llenos de lágrimas.

Y así se forjó una de las asociaciones entre individuos más extrañas que he visto nunca. Ciertamente la más extraña que hay en esta historia.

Por supuesto, cuando mi hermana me contó todo esto, meses más tarde, una de las preguntas que no pude evitar hacerle fue hasta qué punto todo aquello iba en serio. ¿Realmente creía que conseguiría que aquella pobre desgraciada conquistara a la dramaturga? Mi hermana se encogió de hombros. No estaba segura. Sin embargo, había algo en aquella criatura desdichada que la había fascinado. Su desesperación, quizás. La hubris trágica de enamorarse de una artista con éxito que le había hecho de *canguro* cuando era niña. En suma, le había resultado imposible resistirse a aquel desafío. Había sido el demonio de la perversidad del cuento.

Durante una semana, mi hermana recreó su versión de Pigmalión. A lo largo

de media docena de sesiones de adoctrinamiento estético y psicológico, Oli intentó limar las aristas que impedían que la cuña del deseo de Carolina penetrara hasta el corazón fortificado de su amada. Posiblemente le habrían venido mejor un soplete o una sierra de calar, pero tenía una lima y fue una lima lo que usó.

—Ahora vas a escuchar esto —le dijo un día Oli a su pupila, sacando de su bolsa un disco y dejándolo sobre la mesa entre ambas.

El disco era \$O\$, de la banda sudafricana Die Antwoord, que por entonces acababa de publicarse.

Carolina se lo quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —dijo Oli—. ¿Tienes un tocadiscos, verdad?

—Sí, mi madre tiene uno.

—¿Entonces?

—Yo sólo escucho proyectos musicales de artistas mujeres.

—Perfecto. Mira. —Señaló la cubierta—. Esto es una mujer, ¿lo ves? Yolandi Visser. Y una artista como la copa de un pino.

—Pero esta mujer está desnuda. Incluso si fuera una gran artista, está objetificando su cuerpo para vender discos.

—Escucha —dijo Oli, poniendo la palma de la mano sobre el disco—. Ésta es mi puta banda favorita. Sus letras son lo más gangsta que hay en el mundo. Si estas cosas me funcionan a mí y hacen que yo mole tanto, también te funcionarán a ti. Y si la Eva Vogel esa no aprecia Die Antwoord, créeme que no vale la pena.

Pronto se ultimaron los planes de la conquista. Carolina llamó a su amada con el altavoz del móvil y mi hermana se sentó al lado para escuchar y dar indicaciones. Se estableció una cita para tomar una copa un jueves de mediados de noviembre. La noche de mi Segundo Encuentro con Bronwyn.

Todo estaba yendo tal como mi hermana había planeado. Hasta que llegó el día de la cita.

Debían de ser las doce del mediodía, lo cual significa que mi hermana estaba durmiendo, cuando le sonó el teléfono. Descolgó y contestó con voz soñolienta.

—Ha cancelado nuestra cita —dijo Carolina entre sollozos.

—¿Cómo que ha cancelado?

—Dice que se había olvidado de que tenía un recital esta noche. En un bar del Poble Sec donde va ella siempre.

—Tranquilízate —dijo mi hermana—. Tenemos que pensar algo.

—Yo *sabía* que esto no iba a funcionar.

—Los cojones. Va a funcionar. Dile que irás a verla.

—¿Qué?

—Vas a ir a verla. Al recital ese. *Conmigo*. Y vas a acabar follándotela esta noche. O lo que sea que hacéis las bolleras cuando os vais a la cama juntas. Y ahora voy a colgar y a tomarme un café. Hablamos luego.

Sé lo que estaréis pensando, y estoy de acuerdo con vosotros. No era tan difícil ver que aquello iba a salir mal. Las señales estaban todas ahí, desplegadas en vallas publicitarias electrónicas gigantes, emitiendo imágenes en bucle de Carolina llorando en su cama y tragando pastillas para dormir y de la tal Eva Vogel navegando hacia el éxito y la fama en compañía de una serie de parejas más verosímiles.

Pero para entonces mi hermana ya había convertido aquello en una cuestión de honor. Nada la iba a detener, y mucho menos las señales del desastre que se acercaba.

A las seis de la tarde de aquel jueves de noviembre, mientras yo salía de mi sesión de terapia con el doctor Buenanueva para encontrarme a Bronwyn fumando en los jardines de la clínica, mi hermana estaba en casa, eligiendo una indumentaria adecuada para su plan.

A ver si me entendéis: Oli es una de esas mujeres que provocarían miradas de lascivia aunque llevaran puesto un traje de astronauta. Podría pasarse el día trabajando en las alcantarillas y al final de la jornada entrar en un bar sin cambiarse, oliendo a las cosas que hay en las alcantarillas, y aun así los hombres se acercarían a ella con una sonrisa y le preguntarían si pueden sentarse a su lado.

A las siete de la tarde, mientras yo iniciaba mi aventura con Bronwyn, Oli se

reunió con Carolina en la puerta del Teatro Apolo para cambiar su rol de Pigmalión por el de Cyrano de Bergerac. Si yo estuviera contando esta historia con dibujos animados, en el momento de ver el atuendo de mi hermana a Carolina se le habrían salido los ojos de las órbitas y se le habrían caído al suelo.

—¿Lista? —dijo mi hermana, mirando a Carolina con cara de tasador de obras de arte.

Para la ocasión, Carolina se había puesto lentillas en vez de sus gafas de culo de vaso y se había pintado los ojos. Llevaba una chaqueta de cuero que Oli le había ayudado a elegir y una falda negra hasta la mitad del muslo con medias negras y Doc Martens. Como yo no estaba presente, no puedo atestiguar cuál era el efecto que producía su transformación, pero mi hermana me aseguró que, sin estar guapa para nada, por lo menos ahora Carolina encajaba dentro de los parámetros «persona joven y soltera que sale de noche en busca de otras personas jóvenes y solteras».

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Carolina con cara de angustia—. ¿Y por qué no me has querido contar el plan hasta ahora?

—Es muy fácil. Vamos al recital las dos. Nos ponemos en un sitio donde se nos vea bien. Yo seré tu pareja. Puedes mostrarte cariñosa conmigo, pero sin pasarte. Como te pases, te corto la mano. Lo justo para que Eva se crea que estamos liadas. Y luego, cuando ya haya visto que eres capaz de estar enrollada con una tía como yo, yo me despido y tú te quedas a solas con ella y le dices que sólo estás conmigo por el sexo y que en realidad siempre has querido estar con ella y le dices todas las cosas que hemos ensayado. ¿Lo entiendes?

Carolina fue incapaz de hablar o ni siquiera de asentir con la cabeza. Seguramente si alguien hubiera venido con dos cables y una batería de coche y la hubiera electrocutado allí mismo, tampoco habría sido capaz de reaccionar. Mi hermana suspiró y sacó su petaca.

—Bebe —le ordenó.

Carolina no hizo nada. Mi hermana le puso la petaca en la mano y la obligó a llevársela a la boca y a dar un par de tragos.

El recital de Eva Vogel de aquella noche resultó ser un monólogo dramático sobre los usos de la sangre menstrual, o al menos eso creyó entender Oli. El bar

se llamaba SHE; estaba en una placita soñolienta del Poble Sec y era un pasillo largo con un pequeño teatrillo al fondo. Mi hermana se pasó el recital sentada con Carolina en una de las primeras filas y luchando por refrenar alternativamente los bostezos o la risa. En algunos momentos las asistentes al evento se reían abiertamente, aunque no de las cosas del monólogo que a ella le parecían graciosas. No había un solo hombre en el local, salvo un repartidor que entró un momento trayendo un barril de cerveza en una carretilla y huyó despavorido en cuanto le firmaron el recibo electrónico.

Varias de las clientas de SHE llevaban variantes de la indumentaria habitual de Carolina en la universidad, pero fue la ropa de Eva Vogel lo que hizo que mi hermana enarcara las cejas cuando la vio sobre el escenario.

—Conozco esa camisa y esos pantalones —le dijo en voz baja a Carolina—. *¿Te compras la misma ropa que lleva ella?*

—Es una influencia muy fuerte en mi vida —le susurró Carolina, que ya empezaba a parecer un poco borracha pero todavía no mostraba signos de desinhibición.

Terminado el recital, el público se congregó en torno a la artista. Eva Vogel le hizo una señal a Carolina para indicarle que la había visto y que iría a hablar con ella en cuanto pudiera. Siguiendo las instrucciones de mi hermana, Carolina y ella se sentaron al principio de la barra, con los taburetes muy juntos.

—Cógeme el culo —dijo Oli.

—¿Qué?

—Oh, por el amor de Dios. Es la primera vez que tengo que rogarle a alguien para que me coja el culo. Ponle la puta mano encima. No muerde.

—¿A-así?

Mi hermana le agarró la mano gordezuela a Carolina y se la puso encima del culo.

—Así —dijo—. Ahora bésame.

—Yo... No tengo mucha experiencia.

—No me digas. Venga, bésame. —Levantó un dedo a modo de advertencia—. Sin lengua. Puedes fingir que me la metes, pero como me la metas de verdad, te llevas un puñetazo.

Carolina besó a Oli sin lengua y las dos hicieron que el beso durara lo bastante como para que toda la clientela del bar SHE lo viera bien. Por fin se separaron.

—Joder, tía —dijo mi hermana—. ¿Pero qué te pasa en la boca?

—La ansiedad me da halitosis —dijo Carolina, avergonzada—. Bueno, y el alcohol también. ¿De verdad crees que esto va a funcionar?

—No lo creo, estoy segura. Pídeme dos vodkas con tónica.

Eva Vogel tardó cinco minutos en acercarse a ellas con una sonrisa y una copa en la mano.

—¡Pero mírate, Carolina! —le dijo—. No te había visto tan guapa en mi vida. Si no te conociera de nada, quizás intentaría seducirte.

Eva y Oli rieron la broma, pero Carolina mostraba indicios de haber sufrido un paro cardíaco.

—No te escandalices, anda. —La dramaturga le dio una palmada en el hombro y se dirigió a mi hermana—. ¿Sabes que yo le hacía de canguro cuando era niña? Siempre se portaba muy bien. ¿Queréis una copa? Yo invito.

—No, grac... —intentó decir Carolina.

—Dos vodkas con tónica —la interrumpió mi hermana.

—Pues sí —siguió diciendo Eva Vogel, después de pedirles las copas—. La conozco desde que era así. —Hizo un gesto con la mano para mostrar la estatura de la pequeña Carolina cuando ella la había conocido—. Me parece que fue ayer cuando salió del armario. Y ahora mírala. Qué novias tiene, la tía. Ni yo las consigo así —dijo, y se rio—. Gracias por venir a verme. Os vais a quedar un rato, supongo.

—Yo me iré cuando me termine esta copa —dijo mi hermana—. Tengo trabajo por la mañana, de la universidad. Somos compañeras de clase.

—¿Ah, sí?

—Pero Carolina puede quedarse —continuó mi hermana—. Ella, hum, ya ha terminado todas las prácticas, ¿verdad, Carolina?

—Hum, sí.

—La dejaré en tus manos, pues —concluyó Oli, con una sonrisa.

—Ni hablar. —Eva negó con la cabeza—. De aquí no se va nadie hasta que lo

diga yo. Os acabáis las copas, luego bailamos un rato, luego quizás os invito a otra y entonces *y sólo entonces* permitiré que se marche alguien.

No contaré lo que sucedió en el bar SHE durante las horas siguientes, en parte para no aburrir a los lectores y en parte también porque el recuerdo de mi hermana a partir de entonces se vuelve pantanoso. Hubo bailes. Hubo copas. Hubo varios intentos por parte de mi hermana de marcharse y dejarle el terreno despejado a Carolina, pero una y otra vez Eva —con habilidad retórica ciceroniana— consiguió convencerla para que se quedara unos minutos más. Hubo más copas. Hubo conversaciones sobre Die Antwoord, en las que Oli se subió a una silla para hacer su legendaria imitación de Yo-Landi Visser. Hubo escenas borrosas en los lavabos, con Carolina vomitando y gimoteando junto a la taza del retrete. Hubo más bailes y más copas. Los recuerdos de mi hermana eran espesos y tenían cocodrilos, manglares y burbujas de metano como un pantano de Luisiana.

Todavía no había amanecido cuando mi hermana se despertó en una cama desconocida.

Abrió los ojos y vio un techo artesonado. Intentó acordarse de dónde estaba y de cómo había llegado hasta allí. No sentía ninguna alarma. De hecho, se sentía extrañamente relajada. Relajada como si la fiesta hubiera ido a mucho más de lo que ella había imaginado. También notaba una sensación agradable en la entrepierna que no se podía atribuir exactamente a las drogas. Intentó estirar el cuello para ver qué estaba pasando en aquellas regiones meridionales. Vio algo que se movía y esperó a que su vista se enfocara. Sí, era Eva Vogel la que estaba allí abajo. Lamiéndole los genitales.

—¡Eh! ¿Pero qué cojones haces? —chilló, intentando sin éxito darle una patada.

Eva Vogel levantó la vista y la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué te parece que hago?

—¡Apártate de mi coño, tía cerda! ¿Qué me has dado?

La dramaturga se incorporó y se encogió de hombros.

—Te he dado una raya de caballo. Cuando la has aceptado, te ha parecido bastante buena idea.

—Ah, claro —dijo mi hermana, intentando incorporarse ella también—. ¿Y te has acordado de avisarme de que después me ibas a violar?

—Somos dos mujeres adultas y borrachas —dijo Eva Vogel con voz gangosa—. No es culpa mía si me has estado mandando señales ambiguas.

—Señales ambiguas y una mierda. ¿Dónde están mis bragas?

Eva Vogel buscó las bragas por el suelo y por fin se volvió a encoger de hombros.

—Te puedo dar unas más —dijo, cogiendo un cigarrillo de una mesilla y encendiéndoselo—. ¿Quieres que termine o no?

—Vete a la mierda —dijo mi hermana, poniéndose de pie con la ayuda de la pared.

—¿Te vas? —Eva Vogel pareció decepcionada—. Tienes mi número en tu móvil. Llámame para lo que quieras.

Oli le hizo una peineta y echó a andar con pasos tambaleantes en busca de la puerta de salida.

El sol ya estaba saliendo cuando mi hermana llegó a casa. Como de costumbre, me levanté medio dormido al oír la entrar y fui a cerrar la puerta del piso. El resto ya lo sabéis porque lo he contado antes. De forma que aquí se termina este capítulo. Volveremos a encontrar a sus tres protagonistas, sí. Pero ahora es momento de retomar mi historia.

XI

Donde todavía no ha empezado la tormenta perfecta pero ya se empiezan a levantar sus vientos

Al día siguiente de mi visita a La Calle del Paraíso me desperté con un combinado de sensaciones extrañas, casi ninguna de ellas agradable. La boca llena de pegamento. La mente tirando la toalla ante las conexiones sinápticas más simples. Punzadas en la cabeza cada vez que intentaba moverme.

Me senté en la cocina con un vaso de agua y la caja de comprimidos de ibuprofeno de mi hermana y revisé mentalmente el final de la noche.

Como ya he contado, el momento en que vi a Ivo Cárceles pinchar el tema de Death In June fue también el momento en que vi a Bronwyn. La vi pero no hice nada. Me quedé allí sentado en mi taburete de la barra de La Calle del Paraíso, mirando a la mujer a la que llevaba semanas buscando.

Bronwyn no era la misma que la última vez que yo la había visto. Era ella, sin duda, pero también era otra. No sé explicarlo bien. No llevaba su camiseta del guante y el látigo de la primera vez que yo la había visto. Tampoco el abrigo largo y negro de la segunda. Llevaba un vestido negro que parecía un camisón de encaje y un medallón sobre el pecho. El pelo teñido de negro le caía sobre la cara como un animal muerto. Y estaba más flaca que las otras veces. Lo bastante como para que yo pudiera ver la diferencia.

Soy consciente de que las personas nunca somos iguales. Engordamos y adelgazamos. Cambiamos de estilo. Nos hostigan las Furias y nos convertimos en versiones asustadas de nosotros mismos. Pero ahora estoy hablando de algo distinto.

Mirando a Bronwyn desde la barra, se me ocurrió que hay criaturas capaces de manifestarse bajo formas distintas. Yo lo sabía bien gracias a mi época de

lector de Robert Graves y los mitos griegos. Para seducir a sus amantes, por ejemplo, Zeus se transformaba en nube, cisne o lluvia dorada. Vishnu tenía diez avatares distintos. David Bowie no era ningún personaje mitológico, pero tenía el mismo poder de encarnarse en personajes distintos, todos con cara de tonto.

O sea que sí, supongo que Bronwyn era una de aquellas criaturas. Cada vez que la encontrabas, podía haberse transmutado en un avatar nuevo. Y el avatar de ahora transmitía peligro.

Es probable que me pasara bastante rato mirando a Bronwyn. En algún momento debió de marcharse Irina, mi compañera de barra, porque cuando volví a mirar ya no estaba. Poco después vi que Bronwyn hablaba en el oído de Ivo Cárceles. Lo que sea que le dijo desencadenó alguna clase de discusión. Se empujaron mutuamente en el pecho, se separaron y se volvieron a enzarzar. Por fin Ivo Cárceles la cogió de la cintura y la atrajo hacia sí. Sus caras se juntaron mucho. No se besaron ni nada, pero no hacía falta. Yo sospeché lo que significaba aquella distancia entre ellos.

No sé qué hora era cuando me fui de La Calle del Paraíso. En un momento dado Bronwyn estuvo a mi lado en la barra, a menos de un metro, pero si miró en mi dirección no me reconoció.

Tampoco me acuerdo de si me despedí de mi hermana.

Ahora era sábado y yo tenía claro qué hacer. Me cepillé los dientes y me puse la misma ropa que la noche anterior. No me hizo falta pensarlo. Yo sabía que no me iba a volver a poner más mi ropa vieja. Tomé nota mental de meterla en bolsas de basura y donarla en los puntos de recogida municipal de ropa.

A continuación fui a por la caja donde guardábamos el dinero.

El sistema de distribución del dinero en mi casa había sido institucionalizado hacía muchos años. Se basaba en una caja donde había varias tarjetas de crédito, una cantidad variable de dinero en metálico y el Libro de Gastos Justificados de la Familia. Conté todo el dinero en metálico que había en la caja (193 euros con 45 céntimos), me lo metí en el bolsillo del chaquetón militar y apunté la cifra en el Libro al lado de mi nombre.

Mi madre estaba fumando en el balcón, en medio del estruendo del tráfico de la Ronda de Sant Antoni. Le di un beso y salí.

Encontré el primer artículo de mi lista de la compra en la segunda tienda de discos que visité, una especie de cueva del vinilo situada en la calle Riera Baixa. Dentro de una cubeta de discos etiquetada INDUSTRIAL/NEOFOLK había una pestaña reservada a Death in June. Y entre la media docena de discos que tenían, uno me llamó inmediatamente la atención. En la portada había el busto de una estatua romana ¹ y la frase *But What Ends When The Symbols Shatter*. La misma que el cantante repetía en el tema que yo había oído la noche anterior.

Estaba a punto de pagar el disco y marcharme cuando vi algo que me hizo frenar en seco.

La pared de encima de la caja registradora tenía colgadas varias camisetas de muestra. GREED de la banda Swans, con un signo de dólar gigante y dorado. SPACEMEN 3, con un número tres dentro de una pirámide que emitía misteriosas transmisiones. DAMNED, con las caras de los supuestos miembros de DAMNED cubiertas de nata y lamiéndose las cabezas.

Y entre ellas, una camiseta que yo conocía bien. Tenía una mano enguantada que sostenía un látigo y un número 6, todo dentro de un círculo. La misma imagen enigmática que me había seguido en las últimas semanas, pero ahora con el enigma resuelto. Alguien le había puesto encima un papel sujeto con cinta adhesiva que decía:

DEATH IN JUNE
25 EUROS

Una hora más tarde, estaba de vuelta en casa con el disco de Death in June, la camiseta y un tocadiscos portátil con altavoces incorporados que pretendía parecerse a un maletín pero en la práctica tenía aspecto de molusco bivalvo gigante.

Los síntomas de la resaca ya se me habían pasado bastante para cuando terminé de enchufar el aparato, puse el disco y me senté delante con un bocadillo

de queso cheddar de la nevera. En cuanto sonaron los primeros compases del primer tema, sin embargo, tuve que dejar el bocadillo a un lado.

Yo había postulado la hipótesis de que mi impresión de la música de Death in June de la noche anterior había sido un efecto combinado del lugar, la cerveza y mi proximidad a Bronwyn. Estaba preparado para que la segunda escucha me sacara a guantazos del éxtasis de mi recuerdo. Pero me equivocaba.

Desde el primer compás, desde la primera línea vocal, dejé de existir en nuestro mundo.

El disco empezaba con los versos «Borracho del néctar de la sumisión, no siento nada más que la existencia». Era el inicio de un ciclo de letanías sobre el despertar de la conciencia. Y qué despertar. Fue como volver a tomar mi primera anfetamina. La misma sensación de que el techo se desplomaba encima de mi cabeza y al disiparse la nube de polvo y cascotes aparecía un cielo burbujeante de tebeo de Jack Kirby allí donde sólo había habido una mierda de estucado.

El cantante no mencionaba específicamente las casas feas, las calles grises y la gente tediosa de Barcelona, pero no hacía falta. Yo sabía que él estaba hablando de todo aquello, o de una versión equivalente de todo aquello. El cantante de Death in June sabía que todo a nuestro alrededor está muerto y que sólo encontrando las vías de escape adecuadas uno puede llegar a ser uno mismo. Igual que Dayana de Nix escapando de Tara por medio de sus rituales gnósticos.

La lección del disco estaba clara: si dejabas que te emborrachara el néctar de la sumisión, nunca sentirías nada más que la existencia. Los días arrastrándose como los lentos engranajes de una máquina cuyo único propósito era devolver todos sus mecanismos a la misma posición cada veinticuatro horas. Un mundo de ruinas. De símbolos rotos. Pero lo más increíble no era lo que decía, sino cómo lo decía.

El cantante de Death in June hablaba el idioma del Otro Lado. Sabía que había un significado oculto detrás de las cosas, y que se podía acceder a él por medio de los símbolos. Sus letras eran fórmulas mágicas. Con sus encantamientos, el disco desvelaba el mundo.

Y la música. La música era la Puerta.

Yo había visto el Otro Lado antes. Gracias a las novelas de Cooper Crowe o a la poesía de Cirlot. Vislumbres de una realidad más real que hacían que durante unos minutos, con el libro en las manos, te dieras cuenta de que lo que te rodeaba era una torpe parodia de vida. Y al terminarse la historia, te caía encima toda la melancolía del destierro forzoso. Como llegar tarde a la estación y ver alejarse el tren que te iba a llevar de vacaciones. O como el chaval al que los matones del patio de la escuela le arrear un bofetón y le quitan su juguete favorito.

La música de *Death in June*, en cambio, te transportaba *allí*. Estabas en tu habitación, sentado delante de tu tocadiscos bivalvo y de tus fotografías en la pared, y al cabo de un segundo ya no estabas allí. Estabas sentado en la misma silla y frente al mismo escritorio, pero la silla y el escritorio ya no eran reales. La música era un paisaje. Era algo que se veía.² Campos nevados bajo un sol de cobre. Peregrinos viajando bajo la tormenta a lugares desconocidos para el hombre.

Ya debía de haber escuchado el disco entero dos o tres veces, y estaba apuntando mis impresiones en el Primer Libro de Bronwyn, cuando oí voces al otro lado de mi puerta. ¿Quién era el responsable de aquella intrusión intolerable en mi epifanía? Levanté la aguja del vinilo y salí a ver.

En el recibidor, mi hermana se estaba despidiendo de una persona vagamente familiar.

Era un tipo alto y con barba. Ciertamente yo lo había visto antes. El tipo me saludó con la cabeza desganadamente y por fin caí en la cuenta. Era Oliver, la emanación de Olivia.

—Oh —dije—. ¿Esto quiere decir que ahora sois novios?

—No intentes entender la sexualidad humana —me dijo mi hermana—. Sería como un ciego de nacimiento intentando entender el color rojo.

—Por lo menos podrías ponerte algo de ropa antes de salir de tu habitación —le dije.

—Da gracias de verme así. Por lo menos el día que te mueras habrás visto a una chica en bragas. ¿Y qué era esa música? —Miró hacia mi puerta con curiosidad—. ¿Desde cuándo *tú* escuchas música?

—Me he comprado un tocadiscos —dije.

Para mi alarma, Oli fue hasta la puerta de mi habitación y entró.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo, mirando mi escritorio—. ¿Ayer fuiste a tu primer bar y hoy te compras un tocadiscos? ¿No estarás intentando volverte *normal*? —Cogió la cubierta del disco de Death in June y se la quedó mirando—. Uau. No te andas con bromas.

—¿Qué problema hay con Death in June? —le dije—. Aunque no te lo creas, se puede hacer música sin ser delincuente o camello.

—Hay cosas peores que ser camello. —Me enseñó la cubierta del disco—. Supongo que sabes que Death in June son nazis.

—No digas chorradas.

—Todo el mundo sabe que Death in June son nazis, tarado —me dijo ella—. Sólo un memo como tú es capaz de comprarse el disco sin saberlo.

—¿Lo dices *en serio*?

—Claro que sí. —Miró en busca de apoyo a Oliver, la emanación de Olivia—. ¿Son nazis o no son nazis?

Oliver, la emanación de Olivia, dijo que sí con la cabeza.

—Tienen prohibido tocar en Alemania —dijo—. Porque son nazis.

—¿Lo ves? —dijo mi hermana, devolviéndome la portada del disco—. Que lo pases bien en las Juventudes Hitlerianas, tarado. —Y salió de mi habitación.

Media docena de búsquedas de Google más tarde, tuve que rendirme a la evidencia de que, en efecto, Death in June estaban bajo sospecha de ser o por lo menos de haber sido en algún momento nazis. En cualquier caso, tampoco era una información con la que yo pudiera hacer gran cosa. Para entonces, ya estaba formulando mentalmente la siguiente etapa de mi plan. Comprarme el disco de Death in June y la camiseta no había sido más que el primer paso para volver a La Calle del Paraíso.

No contaré todas las veces que rondé durante las dos semanas siguientes el callejón donde estaba La Calle del Paraíso con la esperanza de ver a Bronwyn.

Si sois hombres y mujeres adultos y dueños de vuestro destino, quizás no

habréis caído en la cuenta de lo difícil que puede resultar la actividad más simple para un chaval de catorce años en pleno programa de seguimiento psicológico. Y todavía más en horario nocturno.

A fin de iniciar la siguiente etapa de mi plan, tuve que esperar a que mi madre volviera a marcharse de viaje el jueves siguiente. Eso eliminaba a un testigo de mis escapadas. Quedaba el otro, sin embargo.

Mi hermana no se tomó mal el hecho de que yo quisiera empezar a salir por las noches. Aun así, me puso normas. Por ejemplo, tenía que volver a casa a las diez, a menos que saliéramos los dos juntos, lo cual, en aquellos días, implicaba tener que presenciar sus escenas de pasión lingual con Oliver. Como es comprensible, Oliver tampoco parecía demasiado entusiasmado de tenerme cerca. Mi hermana aceptó darme algo de dinero, aunque nunca más de un billete de diez euros por noche, y también me obligó a mandarle mensajes de texto cada vez que cambiaba de ubicación y cuando llegaba a casa.

Encontré a Bronwyn a principios de diciembre, un mes después de mi avistamiento anterior.

Era una noche fría, se acercaban las diez y yo ya estaba a punto de abandonar mi puesto de observación. No podía dejar que me viera el vigilante de la puerta, o sea que me tenía que poner siempre en la boca del callejón. Pero estaba claro que mi vigilancia no podría durar mucho más.

Varios vecinos y propietarios de bazares de la calle Sant Pau ya se habían fijado en mi presencia durante la última semana. Había una señora gorda con albornoz y pantuflas que siempre sacaba la basura a la misma hora en que yo rondaba cerca de los contenedores de la esquina. Tiraba su bolsa en el contenedor y después se me quedaba mirando con los ojillos entrecerrados, el pitillo en labios y mascullando por lo bajo.

Igual que me había pasado en nuestro primer encuentro, sentí la presencia de Bronwyn antes de verla. Me di la vuelta y me asomé a la calle Sant Pau, más allá del paralelepípedo oxidado de la Filmoteca, en dirección al Liceu.

Y allí estaba, quizás a la altura de Junta de Comerç. Acercándose por entre la basura y los vendedores de hachís con la inexorabilidad de una fuga radioactiva. La cabeza gacha, los hombros encorvados. El pelo negro caído sobre la cara y

los bajos del abrigo agitándose a su alrededor. Pero el abrigo ya no parecía un par de alas y Bronwyn ya no parecía una actriz vampírica reconvertida al existencialismo por exigencias del guion. Volvía a parecer un fenómeno astronómico, pero no el mismo que la primera vez.

Había algo muy distinto en su nivel de presencia. La primera vez había llenado el cielo con su luz y había hecho desaparecer todo lo demás. Ahora, en cambio, ya no era algo que se pudiera contemplar desde una distancia segura.

Después de su colapso, el núcleo de la supernova había seguido experimentando una degeneración neutrónica masiva y se había encogido más y más hasta que toda su materia se había comprimido en un punto infinitamente pequeño e infinitamente denso. Una singularidad. El centro de un agujero negro. Y ahora aquel agujero de gusano amenazaba con devorar todo lo que lo rodeaba.

Por un momento, pensé en marcharme antes de que Bronwyn me viera. Todo había sido distinto cuando yo sólo estaba siguiendo su luz. Buscando su pista en el entorno seguro de las bibliotecas. Ahora, de pronto, estaba demasiado cerca. El mero hecho de estar en la misma ciudad que ella ya parecía peligroso.

Podría haberme retirado entonces. Si no la hubiera vuelto a ver nunca más, nuestros dos encuentros previos ya habrían operado un cambio masivo en mí. Pero no me fui. Me quedé plantado en mi esquina mientras se me acercaba.

—Bronwyn —la llamé.

Ella se paró frente a mí y se quedó mirando mi camiseta de Death in June y el resto de mi transformación.

—Me has estado siguiendo —me dijo—. Te podrías haber metido en un lío la otra noche.

Yo había amasado una pequeña fortuna a base de no gastarme los billetes de diez euros que mi hermana me daba cada noche que yo salía. Se la enseñé a Bronwyn.

—Tengo dinero —me dijo—. Déjame que te lo explique todo.

Compramos dos latas de cerveza y nos sentamos en un banco de la Rambla del Raval. Bronwyn se bebió la suya sin decir nada y después me hizo un gesto para

que le diera la mía.

—Te has escapado de casa —le dije, más en tono de afirmación que de pregunta—. Por eso la policía estaba en la clínica del doctor Buenanueva. Y por eso tu padre ha suspendido sus clases.

Bronwyn se encogió de hombros.

—Hace años que me escapé —dijo—. Simplemente mi cuerpo todavía iba a dormir allí.

—¿Y dónde vives ahora?

Ella dio un trago de cerveza.

—Vivo donde sea que esté —contestó—. Mi casa es mi mente. A ver si lo entiendes. Escaparse de casa sólo es un paso más para escaparse de la cárcel de la realidad socialmente construida. ¿La familia y todo eso? Sólo es la celda en la que naces.

Estuvimos un rato en silencio. A nuestro alrededor, la Rambla del Raval experimentaba su transición geológica de todas las noches. Los grupos de turistas se extinguían gradualmente, como si la caída de la noche fuera un cataclismo meteórico, y en su lugar iban apareciendo nuevas especies más pequeñas y adaptables al medio. Grupos de adolescentes argelinos e indostaníes. Perroflautas y alcohólicos ancianos del barrio unidos en una simbiosis imposible en torno a un Tetrabrik de vino.

—Nunca me dijiste que escribías poesía —le dije por fin a Bronwyn.

Ella suspiró.

—Escucha, me caes bien —me dijo, en un tono que no sugería exactamente que yo le cayera bien—. Pero no intentes entenderme. No me hace falta escribir poesía. No me hace falta hacer *nada*. Nací así. El arte está en lo que soy ¿Por qué crees que me llamo como me llamo?

Yo conocía el poder mágico de los nombres, por supuesto. Las cosas sin nombre formaban parte del continuo sin límites. Cuando le ponías nombre a algo, también estabas transformando su naturaleza. Pasaba cuando le ponías nombre a una persona, claro, pero en ese caso las leyes de la causa y el efecto se podían invertir fácilmente. En el tiempo no lineal de las cosas trascendentes, no

había un antes del momento de ser nombrado. Tu nombre existía en la simultaneidad de todos los momentos y dictaba su propia elección.

—Ese Ivo Cárceles —le dije—. El músico. ¿Es amigo tuyo? La otra noche vi cómo os peleabais.

Ella soltó un soplido de burla.

—Los amigos son una estupidez —dijo—. Nos juntamos con otra gente porque queremos cosas de ellos. Cuando las hemos conseguido, ya no hace falta seguir fingiendo. —Tiró la lata al suelo y se puso de pie de repente—. Tengo que irme. Ha estado bien verte, Pol.

Volvió a invadirme la alarma.

—No soy el mismo que conociste hace un mes —le dije, levantándome yo también—. He leído a Cirlot y he escuchado a Death In June. También quiero escaparme de la realidad construida socialmente. ¿Cómo puedo hacerlo? Necesito que me ayudes.

—Nadie puede ayudarte. Has de encontrar la manera tú.

—¿Cómo puedo encontrarte? ¿Tienes teléfono?

—¿*Teléfono*? —repitió ella en tono escandalizado.

—Por favor —le dije en tono suplicante.

Bronwyn lo pensó un momento. Por fin volvió a suspirar.

—Ven aquí el domingo que viene —dijo—. A este mismo banco, a mediodía. Pasaré a buscarte.

—Aquí estaré.

—Trae lo más valioso que tengas —me dijo. Y se alejó con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo.

XII

La tormenta perfecta 1: Salir del azul y entrar en el negro

Y por fin habéis llegado al final de mi historia. Si habéis leído estas páginas con atención, ya sabréis cómo termina. Pero eso no es lo que importa en una historia, claro. Lo que importa es saber cómo se llega al final y por qué.

Supongo que estaréis familiarizados con el término *tormenta perfecta*. Poca gente lo sabe, pero el término viene de una tormenta de verdad. En 1936 una tormenta inundó una región de Texas, pero los estragos que causó no se podían explicar sólo por la tormenta en sí. En realidad fueron resultado de la confluencia accidental de siete factores distintos. Un choque de frentes meteorológicos y circunstancias desgraciadas que, según las autoridades, sólo se producían «una o dos veces cada siglo».

A partir de entonces, el término *tormenta perfecta* rompió los diques del argot meteorológico. Pasó a significar cualquier evento de esos donde está claro que la Diosa Fortuna se ha levantado con resaca después de que su novio rompiera con ella la noche anterior y decide que alguien va a pagar los platos rotos.

Ese día en que el avión despegaba y al alcanzar la altura de crucero recibe aviso de desviarse de su ruta original por culpa de un accidente de tráfico en la pista de aterrizaje en su destino y el desvío los obliga a pasar por una zona de bajas presiones con tan mala suerte que un relámpago alcanza al avión e inutiliza los sistemas hidráulicos. Llegado este punto, la Diosa Fortuna ya ha descargado una parte de su frustración, pero entonces su exnovio la llama para decirle que tiene intención de litigar por la vivienda que compartían. Así pues, el piloto, que ha estado ocultando a la aerolínea sus problemas cardiacos agravados por su divorcio inminente, sucumbe a la tensión del momento y sufre un ataque al corazón mientras está yendo al mueble bar. La tormenta perfecta está en camino,

pero todavía no ha llegado. Todos los pilotos de aerolíneas comerciales saben aterrizar sin el sistema hidráulico. El copiloto se prepara para ejecutar la maniobra él solo, pero sus problemas de próstata lo obligan a visitar el retrete todo el tiempo y, en una de estas visitas, una fuerte turbulencia atribuida a una disrupción magnética de la atmósfera que sólo se produce cada treinta años le rompe el cuello mientras estaba orinando. Con las manos temblorosas y siguiendo instrucciones de la torre de control del aeropuerto más cercano, el sobrecargo intenta aterrizar sin los controles hidráulicos, y lo habría conseguido si no fuera porque un quebrantahuesos —ave en peligro de extinción— se mete dentro de la turbina.

Básicamente eso es lo que va a suceder en los tres capítulos siguientes. Poneos los cinturones de seguridad porque el avión está a punto de despegar.

El doctor Buenanueva tenía un nuevo modelo planetario en su consulta, y eso significaba que estaba de buen humor. Se le notaba a la legua. De vez en cuando giraba la silla para contemplar a su nueva criatura, y en un momento de nuestra sesión incluso le vi meterse tres pastillas de chicle en la boca en vez de las dos habituales, como quien se permite un dedo más de whisky a modo de celebración.

No era para menos. El nuevo planetario era un original de la legendaria Trippensee Manufacturing de Detroit, c. 1940, teluriano (es decir, restringido a la representación del Sol, la Tierra y la Luna) pero con el añadido de Venus, mecanismo de relojería, cuarenta centímetros de radio exterior, brazo y esfera solar de baquelita, Luna y Venus de madera, globo terráqueo de cartón piedra con mapamundi simplificado.

No estoy seguro de si aquel Trippensee original era la nueva joya de la corona del doctor Buenanueva, pero sí que había desplazado al Holbrook en el puesto de honor de la consulta: la mesilla de al lado de la ventana. Ciertamente era un magnífico espécimen de planetario mecánico. Pero por encima de todo era un signo de estatus. No creo que hubiera más de una docena de coleccionistas en el mundo

que pudieran permitirse una pieza así. Las enfermedades mentales infantiles y adolescentes debían de estar atravesando un momento extraordinario.

—Dime, Pol —me dijo, masticando con entusiasmo—. ¿En qué estás pensando?

Aparté la vista del Trippensee (había decidido que el hecho de que el doctor lo mirara todo el tiempo me daba a mí también la excusa para fingirme absorto en él) y fruncí el ceño. La sesión estaba siendo más bien apática, pero lo cierto es que desde mi último encuentro con Bronwyn yo no había parado de darles vueltas a un par o tres de cuestiones.

—¿Permiso para citar a Cooper Crowe?

—Concedido.

—En ese caso, estaba pensando en el Universo 2 de los libros de Tara —dije—. Ya sabe, a dos sueños de distancia del mundo de la vigilia.

—Ajá.

—En la serie de Tara no aparece el Universo 2 hasta el libro seis o siete de la serie —le expliqué—. Pero cuando Dayana de Nix llega allí, se encuentra con uno de los desafíos más difíciles de su carrera de Psiconauta. En el Universo 2, todo el mundo busca a un ser llamado el Ángel de Shemesh. Es como la Piedra Filosofal, o el Arca de la Alianza, o una de esas cosas que busca todo el mundo, pero es una persona. Nadie lo ha visto nunca, o por lo menos nadie lo ha visto y ha vuelto para contarlo, o sea que nadie sabe qué pinta tiene. Hay muchas teorías. La mayoría sacadas de leyendas. Algunos dicen que es una reina que vive en el fin del mundo. Así pues, muchos peregrinos abandonan todo y se van a buscar el palacio de esa reina, pero nadie sabe dónde se termina el mundo, y la verdad es que no parece que se termine nunca. Hasta las expediciones navales más ambiciosas han vuelto sin encontrar el fin del mundo.

—¿Y dónde está realmente el Ángel de Shemesh?

—Espere. Lo importante de las historias no es saber el final, sino cómo y por qué se llega a ese final. Otra gente dice que el Ángel es un vagabundo maloliente que va de pueblo en pueblo mendigando, o sea que quizás sí que lo hayan visto, pero nadie se imaginó que fuera él.

—La tradicional paradoja de la inversión social —volvió a interrumpirme el

doctor Buenanueva.

—Dayana se dedica en cuerpo y alma a buscar al Ángel de Shemesh, pero fracasa una y otra vez. Ni siquiera con sus poderes de abrir puertas dimensionales y viajar a través del tiempo y el espacio. Al final Dayana se hace vieja y se convierte ella también en una leyenda. La gente va a verla y le pregunta por las cosas que ha aprendido durante sus décadas de búsqueda. Incluso aparece una secta apóstata que dice que *ella* es el Ángel.

Hice una pausa para ver si el doctor quería interrumpirme otra vez, pero él se limitó a mirarme con cara de inocencia.

—Ya es una anciana cuando decide subir a los Picos de Tífaros —seguí explicando—. Es la única parte del mundo conocido donde todavía no ha buscado, y hay una buena razón. Los Picos de Tífaros son altísimos y están azotados todo el año por tormentas que provocan avalanchas. Nadie ha subido a los picos y ha vuelto con vida, o sea que sólo los peregrinos más ancianos a los que ya les trae sin cuidado morir se atreven a subirlos. En cualquier caso, en las cimas de los picos hay unas cuevas donde las leyendas antiguas dicen que quizás esté el ángel.

—Y allí sube Dayana.

—Allí sube Dayana. Tarda muchos meses en llegar a las cimas y enferma por el camino. Cuando llega a las cuevas de Tífaros, ya le queda poco de vida. Visita las cuevas y se queda alucinada de lo impresionantes que son, pero el Ángel no está allí. En fin, dice. Supongo que me moriré en el Universo 2. Y se instala en una de las cuevas para morir. Una vez en la cueva, sin embargo, lejos del mundo y de la gente, y una vez se ha quitado de encima el apego a la vida, se da cuenta de que toda la búsqueda era un timo.

—¿Ah, sí?

—Sí. O bueno, no. Toda la búsqueda era necesaria, pero no de la forma en que ella había creído. Hay que pasar por una vida entera hasta llegar a las cuevas de lo más alto del mundo y dedicarse a meditar allí noche y día para descubrir la realidad. El Ángel de Shemesh no está fuera de uno. Está dentro. Shemesh es el sol interior. Sólo cuando eres consciente de esto puedes pasar del 2 al 1. Cada uno de nosotros es el sujeto y el objeto de la búsqueda.

—Y entonces la anciana se murió.

—No. No se murió —dije, irritado—. Se despertó. Superó la dualidad que le impedía despertarse en el Universo 1. La división del yo.

—Una historia apasionante —dijo el doctor Buenanueva—. Y con una importante carga filosófica. ¿Pero qué te hace contármela ahora?

—¿Se acuerda de lo que me dijo el mes pasado, cuando conocí a cierta persona?

—Por supuesto.

—Me dijo que en realidad me había conocido a mí mismo. No se lo tome mal, pero al principio me pareció una soberana tontería.

—Vaya por Dios.

—Pero hace unos días que me lo he replanteado. Es posible que usted tenga razón. Es posible que esa persona y yo seamos básicamente lo mismo. O quizás dos mitades de una sola cosa. Es difícil de explicar.

—Inténtalo.

—Imaginemos a un poeta —dije—. Un poeta hipotético. Un poeta de Barcelona, pero distinto de todos los demás poetas de Barcelona. Capaz de ver cosas que todos los demás no ven. Y ahora imaginemos que un día va al cine y ve una película. Sin buscar nada especial en ella, sólo porque le gusta el cine. Por ejemplo, una película sobre druidas celtas que luchan contra los normandos en la Francia medieval.

—Parece un ejemplo muy concreto —dijo él, inflando un globo de chicle.

—Y en esa película ve a una actriz salir de un lago y se da cuenta de que esa actriz es la inspiración que ha buscado toda su vida. No la actriz en sí. Ni tampoco el personaje. Sino la actriz interpretando a ese personaje en ese plano exacto de la película. En ese momento piensa... No, no piensa, *sabe*, que esa imagen de esa mujer es la visión que ha de regir su arte. El mito por el que será recordado, a pesar de que ya lleva décadas escribiendo. Es Dios, pero no el Dios que le inculcaron en la escuela, sino su Dios personal. El que estaba dentro de él todo el tiempo. Es decir, estaba fuera de él, pero también dentro. Porque todo lo que existe fuera de nosotros tiene su imagen dentro.

El doctor Buenanueva frunció el ceño.

—Ciertamente es una hipótesis compleja.

—Después leí los ensayos de ese poeta —seguí diciendo—. Y me interesó mucho su idea del matrimonio entre el poeta místico y la Shekiná. La Shekiná es la versión femenina de Dios. La Presencia Divina. La podemos encontrar en una iglesia, por supuesto. O en una persona de carne y hueso. O en una película, claro. Pero en realidad ya la teníamos dentro. Cuando la conocemos, lo que hacemos es reconocerla.

—¿Y entonces?

—Entonces da igual que sea real. Puede ser una ficción. O una alucinación. Es real porque es real para uno. Todo lo demás da igual.

—Ya conozco esta canción.

—Creo que es eso lo que nos está diciendo Cooper Crowe cuando habla del Ángel de Shemesh. Sólo puedes despertar a la vida real cuando te unes con él. Contigo mismo. Cuando lo conoces y lo aceptas.

El doctor Buenanueva hizo girar su silla giratoria hacia el nuevo planetario mecánico de su colección y se lo quedó mirando un momento antes de volver a girar la silla en sentido contrario. Esta vez hacia mí. Me miró con expresión concentrada.

—Creo que eres un narrador excelente, Pol —dijo por fin, asintiendo con la cabeza—. Y uso la palabra *narrador* con plena conciencia de su significado. Construyes narraciones formidables y te las cuentas a ti mismo. De acuerdo, lo hacemos todos —matizó—. Pero no todos somos tan brillantes como tú. Es obvio que te interesa la cuestión del conocimiento. El problema, o por lo menos parte del problema, es que tienes catorce años. ¿Sabes qué es la anosognosia, Pol?

—Claro que lo sé. Llevo dos años viniendo aquí. Es el rechazo a la idea de que uno está enfermo. Es un mecanismo de defensa psicológico y usted cree que yo lo tengo. Cree que intento, no sé, dignificar mi esquizofrenia o algo así.

—Creo que algunas de tus historias son intentos de *sacralizar* tus problemas psicológicos. A fin de cuentas, si son sagrados no pueden ser problemas. Dime, Pol, ¿cómo llevas tu griego antiguo?

—¿Intenta usted humillarme?

—*Anosognosia*. Una palabra preciosa. Del griego *a*, que quiere decir «sin». *Nosos*, que significa «enfermedad». Y *gnosis*, «conocimiento». La agnosia, por ejemplo, es la ausencia de conocimiento. Los agnósticos son literalmente la gente que no sabe. *Nosos* también se podría traducir por «sufrimiento», lo cual cambiaría mucho el significado de la palabra. Es obvio que estás dando pasos muy importantes, Pol. Quieres encontrar tu yo verdadero. Luchas por dar con él, aunque no quieras admitir qué te lo impide. El problema es que, con catorce años, puedes ser el narrador más brillante del mundo, pero no te conoces a ti mismo. Apenas has empezado a aprender quién eres.

—¿Y usted? —le dije—. ¿Usted *sí sabe* quién soy yo?

—Mírate. El corte de pelo. La camiseta. Esa chaqueta nueva. Estás buscándote, como todos los adolescentes. Tu hermana me ha contado que te has comprado un tocadiscos.

—Tenía un disco y quería hacerlo sonar —dije.

Una parte de mí se moría de ganas de insultar al doctor Buenanueva. De ponerme a gesticular y a articular exageradamente la palabra «so-bre-in-ter-pre-ta-ción» delante de sus narices, como un participante en una charada que intenta hacer trampas porque su compañero de equipo no es lo bastante inteligente.

Pero no lo hice. No habría tenido sentido. Yo era consciente de que, en el reino de las metáforas astronómicas, el doctor Buenanueva era los extraterrestres.

El día en que los extraterrestres lleguen a la Tierra no será como nos lo han contado mil veces los novelistas de ciencia ficción. Los extraterrestres no levantarán una manita de tres dedos a modo de saludo, ni tampoco harán unos pitiditos simpáticos que con el tiempo nuestros científicos podrán descifrar y a los que podrán replicar. Cuando los extraterrestres lleguen a la Tierra, lo más seguro es que se estrellen porque no estén familiarizados con el concepto de suelo. O bien no entenderán que los pobladores del planeta somos nosotros y no nuestras casas. O no caerán en la cuenta de que nuestro lenguaje está asociado con las vibraciones que salen de los agujeros en la cara, porque en su planeta no habrá agujeros, ni caras, ni vibraciones, ni mucho menos pequeños glifos de tinta

en un papel que se interpretan con unos orbes mojados que hay en medio de esa cosa llamada «cara».

—Piénsalo bien, Pol —dijo el doctor Buenanueva—. Es hora de terminar, pero quiero que lo pienses para la siguiente sesión. ¿Qué implica la ignorancia del sufrimiento? Porque eso es la enfermedad: sufrimiento. Confusión. Miedo. Dolor. ¿Quiénes somos si no podemos ver el sufrimiento? ¿El de los demás y el nuestro mismo? ¿En qué nos convierte eso?

Y ésas fueron las últimas palabras que me dijo el doctor Buenanueva, porque aquélla fue nuestra última sesión y nunca más volví a verlo.

Al domingo siguiente, yo estaba sentado a las doce en punto del mediodía en el mismo banco de la Rambla del Raval donde me había sentado con Bronwyn a ver cómo se bebía nuestras dos cervezas.

La cuestión de cuál era mi posesión más valiosa me había tenido ocupado durante toda la semana previa. No es sólo que no supiera cuál era. Simplemente jamás me había planteado el hecho de si tenía o no pertenencias valiosas. Simplemente tenía cosas que eran mías. Ése era su valor, y era un valor absoluto. Su valor relativo era incalculable, porque sólo podía medirse en relación con un sistema de tasación externo a mis cosas, que eran por definición autotélicas. Su precio original, fuera cual fuera, había caído en el olvido. Y bajo ninguna circunstancia me habría deshecho de ellas, por tanto jamás había hecho falta calcular su valor.

Pero no podía presentarme a mi cita con las manos vacías. Y tampoco podía llevar algo que no fuera realmente importante para mí; Bronwyn lo habría notado.

Así pues, al cabo de una semana había conseguido reducir la lista de mis posesiones valiosas a tres:

(1) Mi edición de *Adiós a todos los adioses*. Sí, la misma que yo me había comprado tres o cuatro años atrás en la Community Bookstore. Estaba vieja y tenía la portada completamente descolorida y olía a moho cuando la sacabas de la funda de plástico donde yo la tenía guardada para protegerla. No tenía más

valor en el mercado que cualquiera de los miles de libritos de bolsillo que se apilan en las cubetas de saldos de cualquier librería de ciencia ficción. Pero era el libro más importante de mi vida, y en mi vida tradicionalmente no había habido nada más importante que los libros.

(2) Mi pasaporte de Estados Unidos. Puede parecer una tontería, pero para mí no lo era. Mi pasaporte de Estados Unidos, que yo había obtenido por el simple hecho de tener una madre americana, era lo que algún día me sacaría de Barcelona. Siempre supe que me marcharía en cuanto tuviera la oportunidad, y por eso aquel objeto me parecía la más mágica de mis posesiones. Un objeto de cuento de hadas. Como los zapatos de rubí de Dorothy en *El mago de Oz*, o como la alfombra mágica de *Las mil y una noches*.

Un día, en un futuro indeterminado, mi pasaporte azul vendría aleteando por el cielo vespertino a mi rescate.

(3) El Primer Libro de Bronwyn. Aquel cuaderno de notas Leuchtturm1917 de cubierta dura y 233 páginas, que en este momento de mi historia ya agonizaba sin saberlo. Yo sólo añadiría un par de entradas más, con las fechas 10 de diciembre, domingo, y 13 de diciembre, miércoles.

Después de mucho debatirlo conmigo mismo, me metí el libro de Cooper Crowe en el bolsillo del chaquetón militar. A fin de cuentas, llevar el Primer Libro de Bronwyn habría implicado reconocer ante Bronwyn que estaba escribiendo un libro sobre ella, y no tenía ni idea de cómo se lo tomaría. En cuanto a mi pasaporte, la idea de perderlo me paralizaba de miedo.

Y qué demonios, hasta la llegada de Bronwyn nada me había cambiado la vida tanto como *Adiós a todos los adioses*.

Pasó el rato en mi banco de la Rambla del Raval y lo único que cambió en mi situación fue la sucesión de gente que se sentaba a mi lado. Señores pakistaníes con barbas teñidas y olor a sobaco. Vendedores de hachís que me tocaban la pierna para llamarme la atención, seguramente sospechando por mi actitud que era ciego y sordo. Policías secretos con gafas de sol y auriculares subrepticios que siempre comían pipas con cáscara.

Ya eran pasadas las dos cuando paró una furgoneta negra delante de mi banco. Yo no le presté atención. Hacía dos horas que tenía la vista clavada en la

esquina con la calle Sant Pau, que era donde esperaba ver aparecer a Bronwyn. De forma que no presté atención a la furgoneta cuando se paró delante de mí. No le presté atención cuando se puso a tocar la bocina ni tampoco cuando se abrieron de par en par las portezuelas de la zona de carga.

Por fin Bronwyn bajó la ventanilla del asiento del copiloto y me pegó un grito.

—¡Eh! ¡No tenemos todo el día!

Corrí hasta las portezuelas traseras de la furgoneta, que tenían el logotipo del látigo y el número seis pintado con plantilla, y me subí a la zona de carga. Me dieron la bienvenida los acordes familiares de *The Mourners Bench* de Death in June. En cuanto estuve en el suelo de la zona de carga, unas manos cerraron las portezuelas detrás de mí y miré a mi alrededor.

Además de mí, había cuatro personas sentadas en el suelo de la parte de atrás de la furgoneta, dos chicos y dos chicas. Los cuatro llevaban variaciones más o menos raídas del abrigo negro y largo de Bronwyn, Doc Martens y peinados de esos que te impiden encontrar un trabajo. La música venía de un reproductor a pilas de discos compactos rodeado de un desorden de CD tirados por el suelo y de paquetes de seis latas de cerveza. Yo estaba seguro de haber visto a aquellos cuatro en mi visita a La Calle del Paraíso. De hecho, una de ellos, que ahora me miraba con expresión menos severa que los demás, era Irina, la chica de la barra que opinaba que Bela Lugosi había muerto.

—Hola —dije por fin.

Irina me sonrió un poco, abrió una lata de cerveza y me la ofreció. Los otros tres se limitaron a mirarme fijamente. La furgoneta arrancó y me giré para mirar hacia la cabina del conductor.

Ivo Cárceles iba al volante y Bronwyn estaba repanchingada en el asiento del copiloto, con las Doc Martens encima del salpicadero.

Había algo especial en la imagen de las nuca de aquellos dos. Por alguna razón, me acordé de aquel cuadro estúpido de la pareja de granjeros americanos de la época colonial plantados delante de una casa gótica. No quiero decir que Ivo Cárceles y Bronwyn se parecieran en nada a aquella pareja de granjeros, claro. Pero había algo en ellos que sugería que eran más que una pareja. Una

especie de unión preternatural. Como si fueran dos mitades de una misma cosa. O quizás me estaba dejando llevar por la sugestión y por la última conversación que había tenido con el doctor Buenanueva.

—¿Adónde estamos yendo? —dije, mirando por la ventanilla cómo la furgoneta llegaba al final de la Rambla del Raval y seguía en dirección al mar y las Drassanes.

—Bronwyn nos ha hablado de ti —dijo Irina, como si aquello explicara adónde estábamos yendo.

Los otros tres no dijeron nada, pero me dio la impresión de que asentían un poco con la cabeza o bien gruñían para corroborar lo que Irina acababa de decir. Y eso fue todo. El resto del trayecto lo hicimos en silencio, bebiendo una lata de cerveza tras otra. De vez en cuando, uno de ellos se acercaba a otro para hablarle en voz baja al oído, lo cual, como es obvio, no me resultaba demasiado tranquilizador. La situación empezaba a parecerse un poco demasiado a los habitantes de Summerisle llevando a dar un paseo por los acantilados de su isla al sargento Howie en *The Wicker Man*. Por no mencionar el hecho de que mis compañeros de furgoneta tenían bastante más pinta de sacrificar a gente dentro de gigantes de mimbre que los propios personajes de la película.

Mi inquietud se agravó al cabo de unos minutos cuando vi que estábamos cogiendo la Ronda Litoral en dirección a la carretera nacional.

No sé si lo he dejado claro en capítulos anteriores, pero mi madre y mi hermana me criaron para sentir una desconfianza natural hacia las periferias urbanas.

No hay duda de que mi madre es una mujer cosmopolita. De hecho, mi madre es a las mujeres cosmopolitas lo que Florence Nightingale es a las enfermeras feministas del siglo XIX. Sin embargo, siempre ha tenido sus propias ideas sobre lo que es apropiado en materia de lugares donde ha de estar una persona civilizada y con buen gusto. Y esos lugares no incluyen los barrios periféricos, los pueblos residenciales, el campo, las ciudades de provincias ni, en esencia, ningún lugar que no sean los centros urbanos.

Durante mi infancia, no recuerdo haber estado nunca en ningún lugar de Barcelona más lejos del centro que la Estación de Sants o la Vila de Gràcia.

Lugares como el Poble Nou le planteaban a mi madre un difícil debate existencial, aunque finalmente —influida, supongo, por las derivas urbanas de la Barcelona del siglo XXI— se decidió a incluirlo en su mapa de lo que era aceptable. En Nueva York, recuerdo que una vez le dio un severo sermón a mi hermana por querer ir a un concierto en Astoria, Queens.

Ahora, en cambio, habíamos cogido la N-II y estábamos dejando atrás lugares cuyos nombres en mi casa sólo habían sido oscuras referencias en un mapa de lugares remotos y vagamente temibles. Badalona. Montgat. Mataró. O sea, *sabíamos* que vivía gente allí, pero no conseguíamos imaginarnos cómo era esa gente ni como vivía. De pequeño yo casi tenía la imagen mental de que aquellos sitios estaban poblados por desechos degenerados de la era postnuclear, como los habitantes del Manhattan de *Rescate en Nueva York*.

Al cabo de unos veinticinco minutos abandonamos la carretera de la costa por una vía secundaria que empezó a ascender unas colinas suaves y cubiertas de pinares. Las curvas de esta última parte del trayecto se dedicaron a jugar al baloncesto con mi estómago lleno de cerveza. Cuando la furgoneta por fin se detuvo, necesité un minuto para que todo aquel líquido se volviera a asentar con un eructo caliente y rancio.

Uno a uno, los cinco saltamos de la zona de carga de la furgoneta.

Ivo Cárceles había aparcado delante de una casa de campo abandonada en lo alto de una loma. Era una edificación grande y sombría de piedra, posiblemente de dos o tres siglos de antigüedad. La basura que había por todos lados y las pintadas de las paredes indicaban que aquella masía de antaño había sido reconvertida en centro recreativo alternativo hacía décadas. Mi arqueólogo interior se acercó a una pintada a espray negro que había parcialmente borrada en una tapia y que decía MEGADETH. La rasqué un poco con la uña. Circa 1985.

—¿Y ahora qué? —me atreví a decir por fin cuando Bronwyn salió de la cabina y todos cargaron con cajas de cerveza en dirección a la casa.

—Ahora esperamos a que se haga de noche —me dijo sin detenerse.

Los vi alejarse hacia la casa y los seguí al cabo de un momento.

Muchas de las cosas que pasaron en los días siguientes se me han borrado de la cabeza, o bien se mezclan todas entre sí, sobre todo a partir de que aparecieran los Portales-Mausoleo. Aquella noche de diciembre en la casa abandonada, sin embargo, la recuerdo con ese grado de detalle con que recordamos los acontecimientos horrorosamente traumáticos o bien su contrario, los momentos de rara felicidad.

Mientras esperábamos a que cayera la noche, Bronwyn y sus amigos bebieron cerveza en la casa y en sus alrededores. Esnifaron speed y las dos chicas que no eran Bronwyn bailaron con sus latas en la mano la música de Death in June y de otras bandas que yo no conocía. Sobre las cuatro de la tarde, a falta de una hora para la puesta del sol, todos se pusieron a recoger ramas y tablones viejos para hacer una hoguera. Mi temor a terminar quemado dentro de un hombre de mimbre seguía sin verse confirmado, pero también estaba lejos de quedar descartado.

En cualquier caso, para entonces yo ya había tomado un par de líneas de speed que habían corroído mis recelos. Y además, estaba en manos de Bronwyn. Si ella decidía quemarme ritualmente, no sería yo quien me opusiera.

La hoguera estaba siendo preparada detrás de la masía, en un descampado de escombros y tapias medio derribadas que en el *illo tempore* agrícola de aquel lugar quizás hubiera sido los corrales, o las pocilgas.

Los amigos de Bronwyn seguían evitando hablarme, pero poco a poco vi que no era por hostilidad. Quizás fuera por el speed que todos habíamos tomado, pero ahora parecían más relajados en mi presencia y sonreían más, sobre todo las chicas. La chica que no era Bronwyn ni Irina era asiática y tenía cierto aspecto de guerrillera adolescente del Vietcong, aunque yo era consciente de que seguramente debía de ser filipina del Raval, y llevaba unos pantalones ajustados con la cara dentada del Bafomet estampada a intervalos regulares.

El sol se empezó a poner por encima de las lomas, aunque el crepúsculo de color hematoma todavía estaba lejos de alcanzar el horizonte del Mediterráneo. Me acerqué a Bronwyn, que estaba sentada en una roca fumando un cigarrillo y mirando el mar con cara pensativa.

—Siéntate aquí —me dijo, dando una palmada en la roca contigua a la suya.

—Va a pasar algo, ¿verdad? —le pregunté—. Es por eso que no me hablan. Va a pasar algo y tiene que ver conmigo.

—Escúchame bien. Si quieres ser uno de ellos, presta atención a lo que te voy a explicar.

—¿Ellos?

—Se llaman los Ángeles Negros.

—¿Tú no eres uno de ellos?

—Nah. —Dio una calada de su cigarrillo—. Ellos van con Cárceles. Y Cárceles va conmigo a veces. Pero no, no soy uno de ellos. Aunque a veces les digo lo que tienen que hacer.

—Se llaman así por la canción de Death In June, ¿verdad?

—Cállate un segundo, por favor. —Puso los ojos en blanco—. Y atiende. Lo que te voy a explicar ahora es la primera técnica que tienes que aprender para liberar tu mente. La inventé cuando tenía tu edad, más o menos. Se llama salir del azul y entrar en el negro.

—De acuerdo.

—Lo primero de todo es vivir de noche. Nunca de día. Hasta que llegue un momento en que pienses en el cielo y lo único que veas sea el cielo de noche. Mejor dicho, las franjas del cielo de noche que se ven entre los edificios. Luego tienes que invertir el adentro y el afuera. —Hizo un gesto con la mano que se parecía un poco al gesto de enroscar una bombilla—. Al principio hace falta un poco de práctica. O de concentración. Pero es fácil.

—¿El adentro y el afuera?

—El cielo de noche ha de ser tu techo. El techo de tu casa. Y cuando entres en tu casa, el techo ha de ser el cielo de fuera. ¿Me sigues?

—Creo que sí.

—Ya verás. Si lo haces bien, conseguirás que la noche sea tu casa. Y es importante no dormir. Las anfetaminas te ayudarán. Sólo cuando dejas de dormir puedes llegar a entender y sentir ciertas cosas. Habrás salido del azul para entrar en el negro.

—Entiendo —dije. En realidad tenía un par de dudas sobre todo aquello, pero

me habría dejado desollar vivo antes que planteárselas.

Nos quedamos allí sentados un rato, bebiendo cerveza y mirando cómo el crepúsculo avanzaba hacia el este hasta tocar el mar.

—Tienes que fumar más —me dijo al cabo de un rato.

—¿Porque todo el mundo dice que fumar es malo?

—No seas idiota. —Chasqueó la lengua—. Fumar es lo único que destruye el miedo burgués a la muerte. No hay plenitud humana como encender un cigarrillo.

Bronwyn me dio uno. Después me dio un Elvanse de setenta miligramos. Cuando por fin se hizo oscuro, Ivo Cárceles y sus compañeros encendieron la fogata.

No tengo ni idea de qué hora era cuando me pidieron que caminara hasta la fogata. Sé que pedí muchos cigarrillos a todo el mundo, de hecho hasta que empezaron a mirarme un poco mal. En cualquier caso, el tiempo se había detenido hacía bastante. Era la magia de las anfetaminas. De hecho, ya no había tiempo, sólo había noche. Una noche sin confines. La canción de mi disco de *Death in June* que yo tenía ahora en la cabeza decía una y otra vez: «Abre los ojos y Ku-ku-ku, nena. El tiempo se detendrá para ti». Lo único que yo podía pensar mientras bebía una cerveza tras otra y escuchaba la canción era que lo había conseguido. Había parado el tiempo y la noche era mi casa. El cielo nocturno era mi techo. ¿Cómo había podido vivir catorce años sin todo aquello?

Los Ángeles Negros bailaban junto al fuego. Habían acercado la furgoneta a la parte de detrás de la masía y ahora la música salía mucho más alta de los altavoces de las portezuelas abiertas. Los únicos que no participaban activamente de la fiesta eran Bronwyn, sentada en su trono de roca, e Ivo Cárceles, que tenía la espalda apoyada en la furgoneta y estaba fumando y dando tragos a una botella de José Cuervo. Por fin Bronwyn y Cárceles se miraron y ella asintió con la cabeza.

Todo el mundo dejó de bailar.

Ivo Cárceles entró en la furgoneta a cambiar el CD por uno que parecía

consistir en un largo zumbido grave y ominoso sin apenas variaciones.¹ Cuando salió, iba a pecho descubierto. Se agachó junto a la hoguera y cogió un trozo de madera chamuscada para tiznarse de negro la cara. Luego me hizo una señal para que me acercara con mi ejemplar de *Adiós a todos los adioses*. Tirarlo a la hoguera me dolió, pero no tanto como había imaginado.

De hecho, creo que si no hubiera tomado todo lo que me había tomado hasta aquel momento, me habría echado a temblar. Las llamas iluminaban la cara temible de Ivo Cárceles y su pecho cubierto de tatuajes. HEILIGE!, decían sus pectorales, con la concavidad del esternón abriendo una cuña después de HEIL. Experimenté esa sensación de ligera irrealidad de quien tiene delante a la versión de carne y hueso de una persona a la que conocía básicamente por fotografías de internet. Ivo Cárceles se me puso muy cerca con el tizón de la hoguera en la mano. Pero yo había llegado demasiado lejos para echar a correr.

Por fin Ivo Cárceles desmenuzó el tizón con los dedos y me llevó la mano a la cara. Me tizó la frente con las cenizas y recitó el poema que a aquellas alturas yo ya conocía perfectamente:²

*Ángel negro, ángel negro, cuando crezcas
quiero que bebas de la copa de la abundancia.
Pequeño ángel negro, cuando pasen los años
quiero que vuelas con las alas bien altas.
Quiero que vivas según el código de la justicia
Quiero que quemes el camino de la libertad.
Acuéstate, acuéstate a dormir.
Acuéstate a salvo en mis brazos.
Te protegen tu padre y tu futuro.
Te encierran para que no sufras daño.
Pequeño ángel negro, me alegro mucho
de que no vayas a tener nunca las cosas que yo no tuve.
Cuando se haya ido todo el odio de los corazones de los hombres
será mejor morir que seguir viviendo para siempre.*

Cuando terminó, todos los presentes lo vitorearon y agitaron sus latas de

cerveza para rociarme de espuma. Creo que me quedé un buen rato allí, sin moverme, mientras las chicas me besaban en las mejillas y los chicos me daban palmadas en la espalda. Bronwyn me miraba fijamente desde su roca, con lo más parecido a una media sonrisa que yo le había visto nunca.

XIII

La tormenta perfecta 2: Los Portales-Mausoleo

Se me termina el tiempo.

Sólo me quedan dos capítulos para contar todo lo que pasó entre la Noche de la Hoguera y el día de Navidad. Y viendo lo que llevo escrito hasta ahora, me doy cuenta de que he dedicado un capítulo a todos los personajes importantes de esta historia salvo a uno.

Soy consciente de que Ivo Cárceles —aun en el caso hipotético de que uno respete su filosofía artística— no es precisamente el personaje más simpático de esta historia. Aun así, para ser justos, también se merece su capítulo.

Así pues, éste será el capítulo de Ivo Cárceles.

En los días siguientes a la Noche de la Hoguera volví a La Calle del Paraíso, por supuesto. De hecho, volví casi todas las noches, aunque en mi mente todas las noches de aquella semana y media se funden entre sí como figuritas de mazapán que te olvidas dentro de un horno. Supongo que el ritual de la hoguera había funcionado. Yo había salido del azul y había entrado en el negro. Ciertamente apenas recuerdo los días de aquellas noches. Para cuando las Furias finalmente me volvieron a encontrar, en Nochebuena, yo llevaba diez días seguidos sin dormir.

¿Cómo conseguí llegar a Navidad sin que mi hermana se diera cuenta de lo que estaba pasando? No lo conseguí, por supuesto. Oli vio las señales de mi trastorno y estuvo a punto de tomar cartas en el asunto. Aun así, me las apañé para tranquilizarla un poco y desviar su atención hasta que fue demasiado tarde.

Y me las apañé, en parte, gracias a la ayuda de mis nuevos compañeros.

El lunes siguiente, hice que Irina llamara a mi instituto haciéndose pasar por mi hermana y avisara de que yo estaba enfermo con gripe. Era una solución

provisional, hasta que yo me escapara de casa. Yo sabía que en cuanto recibiera el mensaje, el orientador psicológico del instituto empezaría a llamarnos a diario, tal como dictaba el protocolo de mi seguimiento, y también avisaría al doctor Buenanueva.

Lo que no sabía era que el orientador psicológico, en un extraño giro irónico, pasó toda aquella semana en cama con gripe. En cuanto al doctor Buenanueva, al parecer se despistó y estuvo llamando varios días no al móvil de Oli sino al de mi madre, que estaba en las Montañas de Humahuaca, en el noroeste argentino, evaluando el patrimonio local para la Unesco.

Tormenta perfecta.

Escaparme de casa no iba a resultarme fácil. Yo sabía que Bronwyn se había marchado de la suya, pero Bronwyn era mayor de edad, y técnicamente podía marcharse cuando quisiera.¹ Yo, en cambio, iba a tener que esconderme. Ya habíamos planeado que dejaría una bolsa de ropa en la furgoneta de Ivo Cárcelos y la usaría como hogar móvil.

Nada de todo eso hizo falta. Nunca llegué a escaparme de casa. Las Furias me encontraron antes, y poco después, la policía.

En realidad, a pesar de que el capítulo se llame así, los primeros síntomas de que las Furias habían vuelto a localizarme no fueron los Portales-Mausoleo. De hecho, los Portales-Mausoleo tardaron unos días en aparecer. Hubo otras señales antes. Para ilustrar la progresión, tengo que remontarme al día en que vi a Ivo Cárcelos interpretar en La Calle del Paraíso una versión en directo de su pieza *Homenaje a Rudolf Hess*, basada en el poema de Cirlot del mismo título.

Debía de haber unas treinta personas aquella noche de jueves en La Calle del Paraíso.

Hombres con ropa militar y la cabeza rapada o bien crestas mohicanas muy cortas como las del propio Ivo Cárcelos. Mujeres con los costados de la cabeza afeitados. Abrigos vampíricos. Camisetas de Death in June.

Ivo Cárcelos salió al escenario a medianoche. El pecho descubierto. Pantalones militares y Doc Martens. Un aparato situado encima de la cabina de

poner discos proyectaba sobre su cuerpo y sobre la pared del fondo del escenario un collage subliminal preparado por el propio artista.

La imagen trémula de una cara llorando se alternaba con planos parpadeantes de mítines del partido nazi en la Alemania de los años treinta; imágenes del pueblo alemán con brazaletes de esvásticas y los brazos levantados para hacer el saludo imperial romano; teatros abarrotados con el Führer en persona saludando a la audiencia en el palco; imágenes de la Wehrmacht en el campo de batalla, con aquellas bombas de mano que parecían maracas no muy bien diseñadas; tanques Panzer; los Juegos Olímpicos de Berlín. Todo mezclado con la invasión japonesa de Manchuria; fosas llenas de cadáveres descoyuntados; víctimas de francotiradores tiradas en aceras de ciudades en blanco y negro; el monte Fuji. Todo mezclado con vislumbres de una liturgia oficiada por un tipo con máscara de Anubis y con aquella cara temblorosa que no paraba de llorar.

Ivo Cárceles se acercó a una mesa cubierta de aparatos. Junto a su ordenador portátil, las luces estroboscópicas iluminaban entrecortadamente un bosque de cajas, pedales y conmutadores. Un manglar inverosímil de cables entrando y saliendo en todas direcciones.

A continuación se puso a accionar los controles de aquella maquinaria musical. Los altavoces empezaron a emitir una cacofonía de gritos, chirridos electrónicos y explosiones que poco a poco, a medida que Ivo Cárceles organizaba los bucles, fueron adoptando un patrón rítmico complejo. Al cabo de diez minutos, cuando todos los bucles ya componían una sinfonía tribal de ruidos cacofónicos, el músico se apartó de la mesa y cogió su micrófono.

La trayectoria artística de Ivo Cárceles merece un breve aparte.

Cuando yo lo conocí, su enorme producción musical y videográfica salía toda de un minúsculo estudio de grabación provisto de copiadora de CD que tenía en un cuarto trasero de La Calle del Paraíso. Sin embargo, no siempre había sido así.

Una década atrás, Ivo Cárceles había sido un músico experimental bastante respetado en los círculos alternativos de Barcelona. Sus primeros discos habían

sido publicados por sellos independientes y un par de ellos (*Las oraciones oscuras* y *Breviario de podredumbre*, basado en el libro homónimo de Emil Cioran) le habían permitido hacer giras por Europa y actuar en festivales.

Nunca llegué a tener claro cómo Ivo Cárceles había dado la espalda a todo aquello. Diferencias personales, o diferencias creativas, o quizás simplemente la conciencia de que en su mundo creativo no podía haber intrusiones externas. Después de unos meses apartado de la música, Cárceles rompió su silencio con la serie autoeditada *Guerra Total I-VIII*, una colección de discos compactos grabados en casa y depurada de toda estructura musical reconocible.

La escena musical acogió su regreso con escepticismo. Poco a poco desaparecieron las reseñas de sus discos de las publicaciones especializadas. Sus performances se volvieron demasiado controvertidas salvo para un par de locales subterráneos de la ciudad. A *Guerra total* le siguieron dos series más de grabaciones autoeditadas: *No/Non/Nein* y *Totenkopf*. Para entonces, el mundo ya se había olvidado de Ivo Cárceles, con la excepción de un centenar de seguidores fieles.

Y ahora el público parecía componerse en su totalidad de aquellos fieles.

Contemplé desde un costado del escenario cómo los asistentes presenciaban la actuación, inmóviles salvo por el gesto ocasional de llevarse la lata de cerveza a los labios.

En el escenario, Ivo Cárceles gritaba con la cara desencajada. De pronto era Klaus Kinski en la escena final de *Aguirre*: dando vueltas a la balsa como un poseso y hablando con un Dios que sólo oía él. Se tiraba al suelo y pataleaba. Se azotaba a sí mismo con el micrófono. Yo nunca había imaginado que la poesía de Cirlot pudiera transformarse en aquello, pero mientras contemplaba aquel espectáculo, me di cuenta de que la poesía de Cirlot *era* aquello. Lo había sido siempre.

Los versos de la página siempre habían encerrado aquella energía destructiva. Simplemente había que tener los poderes chamánicos de Ivo Cárceles para canalizarla.

Y en medio de todo el ruido, él gritaba enajenado:

Es Hess entre los reinos de la nada.

Es Hess ya de repente terminado.

Es Hess lleno de cruces invisibles.

Es Hess condecorado por los muertos.

Es Hess y siempre es Hess.

Después del concierto, Ivo Cárceles, Bronwyn y los Ángeles Negros nos sentamos en una mesa del fondo del local a beber cerveza y esnifar speed.

Yo llevaba unos días experimentando sensaciones extrañas.

Mi dieta estricta de anfetaminas, speed y alcohol ciertamente me ayudaba a concentrarme. Cada cosa que veía u oía me generaba un torbellino de sensaciones demasiado rápido para apuntarlas o recordarlas. Tampoco tenía problemas para permanecer despierto, y eso me daba muchas más horas para pensar y escuchar mi disco de Death in June. Como tampoco tenía adónde ir hasta que abría La Calle del Paraíso por las noches —y aun así sólo podía escaparme de casa después de que mi hermana se fuera a dormir—, me pasaba las horas metido en mi habitación con las persianas cerradas, mirando el techo o bien caminando de un lado a otro.

Sí, podría haber visto un paralelismo con los días previos a la Era de las Furias, tres años atrás. A fin de cuentas, todo había empezado de forma muy parecida. Sin embargo, para mí lo que estaba pasando ahora era distinto. Formaba parte de mi proceso de Revolución Mental. De una guerra total contra la realidad socialmente construida.

Sin embargo, también vivía muchos momentos de confusión. A veces me sentía completamente desorientado a pesar de estar en mi habitación. No conseguía comer, y me preguntaba cuánto tiempo podía pasar así, pero tampoco creía haber visto comer en ningún momento a ninguno de mis nuevos compañeros.

Otras veces sentía unas palpitaciones muy fuertes en el pecho, aunque nunca duraban mucho. Y otras veces no podía parar de hablar. A veces, cuando hablaba era como si estuviera regando plantas con una manguera: las palabras eran el

agua de la manguera, pero había algo que no funcionaba bien y la manguera no paraba de echar agua y las plantas se inundaban y salía agua por todas partes, pero yo no me daba cuenta. O peor, me daba cuenta y no podía hacer nada. No podía moverme para cerrar el grifo, o quizás intentaba cerrarlo pero no lo conseguía. Y todo se llenaba de palabras por todas partes. Que era exactamente lo que me pasó ahora, después del concierto:

—Hay una cosa que no entiendo —dije—. Si buscamos la Revolución Mental, está claro que las ideologías políticas son nuestras enemigas. Entonces, ¿por qué todas esas imágenes nazis? ¿Los nazis no eran una ideología totalitaria?

Los Ángeles Negros se me quedaron mirando. En su esquina de la mesa, Ivo Cárceles dio un trago de su cerveza.

En cierta manera, mi pregunta iba a dirigida a Ivo Cárceles, o por lo menos estaba claro que si alguien la podía contestar era él. Sin embargo, dio la sensación de ser una de aquellas situaciones en que el interpelado era demasiado importante, o quizás estaba más allá del alcance de aquella clase de cuestiones terrenales («HEILIGE!»), o simplemente no podía ser molestado. Así pues, al cabo de un momento uno de los Ángeles Negros carraspeó y se dirigió a mí:

—El artista verdadero encuentra la belleza en sitios donde los demás no la pueden encontrar —me dijo—. O simplemente, la encuentra allí donde *está*. No puede perder el tiempo con las consideraciones de la gente que no tiene su visión.

—Pero no sé —seguí diciendo, incapaz de parar—. Moira, por ejemplo —dije, señalando a la chica que tenía sentada a mi lado—. Es filipina. ¿Cómo podéis admirar el nazismo cuando ella está con vosotros?

—Soy española —protestó la interpelada.

—Sí, vale, pero no eres blanca. ¿No ves un problema ahí?

Esta vez sí que hubo un movimiento en la esquina donde estaba sentado Ivo Cárceles. De repente me miró con aquellos ojos aterradores y abandonó su mutismo.

—El fascismo me interesa como intensidad de conciencia —dijo—. No veo diferencia entre el arte y la guerra, porque en su origen eran lo mismo. La poesía más fabulosa de la historia está hecha por soldados. Como Bertran de Born. O

asesinos, como Thomas Malory. El arte verdadero no puede detenerse. Si el artista no consigue niveles de inspiración que lo intoxiquen, sus sentimientos se diluyen. ¿El nazismo? —Soltó un soplo de burla—. Que lloriqueen los filisteos. La gente no distinguiría el arte verdadero ni aunque les mordiera en la cara.

—Tú le clavaste el tenedor en el cuello a aquella chica —me dijo Irina—. Seguro que te hicieron pasarlo mal después. Te encerraron por loco. Pero eso es porque no podían ver las cosas que tú veías. Tú viste que aquella zorra era una enfermedad. La mayoría de la gente es una enfermedad. ¿O crees que habrías llegado a nosotros si no tuvieras tu visión?

Intenté pensar en alguna réplica, pero nuevamente todas las piezas de la conversación que me rodeaba se estaban colocando en lugares perfectos. Sentí que todas aquellas ideas siempre habían estado en mi cabeza, pero yo nunca había conseguido expresarlas con palabras. Igual que el poema de Cirlot siempre había sido una sinfonía de gritos y violencia pero yo no había podido ver su forma completa.

Los ritmos del *Homenaje a Rudolf Hess* me seguían retumbando en la cabeza, implacables. Pero estaba pasando algo más. La luz del local había cambiado. Era como si acabara de aparecer en alguna parte una fuente de luz muy intensa.

Ivo Cárceles se inclinó hacia delante sobre la mesa hasta ponerme su cara cerca de la mía y me dijo:

—El arte verdadero es una explosión. El arte es eso que florece durante un instante antes de marchitarse. El arte es belleza que dura un solo momento. La vida sólo es bella porque es fugaz, efímera. La muerte le da sentido a todo. Por eso estoy a favor de todos los cultos a la muerte.

Yo me aparté de golpe, asustado. Creo que tiré algunas botellas de la mesa, no me acuerdo. Los demás debieron de pensar que había sido el efecto de las palabras de Ivo Cárceles, pero no había sido eso. Yo acababa de darme cuenta de que aquella luz intensa venía *del mismo* Ivo Cárceles. Su cuerpo entero emitía un resplandor blanco que de vez en cuando temblaba y cambiaba de color.

—Encogeos de miedo —dijo ahora, reclinándose en su asiento y en el mismo tono desapasionado—. Temblad desesperados. Llorad como niñas. Porque mi

arte es una explosión.

Otro día de aquella semana llegué a La Calle del Paraíso antes de que abrieran. O por lo menos el bar estaba abierto pero todavía no había llegado nadie. O quizás ya habían cerrado. No me acuerdo, o tal vez ni siquiera lo supe en aquel momento.

Ivo Cárceles estaba solo en el bar. Había llevado una silla al centro del local y estaba allí sentado mirando otra de sus películas.

La pantalla mostraba un montaje de hongos nucleares con una pieza operística de fondo. Yo conocía aquella pieza. Una soprano elevaba sus trinos desesperados sobre una partitura oscura y tortuosa, que alternaba silencios con redobles ominosos y forcejeos frustrados de las cuerdas.

Intenté concentrarme en la película. Entre nube atómica y nube atómica había pequeñas escenas en las que aparecía una mujer joven con la melena negra sobre la cara. Imágenes entrecortadas y mal enfocadas, como si alguien las hubiera filmado subrepticamente con un teléfono. Pero era imposible no reconocer a la mujer.

Bronwyn sentada en una calle del Raval, fumando con la espalda apoyada en una pared. Bronwyn en una casa blanca, bajo un resplandor diurno que le desdibujaba los rasgos. Bronwyn bostezando en una cama. Bronwyn poniéndose una máscara de Anubis.

El desasosiego de la música me estaba haciendo un nudo en el estómago. De alguna forma, parecía darles a las imágenes un significado que yo no podía descifrar. El resplandor de la pantalla me obligó a llevarme una mano a la cara para cubrirme parcialmente los ojos. Por fin reconocí la pieza. Era la escena de la Inmolación de Brunilda de *El crepúsculo de los dioses*.

Me acerqué a Ivo Cárceles pero no pareció verme. Me puse a su lado, pero no volvió la cabeza en mi dirección. Estiré el cuello para mirarle la cara. Estaba llorando.

Mientras me alejaba hacia la barra, o quizás hacia la salida, tropecé con una caja de cartón que había abierta en el suelo. Me agaché y vi que dentro había

media docena de artilugios con pinta de armas de ciencia ficción. Como esas armas parecidas a mandos a distancia que llevaban los exploradores de la Federación de Planetas de la antigua serie de televisión *Star Trek* y que los actores fingían que disparaban para que luego un técnico de posproducción pintara directamente sobre los fotogramas los rayos de colores que impactarían en los soldados imperiales romulanos.

Cogí una de las armas de ciencia ficción de la caja y la examiné. Era una vara de plástico negro y aspecto amenazador. Tenía un botón rojo en un costado y dos púas metálicas en la punta. Yo había visto aquellas cosas en películas. Estaba descargada, pero era una picana eléctrica.

Recapacitando sobre esta parte de la historia, tengo que admitir que es posible que esta última escena no sucediera en realidad. Parece demasiado conveniente, demasiado reveladora. Especialmente el detalle de las picanas eléctricas abandonadas en el suelo.

Quizás me la imaginé. En aquellos días yo tenía sueños raros. No me refiero a los sueños que tienes cuando estás dormido. Yo tenía sueños estando despierto.

Aquella semana empecé también a ver los Portales-Mausoleo.

Debí de ver quizás media docena antes de la noche en que por fin me atreví a entrar en uno.

El primero de todos lo vi una noche en que caminaba por la calle Hospital. Es posible que fueran las tres o las cuatro de la madrugada. En cualquier caso, la calle estaba desierta. Yo estaba pasando frente a los muros góticos del Hospital de la Santa Creu cuando lo vi allí. En mitad del muro de piedra negra. Miré a un lado y al otro de la calle, en busca de testigos de aquel portento, pero no había nadie.

Crucé la calle para verlo más de cerca.

El portal estaba en mitad del muro sur del antiguo hospital, más o menos a medio camino entre el portal renacentista de la nave sur y la puerta de la capilla. Yo sabía perfectamente que allí no tendría que haber nada, y sin embargo allí estaba.

No estaba rodeado de esa cinta amarilla que la policía pone alrededor de los escenarios de los crímenes, ni tampoco vigilado por un par de agentes. Tampoco tenía alrededor esas vallas que usa el ayuntamiento para que la gente no se acerque a una fachada peligrosa. Simplemente estaba allí en medio del muro. Como si su aparición fuera lo más normal del mundo.

De todos los Portales-Mausoleo que vi en aquellos días, el del Hospital de la Santa Creu era el más sencillo. Tenía un par de columnas dóricas sencillas a los lados que soportaban un dintel y un friso con soles y triglifos labrados. Se accedía a él por medio de tres escalones. Parecía hecho de piedra, aunque de una piedra más reciente, o por lo menos más limpia, que la del hospital en sí, que para ser francos siempre había estado hecha una mierda.

El portal en sí era básicamente como los portales dimensionales de las películas de ciencia ficción: un rectángulo de luz reverberante, con la particularidad de que era una luz blanca que de vez en cuando cambiaba de color y emitía iridiscencias multicolores. Como esos arcos iris de los charcos de gasolina.

Me quedé unos minutos plantado delante del portal. Supongo que estaba esperando a que pasaran más transeúntes, a ver qué hacían, o por lo menos para ver si ellos también veían aquella aparición.

Pero no vino nadie. Yo no recordaba haber visto nunca la calle Hospital vacía de gente, a ninguna hora del día ni de la noche. De hecho, normalmente está tan transitada que apenas se puede caminar. Y sin embargo, aquella noche la calle Hospital era como esas ciudades fantasma donde todo el mundo solía trabajar en la planta nuclear de las afueras pero luego la planta nuclear sufrió una fuga radiactiva y el ejército tuvo que desalojar la ciudad entera.

Los Portales-Mausoleo no me daban miedo, aunque tampoco me parecía muy sensato subir sus escaleras y entrar en ellos. Recuerdo que durante un día o dos me intrigaron hasta el punto de querer escribir un libro sobre ellos. Incluso ya tenía el título. Por alguna razón el título me parecía lo más importante. El libro en sí era secundario. En cualquier caso, me he olvidado de cómo se titulaba.

Los bauticé Portales-Mausoleo porque al principio eran simples pórticos pero con el paso de los días se fueron volviendo más complejos, intrincados e

independientes de los muros de los que brotaban. Al final era exactamente eso lo que parecían: mausoleos.

Había uno al lado de mi casa, en una esquina de la plaza del Pes de la Palla donde yo siempre recordaba haber visto un cajero automático. Bastante impresionante, todo de mármol granate con media docena de escalones, columnas negras y una pequeña vidriera a cada lado.

Había uno enorme en las fuentes de la entrada de la calle Portaferrissa. Debía de sobresalir casi dos metros de la pared y tenía un arco gótico que apuntaba al centro de un arquivado coronado por una cruz enorme y pináculos en los lados. A cada lado del portal reverberante se levantaba la estatua de un ángel.

Había uno particularmente amenazador en una isleta de tráfico del Passeig de Gràcia con la Gran Vía. Llegar allí a través de los carriles del tráfico parecía un viaje seguro a ninguna parte. También vi un par en las inmediaciones del Mercat de Sant Antoni, los dos en la misma noche, pequeños y oscuros, de estilo más profano y con la luz más tenue, como entradas subrepticias a una dimensión de sex-shops.

Y lo que tenían todos en común era que nadie los veía.

O bien la calle estaba desierta o bien los transeúntes pasaban de largo como si allí no hubiera nada. A veces se paraban un momento para decirme algo, pero yo no los entendía muy bien.

Esto me pasaba cada vez más a menudo. Cada vez que pasaba unas cuantas horas sin tomarme una anfetamina, me invadía un estupor plúmbeo.

Es posible, queridos lectores, que os dé la impresión de que hace varios capítulos que Bronwyn ha desaparecido de esta historia. No es ningún descuido por mi parte. Sí, Bronwyn es la figura central de esta historia. Pero la verdad es que en las últimas semanas de su Era apenas hablé con ella. Quizás me bastaba con verla allí con nosotros. Quizás ya me había dicho todo lo que tenía que decirme. En cualquier caso, en algún momento de aquellos últimos días fue ella misma quien me explicó esa desaparición: la Era de Bronwyn había entrado en su Fase Imperial.

¿Tuvimos una auténtica conversación, bajo la luz del sol, tal como yo recuerdo? ¿Fue realmente en los días previos al Cuento de Navidad? No estoy seguro. Parece un poco tarde en la historia para que surgieran ciertos temas. Lo que sí sé es que fue la última vez que hablé con ella.

La conversación, tal como la recuerdo, tuvo lugar en la playa.

Sí, de acuerdo. No es un escenario muy verosímil. Pero no sé, quizás tuviéramos horas muertas en mitad del día. O quizás estuviéramos allí por alguna razón que he olvidado.

Aquella mañana de diciembre la playa de Sant Sebastià estaba igual que uno la puede encontrar en cualquier mañana gris de invierno. Una tierra de nadie de arena icterica, salpicada de preservativos y latas vacías de cerveza. Gente con rastas durmiendo sus borracheras mientras otra gente con rastas hurgaba entre sus fardos en busca de algo que robar. El Mediterráneo desafiaba la mayoría de las ideas establecidas sobre el aspecto que debería tener un mar. Sin vigor para empujar sus olitas exiguas, yacía impúdico como un yonqui en un portal, indiferente a la porquería que cubría su epidermis. La Torre Vela al sur y las Torres Mapfre al norte reforzaban la impresión de estar en los confines de una urbe distópica del Tercer Mundo de finales del Antropoceno. De hecho, me pregunto hasta qué punto mi memoria ha elegido este escenario por su atmósfera apocalíptica.

Recuerdo que Bronwyn caminaba por la arena con determinación. Llevaba unos leotardos llenos de agujeros, una minifalda roñosa y una chaqueta con estampado de leopardo. Al menos creo que eran manchas de leopardo, aunque algunas parecían más bien quemaduras de cigarrillos. La brisa le removía el pelo grasiento.

Cogí una piedra de la arena y pensé en tirarla al mar, pero la dejé caer en cuanto me di cuenta de que sólo estaba a punto de tirarla porque es lo que se supone que tienes que hacer en esta clase de escenas ambientadas en la playa.

Había montones de cosas que yo quería decirle a Bronwyn. Sólo hacía dos meses que nos conocíamos. Mi vida había cambiado tanto como la de Gandhi después de entrar en su primer restaurante vegetariano. Pero en realidad sólo habían sido dos meses. Dos meses en los que mi viaje mental había llegado

mucho más lejos de lo que yo podía haber soñado. Carajo, a veces me sentía como el protagonista de una novela de Cooper Crowe. Y sin embargo, durante todo ese tiempo había una parte de mi mente que no se podía quitar de encima la sensación de que todo se estaba terminando.

Y debí de decirle algo al respecto a ella, porque recuerdo que asintió con la cabeza mientras se encendía un cigarrillo.

—Es normal —me dijo, sin mirarme—. Quiere decir que has entrado en la Fase Imperial.

Me odié a mí mismo por ser incapaz de disimular el hecho de que no tenía ni idea de qué era la Fase Imperial. Aunque, por supuesto, también quería que ella me lo contara. Y en cualquier caso, Bronwyn ya me estaba mirando con aquella cara que te hacía sentir como el alumno retrasado de la clase de los tontos.

—¿No se suponía que ibas a tomarte en serio lo de fumar?

—Perdón. —Cogí un cigarrillo del paquete que me ofrecía.

—Todos los grandes artistas tienen una Fase Imperial. —Expulsó el humo—. En realidad, *todo* tiene su Fase Imperial.

—Es como, hum, la mejor fase, ¿no? ¿La culminación?

La vi caminar hasta una papelera de las que flanqueaban el paseo entarimado. Se puso a hurgar dentro, sacando metódicamente los estratos superiores y tirándolos al suelo.

—Supongo que te has dado cuenta de que la obra de Cooper Crowe cambió con el tiempo.

—Pues claro —le dije, casi ofendido.

—¿Y nunca te has parado a pensar que los libros de su última época sólo los puede entender alguien que ha leído toda la obra anterior de Cooper Crowe?

La pregunta me cogió por sorpresa. Pero sí, claro que yo sabía a qué se refería. Todos los lectores de Crowe lo saben. Especialmente a partir de los ochenta, leer uno de sus libros ya no implicaba sólo ser consciente de los volúmenes que lo precedían en la serie. Crowe estaba construyendo mundos tan complejos que no podía dedicar el espacio necesario en cada uno para explicar todo lo que había escrito antes. Las docenas de conceptos que había ido

introduciendo a lo largo de dos décadas. Todo estaba confluyendo en aquellos nuevos libros: todas las series, todos los avatares de sus arquetipos míticos.

A partir de su novela *Vinland desde los drakkar* (1984), Crowe empezaba a referirse a este escenario enmarañado como el Multiverso. Uno podía abrir una novela de este periodo y leerla con toda la atención que quisiera. Pero si no habías leído toda su obra anterior, era obvio que no ibas a entender nada. Crowe no tenía paciencia para explicar nada. Las novelas arrancaban con personajes, lugares, objetos y términos que venían de la propia mitología de Crowe. Un idioma privado. Y no era una simple cuestión de conocer a sus héroes y sus mundos: Cooper Crowe se había pasado décadas insuflando a sus lectores una forma de entender el mundo. Y por supuesto, los lectores habían cambiado a raíz de esa experiencia. La lógica misma de la lectura ya era privada. Los laberintos de su experimentación se habían vuelto impenetrables, salvo para quienes estaban dentro.

Y Bronwyn tenía razón, ahora me daba cuenta. Todos los artistas tenían una Fase Imperial. Sólo había que mirar los propios poemas de Bronwyn de Cirlot. Para alguien que no hubiera leído todos sus libros anteriores, no eran más que letras desparramadas al azar sobre la página.

—La Fase Imperial —dije—. Creo que lo entiendo. Es la mejor fase, en realidad. Pero también es decadente. Y es, hum, como cuando una bola de nieve rueda montaña abajo. ¿No?

—En la Fase Imperial se ha olvidado cómo se llegó a ella. —Bronwyn ya casi había terminado de vaciar la papelera y se estaba metiendo varias cosas en los bolsillos. Un encendedor. Un sándwich en su envoltorio con unas cuantas hormigas—. En realidad ya no hace falta recordarlo. También se pueden traicionar los valores del principio. Es una fase gloriosa. Y no, no se puede parar.

—Pero también significa que todo se está terminando —dije en voz baja.

Aparte de cierta melancolía por el rumbo de la conversación, me estaba distrayendo una caseta que teníamos justo detrás, al lado de las duchas públicas. Al principio me había parecido que era un retrete portátil, o quizás una de esas garitas para cambiarse de ropa. Pero no paraba de parpadear en el margen de mi campo visual. Y cuando por fin decidí prestarle atención, vi que en realidad era

un Portal-Mausoleo. No era lo mejor que he visto en arquitectura de Portales-Mausoleo, la verdad. Realmente parecía un retrete portátil. Pero el resplandor de la membrana interdimensional era inconfundible. Tenía posadas encima dos o tres gaviotas.

—La Fase Imperial viene antes de la Caída, claro. —Bronwyn me hizo una seña para que la acompañara a la siguiente papelera—. Pero la Caída es lo que le da sentido a todo. Y es casi mejor que todo lo que viene antes.

Por fin sentí que lo entendía. Vi con claridad que yo ahora estaba en la Fase Imperial de mi historia.² Todos los indicios lo corroboraban. Pero también quería decir que la historia se estaba terminando. Eso era lo que yo había intuido. Una vaga intuición subterránea de la Caída.

—Tú y yo no volveremos a hablar más —dije por fin—. ¿Verdad que no? No sé cómo lo sé. Pero estoy casi seguro.

Bronwyn llegó a la siguiente papelera de la playa y empezó otra vez a sacarlo todo. Se guardó en el bolsillo una barrita dietética.

—Me caes bien —dijo por fin, sin delatar ninguna emoción particular—. No hace falta que te preocupes tanto. Acordarse de las cosas está sobrevalorado. Con el tiempo, te olvidarás de casi todo.

Y se alejó en busca de más papeleras. O quizás me alejé yo. En cualquier caso, cuando intenté pensar en algo que contestar, me di cuenta de que ella ya estaba muy lejos.

Faltaban dos días para la Nochebuena cuando les dimos su merecido a los argelinos de la calle Roig.

La expresión «dar su merecido» no es mía, por supuesto. Y tampoco la dijeron nunca Ivo Cárceles, Bronwyn ni los demás Ángeles Negros que participaron en aquel episodio final.

No. La expresión debe de venir de los recovecos de una conciencia narrativa criada con las novelas pulp de la serie Ace Doubles y con las novelas de la Saga de Eritria de Cooper Crowe que yo encontraba ocasionalmente en las cubetas de libros usados del Mercat de Sant Antoni.

Los argelinos de la calle Roig eran dos y calculo que tendrían mi edad, y es posible que yo los hubiera visto antes y es posible que no. En muchos sentidos, el Raval era como los asteroides-refugio de las primeras novelas de Crowe, digamos del periodo 1962-1965. Es decir, de antes de que Crowe descubriera sus temas y su voz narrativa personal y subsistiera a base de escribir ciencia ficción más o menos convencional, con sus estaciones espaciales, sus razas alienígenas vagamente humanoides y sus armas futuristas con pinta de picanas eléctricas.

Los asteroides-refugio de Cooper Crowe eran exactamente lo que su nombre indicaba. Islotes en el espacio a cuyos hangares llegaba un goteo constante de detritos de las sociedades de la galaxia. Criminales perseguidos por la policía interestelar. Prófugos de las distintas federaciones e imperios cuyo ADN hacía saltar las alarmas de todas las tiendas y astro-puertos en varios parsecs a la redonda.

Por su misma naturaleza, los asteroides-refugio eran comunidades fragmentadas. Construidas a base de capas de opacidad y de grupúsculos tribales, cada uno gobernado por su líder del hampa desde la trastienda de una casa de apuestas orbital o desde las oficinas de un antro de peleas de perros mutantes de Aldebarán-6.

La economía de los asteroides-refugio se basaba en el ocio. Eran el destino favorito de los jueguistas de los sistemas estelares más cercanos, que cuando se cansaban de las opciones lúdicas mucho más insulsas de sus planetas cogían un transporte privado y se iban a los asteroides, donde las reglas en materia de sustancias intoxicantes y perversiones sexuales eran mucho más relajadas.³ En los asteroides, una caterva de traficantes, pequeños delincuentes y señoritas de compañía se dedicaban a proporcionarles diversión bajo las cúpulas terraformadas de la superficie, cuyo cristal estaba químicamente alterado para responder a las fuentes exteriores de luz de forma que siempre fuera de noche.

Como las lámparas de luz blanca continua de las granjas de pollos, pero al revés.

El Raval no era un asteroide que flotaba en el espacio exterior, pero aun así aquellos argelinos y yo formábamos parte de tribus cósmicas distintas. Aun en el caso de habernos visto por la calle, habríamos fingido no vernos. Los únicos

roces posibles entre especies humanoides procedían de las rupturas del sutil equilibrio químico del barrio.

El equilibrio se rompió aparentemente una noche en que Ivo Cárceles llegó a La Calle del Paraíso tarde y con la cara llena de sangre.

Sin dar ninguna explicación, nos llevó a todos los Ángeles Negros al cuarto donde tenía su estudio. Allí se lavó la sangre de la cara y una de las chicas le cosió con hilo y aguja la ceja rota. Ivo Cárceles ni siquiera pestañeó durante este procedimiento.

Cuando terminó, revolvió entre sus cajones y sacó media docena de pasamontañas y un par de picanas eléctricas. Los Ángeles Negros lo vitorearon y dieron brincos de excitación y luego nos tomamos todos unas rayas de speed a modo de preparación para la operación que se avecinaba.

Al cabo de unos minutos, salimos todos a la noche del Raval.

Seguramente, en eras geológicas pasadas la calle Roig había sido una calle normal. Una de las callecitas de las inmediaciones de la calle Hospital que en el siglo XIX habían albergado talleres y pequeñas fábricas que avituallaban la ciudad del otro lado de las Ramblas.

Hoy en día, sin embargo, era básicamente un riachuelo de agua sucia y bolsas de basura bajo cuyas farolas rotas se apostaban los pequeños traficantes de estupefacientes y rateros en espera de que pasara algún grupo de turistas a los que ofrecer, alternativamente, estupefacientes o bien un puñetazo a cambio de su dinero.

Nunca llegué a averiguar qué había originado el conflicto entre Ivo Cárceles y los argelinos de la calle Roig, pero me inclino a pensar que debió de ser un problema territorial. Es posible que ellos lo sorprendieran vendiendo droga en alguno de los callejones aledaños.

A fin de sorprender a los argelinos, subimos hasta la calle del Carme, doblamos la esquina y nos metimos por Roig con sigilo, agachados y pegados a las paredes de las casas.

Yo intenté concentrarme en seguir a Ivo Cárceles, que iba en cabeza de nuestra misión, y en no hacer caso a todas las cosas extrañas que vi por el camino. Mujeres humanoides sonriendo en los portales. Luces flotantes como

drones que se nos acercaban traicioneramente para revelar nuestra posición. Un grafiti que mostraba una rata señalándome y con las palabras *Ku-ku-ku* pintadas encima.

Ivo Cárceles se les echó encima sin que ellos lo vieran. Le clavó a uno la picana eléctrica en la espalda y los demás redujeron al otro. Cuando los argelinos estuvieron en el suelo, les siguieron clavando las picanas y después las chicas y yo nos dedicamos a darles patadas con las Doc Martens hasta que dejaron de moverse.

—Fuera de nuestro barrio, hijos de puta —iba diciendo Moira, el Ángel Negro filipino—. Volveos a vuestra selva de mierda.

El corazón me iba a cien. Entre todos arrastramos a los dos argelinos hasta los contenedores de basura de la esquina y los tiramos dentro.

Recuerdo muy vagamente el resto de la noche. Creo que lanzamos nuestros pasamontañas al aire entre gritos de júbilo y nos dedicamos a bailar por las calles. Los vecinos nos gritaban desde los balcones. Todo se entremezclaba en un éxtasis de invencibilidad.

En medio de aquella tormenta, busqué con la vista a Bronwyn. Se la veía menos emocionada que el resto de nosotros, como era habitual. Podría haberme acercado a ella, y es posible que se me ocurriera. Pero ya habíamos tenido nuestra última conversación.

Seguimos bailando en La Calle del Paraíso durante el resto de la noche, o quizás también durante el día siguiente. Daba igual. El tiempo ya no existía para mí.

No podía imaginar que faltaban horas para que se terminara la Era de Bronwyn. Porque la siguiente vez que salí de casa, entré en mi Cuento de Navidad.

XIV

La tormenta perfecta 3: Cuento de Navidad

Llegué a casa a alguna hora del día siguiente.

Cuando entré en el piso, con las botas en la mano y con cuidado de no hacer ruido, me encontré a mi hermana sentada en mi cama. Estaba llorando. O eso me contaría más adelante. No recuerdo mi llegada a casa de aquel día, pero ella sí. Yo nunca la había visto llorar, y de hecho esta escena tampoco se me grabó en la mente, de forma que técnicamente se puede decir que nunca he visto llorar a Oli.

En cualquier caso, para facilitar vuestra lectura, contaré toda esta escena como si fuera mi testimonio y no el de ella.

Miré a mi alrededor. Mi cuarto estaba todo revuelto. Oli había vaciado todos los cajones y armarios y todo estaba tirado por el suelo. Fruncí el ceño. ¿Había estado intentando convertir mi habitación en una réplica de la suya?

—¿Dónde *coño* has estado? —me preguntó—. Te he buscado por todas partes.

Saqué mi teléfono y comprobé los mensajes y las llamadas perdidas.

—Lo siento —le dije por fin—. Salí de fiesta. Debo de haber bebido más de la cuenta.

—¿Cómo has podido hacerte esto? ¿Y a mí? ¿Cuánto hace que me has estado engañando?

—¿Engañando?

—Han llamado de la *escuela*. No has ido en toda la semana. Ni tampoco a tus sesiones con el doctor Buenanueva. ¿Por eso me pediste que te dejara ir solo?

No supe qué decir. Hay cosas que no se pueden explicar. En estas páginas, y en la medida de mis posibilidades como narrador, he intentado contar todo lo que me pasó durante la Era de Bronwyn. Pero soy consciente de que esta crónica no

explica realmente lo que me pasó. No se puede explicar cómo mi primer encuentro con Bronwyn llevó a todo lo que vino después. Para entenderlo habría que ver a Bronwyn. Habría que conocerla en persona.

Las tormentas perfectas no se pueden explicar, porque en última instancia son lo que distingue a la vida de la ficción. En la ficción, el narrador puede cambiar la historia. Puede añadir dramatismo, o quitar las cosas que no le gustan, o fingir que todo terminó bien. En la vida real, una mariposa bate las alas en Beijing y tú terminas esnifando speed con las Furias.

Lo cierto es que un día, un niño solitario y aburrido entró en la Community Bookstore de Brooklyn y encontró una caja de ediciones de bolsillo de Cooper Crowe. Eso hizo que le clavara un tenedor en el cuello a Guiomar Galbán y que terminara hablando con Bronwyn en la consulta del doctor Buenanueva. Lo demás vino tan deprisa que apenas tuve tiempo de asimilarlo. El speed. Cirlot. La Calle del Paraíso. Los Ángeles Negros. Ivo Cárceles.

Ésa fue mi tormenta perfecta, y ahora contaré cómo terminó.

—Ve a ducharte ahora mismo —me dijo mi hermana—. Apesta. Luego vas a dormir hasta que sea la hora de cenar. Ahora voy a llamar a la clínica y mañana a primera hora te haremos los papeles del ingreso.

Es curioso, pero no sentí nada al oír aquello. No me preocupó la perspectiva de que me ingresaran otra vez. Era demasiado tarde. Los velos que habían tapado mis sentidos se habían caído. No podrían cambiarme. Esperaría el tiempo que fuera y volvería a estar fuera. Y volvería con los Ángeles Negros.

—Ni una palabra de todo esto a mamá. Yo hablaré con ella. Intenta comportarte mientras dure la cena y después dile que estás cansado y te vas a la cama.

—¿Mamá?

—¿No sabes qué día es hoy, tarado? Es *Nochebuena*. Mamá llega a las ocho y vamos a cenar los tres juntos. ¿También te has olvidado de eso?

Se levantó de la cama y se me quedó mirando. Tenía otra vez aquella mirada. La mirada de quien descubre que su hermano pequeño es un impostor. Un ser retorcido y sigiloso que ahogó a tu hermano pequeño en la cuna y se ha estado haciendo pasar por él desde entonces.

—Sabes lo que te puede pasar si bebes —me dijo—. O si tomas drogas. Mira qué ojos tienes. ¿De verdad quieres volver a pasar por todo aquello? ¿No te acuerdas de aquella época? —Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas—. Te tenían en aquella habitación y eras como un muñeco. Un muñeco mirando la pared. Yo quería ver a mi hermano y allí no había *nadie*.

Se secó las lágrimas y salió de la habitación.

Yo me quedé allí de pie. Habría querido explicarle muchas cosas a mi hermana. Habría querido decirle que no se preocupara. Que ya no podían hacerme nada. Daba igual que me volvieran a llenar la sangre de pentobarbital y de clonazepam y de diazepam y de clozapina y de olanzapina. Yo ya era libre. Había salido del azul. Tenía la visión doble de William Blake.

Pero no habría servido de nada.

Oli era mi amiga y mi aliada. Pero era una de ellos. Estaba atrapada en la cárcel de la percepción. Podía ser fantástica, pero no era un Ángel Negro.

Entré en el cuarto de baño y cerré con pestillo. Abrí los grifos de la ducha y dejé que el vapor del agua caliente llenara la habitación. Al cabo de un rato encendí el secador de pelo de mi hermana para darle la impresión de que estaba ocupado poniéndome elegante para la cena. No me acordé de que ya no tenía pelo.

Sentado sobre la tapa cerrada del retrete, reflexioné sobre mis opciones. Miré el teléfono: eran las cinco de la tarde. Si me iba a escapar de casa, era mejor que fuera ahora. Antes de que llegara mi madre. A fin de cuentas, ella iba a tener que acostumbrarse a no verme, al menos durante una temporada.

Abrí la puerta del cuarto de baño y miré a ambos lados del pasillo. Mi hermana estaba en la cocina. Olía a la receta que estaba preparando y también me pareció oír que alguien lloraba, aunque es posible que fuera el ruido del grifo.

Caminé hasta la puerta del piso y la abrí. Bajé corriendo las escaleras y me alejé por la Ronda de Sant Antoni.

Ahora viene la parte más extraña de mi historia, aunque también la más

importante.

Ruego a mis lectores que no se apresuren a hacer una lectura metafórica de mi Cuento de Navidad. Lo que pasó a continuación pasó *de verdad*. No es una simple metáfora, como las que puedes encontrar por ejemplo en las novelas de Cooper Crowe. Da igual que pasara dentro de mi cabeza o fuera de ella. Lo que importa es que pasó. Y mi vida posterior es un resultado de aquella noche.

Bajando por la Ronda de Sant Antoni, me topé con el Portal-Mausoleo de la plaza del Pes de la Palla. Había crecido bastante desde la última vez que yo lo había visto. Ahora era una mole gigantesca de mármol granate, plantada en el medio de la plaza. Los dos ángeles de piedra que flanqueaban la luz reverberante del Portal también parecían más grandes. El de la izquierda tenía un libro abierto en las manos y el de la derecha una espada. Yo recordaba haberlos visto antes con las cabezas gachas y expresiones abatidas, o quizás meditabundas. Ahora, en cambio, miraban al frente, como si finalmente estuviera preparados para algo. O como si me estuvieran intentando decir que era yo el que estaba preparado.

Subí los escalones de mármol que llevaban al Portal.

En las paredes del mausoleo, las vidrieras también eran mucho más grandes y representaban unas escenas que no habían estado antes. Puede que fuera una simple sugestión, pero la figura que aparecía en todas las vidrieras se parecía mucho a mí. Era yo, caminando por una serie de paisajes extraños. Pirámides. Montañas. Las casas de los muertos, llenas de decoraciones de Navidad.

Subí el último peldaño y me quedé mirando la inscripción que había labrada en el mármol justo encima del portal:

MI CORAZÓN MI MADRE, MI CORAZÓN MI MADRE,
MI CORAZÓN MI PUERTA A LA EXISTENCIA.

Metí una mano en el portal para ver qué pasaba. No pasó nada, más que el hecho previsible de que mi mano desapareció al otro lado de la luz. A continuación metí el brazo entero. Por fin entré en el portal.

Dentro del portal no había nada. Un pasillo oscuro con otro portal al final. Como no había nada que hacer allí dentro, caminé hasta el otro portal y salí.

Y allí estaba. Contemplé el paisaje desde las escaleras del otro lado del mausoleo. Era el mundo que yo había estado buscando todos aquellos meses. O el mundo *tal como yo lo había estado buscando*.

Seguía siendo la plaza del Pes de la Palla, pero al mismo tiempo era claramente *otra* plaza del Pes de la Palla. Estaba al Otro Lado.

Bajé los escalones del mausoleo. La Ronda de Sant Antoni había cambiado. Ya no había gente. La luz era distinta, una luz suave de interior en penumbra. El *cielo* era distinto. Era el cielo de la noche, sí, pero ahora era por fin, de forma incuestionable, un techo. Si me concentraba en mirar hacia arriba, podía ver las estrellas como lo que eran en realidad. Lámparas colgadas de una bóveda de mármol.

Caminé hasta el Mercat de Sant Antoni y divisé una luz al otro lado de la calle Sant Pau. Entrecerré los ojos para ver mejor qué era. Sí, no había duda. Había alguien esperándome en la acera de delante del mercado, en la esquina de la Ronda de Sant Pau.

A medida que me acercaba y cruzaba la calle Sant Pau —no me hizo falta mirar si venían coches, porque en el Otro Lado no había coches—, vi que la persona que me esperaba estaba en llamas. No chillando y agitando los brazos como alguien que se está quemando, sino perfectamente tranquila. Ardiendo con unas llamas suaves y amarillas, que envolvían todo su cuerpo y daban una luz muy agradable.

Lo reconocí nada más llegar a la otra acera. Cómo no lo iba a reconocer. Su fotografía era lo que lo había empezado todo; la misma fotografía que yo tenía colgada en la pared de mi habitación. Con las botas de vaquero y el abrigo largo y negro. El sombrero de ala ancha, la barba larga y la bufanda de Doctor Who con las puntas arrastrándose por el suelo. Todo en llamas y con dos agujeros negros llameantes en vez de ojos, pero estaba más claro que el agua.

—¡Eres Cooper Crowe! —le dije cuando lo tuve delante.

—Vaya, alguien se acuerda de mí —me dijo—. Me alegro. Últimamente no lo tengo tan claro.

—Yo nunca me olvidaría de ti. Eres mi artista favorito de todos los tiempos. Bueno, con el permiso de un par más que he descubierto hace poco.

Él hizo una pequeña mueca que al principio atribuí al hecho de que le acababa de confesar que había ampliado mis gustos artísticos. Pero no. Cooper Crowe levantó la mano como diciéndome que esperara y levantó la cabeza para mirar al aire. Me di cuenta de que estaba esperando a que pasara algo. Por fin, desde algún lugar invisible, un campanario empezó a dar la medianoche. ¿Era posible que yo me hubiera pasado *siete horas* dentro del mausoleo? Crowe esperó a que terminaran las doce campanadas.

—Ahora sí —dijo, satisfecho—. Ya podemos empezar. Sólo tenemos una hora, o sea que démonos prisa.

—¿Una hora?

—Ven, lo entenderás todo enseguida.

Cooper Crowe echó a andar por la Ronda de Sant Pau y giró a la derecha por la calle Parlament. Era muy alto, más de lo que yo me había imaginado por las fotos, y eso quería decir que caminaba con unas zancadas enormes. Me vi obligado a corretear un poco a su lado para seguirle el paso.

—¿Adónde vamos? —le pregunté—. ¿Qué está pasando?

Crowe siguió caminando como si estuvieran a punto de cerrarle la oficina de correos, o su tienda favorita, hasta que tres o cuatro travesías más tarde me di cuenta de adónde me estaba llevando.

—¡No! —dije—. No quiero volver ahí.

Pero él ya se había detenido delante de las puertas de mi antiguo instituto. El Josep Carner de Sant Antoni. Levanté la vista, descorazonado, y contemplé su horrorosa fachada de color vómito.

Crowe subió las escaleras de la entrada y empujó la puerta. Inexplicablemente, la puerta se abrió como si no estuviera cerrada con llave a medianoche.

—Lo siento —me dijo—. Me han asignado tu pasado. Todos tenemos cosas que no nos gustan en nuestro pasado, pero se trata un poco de eso, ¿no? Personalmente, a mí tampoco me gusta mirar atrás. Pero estamos aquí para lo que estamos. Si quieres el presente o el futuro, de eso se encargan los dos que vendrán después.

—¿Cómo? —exclamé, escandalizado—. ¿Me estás intentando decir que

cuando por fin cruzo al Otro Lado, es para caer en el cuento ese de mierda para niños de los tres fantasmas y el viejo tacaño que se vuelve bueno?

—El *Cuento de Navidad* no es un cuento de mierda para niños, idiota —dijo él, sosteniendo la puerta—. Si realmente crees eso, es que no tienes ni puta idea. Dickens es el mejor. En mi vida habría podido escribir lo que escribí si no fuera por él. Y ahora entra. No tenemos toda la noche.

Nos adentramos en el vestíbulo. Dentro del instituto tampoco había nadie, gracias a Dios. De hecho, la versión del Otro Lado de mi antiguo instituto no estaba tan mal como el instituto de verdad. Tenía unas lámparas verdes que parpadeaban como en las películas de David Lynch y de los lavabos de la planta baja vi que salían unos tentáculos retorciéndose por el suelo. Aunque con franqueza, aquellos lavabos siempre habían sido tan asquerosos que era probable que siempre hubiera habido tentáculos.

—Pero, un momento —le dije, subiendo las escaleras que llevaban a la primera planta, tres o cuatro peldaños por detrás de él—. Yo he leído el cuento ese. Tú no puedes ser el fantasma del pasado. No estás muerto. Sea quien sea que te haya dado el trabajo, no tiene ni idea.

—Tienes razón. —Se detuvo un momento en mitad de la escalera—. Casi todo el mundo cree que estoy muerto, pero no lo estoy. Estoy mayor, es verdad, pero tengo una salud decente para mis setenta y tres años. Hasta estoy trabajando en una nueva novela.

—¿En serio?

—Pero técnicamente hablando, soy el Cooper Crowe de *tu* pasado. O sea que estoy muerto, en cierta manera. Soy el escritor que amabas cuando tenías once años.

Yo sabía adónde estábamos yendo. Y francamente, habría preferido saltarme todo aquello. Si seguíamos el itinerario del cuento, ahora venía una lección que yo no tenía ganas de que me impartieran. Y mucho menos, de que me la impartiera el artista al que yo más admiraba.

Crowe me abrió la puerta de la cafetería y esperó a que yo entrara. La cafetería estaba igual que yo la recordaba, pero alguien había decorado las paredes con réplicas enmarcadas de portadas clásicas de la Saga de los

Exonautas. Tampoco allí había nadie, claro, con la única excepción de Guiomar Galbán, que estaba desplomada sobre la mesa y con la cara dentro de las hortalizas al vapor de la bandeja de su almuerzo. Su último almuerzo en aquella cafetería.

Me acerqué a Guiomar. Tenía mi tenedor clavado en el costado del cuello. Debía de ser verdad que le había jodido algunos músculos motores importantes, porque tenía la cara crispada en una mueca bastante graciosa y de vez en cuando sus facciones sufrían un espasmo. Hacía mucho tiempo que yo no la veía, pero no había cambiado nada. Estaba igual que el día en que yo le había clavado el tenedor, lo cual supongo que no debería de haberme extrañado, porque estábamos viendo a la Guiomar Galbán de aquel día.

—¿Y ahora qué? —le dije a Crowe—. Ésta es mi primera lección, ¿no? Enfrentarme con las cosas malas que hice en el pasado. ¿Y aprender de mis errores?

Crowe se encogió de hombros.

—Yo tampoco diría eso —dijo—. No digo que esté defendiendo que haya que clavarle un tenedor a todo el mundo que se lo merezca, porque nos pasaríamos la vida clavando tenedores. Pero la verdad es que supongo que esta pequeña imbécil se lo merecía. Yo no me atormentaría por eso.

—¿Entonces por qué hemos venido aquí? ¿Qué has venido a enseñarme?

—Sólo puedo hablar por mi propia experiencia, da igual que sea un fantasma o no. La lección de este sitio es la más importante que he aprendido en mi vida. Y es para ti.

—A ver.

—Huye de tus contemporáneos. Nada bueno puede venir de ellos. Si eso quiere decir que te llamen un tipo raro, pues que digan lo que quieran. Si tienes que ir solo por la vida, es mejor ir solo que mezclarte con gente que no te llega a la altura de los zapatos.

—¿En serio?

—Completamente en serio. Tus contemporáneos pueden divertirse hasta cierto punto. Dios sabe que yo me divertí de joven. Pero a la larga, déjalos de lado. No quieren ayudarte a ser tú. No quieren que seas especial. Quieren que

seas como ellos, como todo el mundo. Y si haces cosas que no hace nadie más, irán a por tu yugular. Como la imbécil esta. —Señaló a Guiomar con la cabeza.

Tengo que decir que la lección me impresionó. Joder, era una buena lección.

—Mi madre me dijo una vez algo parecido.

—Tu madre debe de ser una mujer inteligente.

—Supongo que sí, no la conozco demasiado. Pero trabaja para la Unesco, o sea que imagino que sí.

—¿Tienes hora? Me he dejado el reloj y me revientan los teléfonos esos modernos.

Me miré el teléfono. Eran las 12.45.

—Tenemos quince minutos más —le dije.

—Bueno, yo ya he dicho lo más importante. ¿Tienes alguna pregunta?

Pensé un momento.

—¿Por eso te fuiste de Inglaterra y te mudaste al desierto de Texas y nadie volvió a saber de ti? ¿Porque estabas huyendo de tus contemporáneos?

—Más o menos. Me fui porque quería irme. Necesitaba una nueva frontera en mi vida. Pero también supe que había llegado el momento de no tener nada más que ver con ellos. Sobre todo con los demás artistas y escritores y gentuza por el estilo. Se crea mucho mejor cuando estás solo. A solas con el pasado y con los artistas muertos y con la naturaleza. Ya te darás cuenta, supongo. Y lo mismo que te digo del arte se aplica al resto de la vida.

—Muy bien. Me lo apunto todo. Me ha encantado conocerte, Cooper Crowe. ¿Qué hacemos con los diez minutos que nos quedan?

—En realidad no tenemos que esperar diez minutos. Estamos en el Otro Lado. El tiempo funciona como queremos nosotros. Si quieres pasar al siguiente fantasma, haz así con los dedos. —Chasqueó los dedos—. A mí también me ha gustado conocerte. Yo sé que eres el mejor lector que he tenido nunca. En realidad todos los escritores escribimos para alguien como tú. Pero la verdad es que me apetece volver a casa, hacerme un té y sentarme a escribir un rato.

—Vale. Hasta otra —dije, y chasqueé los dedos.

Cuando abrí los ojos, ya no estaba en la cafetería del puñetero Instituto Josep Carner de Sant Antoni. O sea, no estoy seguro de haber cerrado literalmente los ojos y haberlos vuelto a abrir, pero es la forma más fácil que se me ocurre de explicarlo. En cualquier caso, cuando terminé de chasquear los dedos ya estaba en otro sitio.

Un sitio que yo conocía bien, de hecho.

Estaba en mitad de un camino de adoquines rodeado de arbustos en maceteros y de un par de arbolitos mustios. Y flanqueado por tumbas. Unas tumbas extrañas, que más bien parecían panecillos gigantes de piedra a los lados del camino. Pero yo sabía que eran sepulcros romanos, una docena de ellos, desenterrados y restaurados por el Ayuntamiento. Yo había pasado millones de veces por allí.

Eran las ruinas de la Vía Sepulcral romana de la plaza de la Vila de Madrid.

Levanté la vista hacia las barandillas donde solían ponerse los turistas a hacer fotos de las tumbas romanas. No había nadie. Me estaban empezando a encantar el Otro Lado y su ausencia de gente. Esperaba no tener que marcharme nunca de allí, o por lo menos, si me marchaba, que a mi regreso hubiera fallado alguna planta nuclear próxima y Barcelona hubiera quedado despoblada.

Tampoco había ni rastro del segundo de mis fantasmas, aunque para ser sinceros, yo ya me imaginaba quién iba a ser. El escenario me daba una pista inequívoca. En aquel momento empezó a sonar otro campanario cercano. La una de la madrugada.

Y en efecto, no tuve que esperar mucho. Oí unos pasos sobre los adoquines en el silencio de la plaza. Vi una silueta un poco encorvada que pasaba por la pasarela de los turistas y luego oí un chirrido de bisagras. Al cabo de un momento, mi visitante salió de una de las puertas de cristal de la oficina del Museu d'Història y se acercó a mí.

Era muy alto, fue lo primero en lo que me fijé.

No alto como Cooper Crowe. Crowe era alto y grande en todas direcciones. Mi segundo fantasma simplemente era muy alto. Alto y desgarbado, con los hombros y la cabeza un poco encorvados y unos andares un poco torpones, como si no estuviera acostumbrado a su propia estatura. Llevaba un traje gris de

aspecto antiguo y un poco holgado, al estilo de los años cincuenta. Su aspecto en general era un poco desmañado, y no sólo por sus andares. También tenía manchas en el traje y la camisa un poco arrugada. Como les pasa a ciertos hombres cuando se hacen demasiado mayores o simplemente por el hecho de tener siempre la cabeza en otra parte.

Mi segundo fantasma tenía la cabeza sobre los hombros, pero no había venido con la cara descubierta. Llevaba una máscara negra de Anubis, con el hocico afilado y unas orejas puntiagudas y enhiestas. Se detuvo delante de mí y se quedó allí, como si no supiera muy bien qué hacer.

—Ya puedes quitarte la máscara —le dije—. Sé quién eres. Si me querías dar una sorpresa, éste no es el mejor sitio.

El tipo no hizo nada.

—Eres el poeta Cirlot —añadí—. Todo este rollo de los tres fantasmas tampoco es tan difícil de adivinar.

Cirlot agachó la cabeza, como si estuviera un poco abatido, y se quitó la máscara.

En persona, tenía una cara todavía más tristona y unos ojos todavía más raros que en las fotos. Eran de un color gris muy claro, casi como si llevara lentillas. Aparte de eso, también estaba un poco más calvo que en las fotos. O eso, o había tenido fotografías muy hábiles.

—Vengo de charlar con Cooper Crowe —le expliqué—. Ha estado bien. Tú eres el fantasma del presente, ¿no? ¿Qué me tienes que decir?

Cirlot no dijo nada. Seguía allí plantado con la máscara en la mano.

—¿Y bien? —le pregunté—. Tengo entendido que sólo tenemos una hora.

Cirlot se sacó una pitillera del bolsillo de la camisa y se puso un cigarrillo en la boca. Me hizo ese gesto que hacen los fumadores cuando piden fuego a alguien, como haciendo ver que tienen un encendedor invisible en la mano.

—No fumo, lo siento —le dije.

La noticia pareció abatirlo todavía más. La verdad era que tenía bastante pinta de que le acabaran de comunicar que se había muerto su perro. Nos quedamos un momento allí plantados en medio del camino. Por fin Cirlot se encogió de hombros y fue a sentarse en uno de los sepulcros. Yo fui a sentarme a su lado.

—¿Qué te parece este sitio? —le dije—. Nunca lo habías visto, ¿verdad?

Cirlot dijo que no con la cabeza.

—Te habría encantado que lo desenterraran cuando estabas vivo, supongo. Te perdiste un montón de cosas tremendas por morirte en 1973. Hay una ciudad romana entera debajo de la plaza del Rey. Se puede visitar. Si quieres, podemos ir.

Cirlot volvió a decir que no con la cabeza.

—Bueno, como quieras —le dije.

Todo aquel mutismo me estaba empezando a fastidiar un poco.

—¿No hablas? —le pregunté por fin—. Debe de ser eso lo que te pasa, ¿no? Eres uno de esos fantasmas que no hablan.

Cirlot dijo que sí con la cabeza.

—Pues lo tenemos un poco crudo. Tienes que darme mi lección sobre el presente. ¿Tienes un papel y un boli, quizás?

Cirlot se buscó en los bolsillos y dijo que no con la cabeza.

—¿Sabes teclear en un móvil?

Cirlot me miró con el ceño fruncido.

—Olvídalo, da igual —le dije—. Podemos jugar a las charadas. Yo te hago preguntas y tú me dices sí o no con la cabeza. A ver —pensé un momento—. ¿Has venido a hablarme de mi presente?

Cirlot se encogió de hombros. Aquello no iba a ser fácil.

—Silencio. Hum. Eres un fantasma silencioso. ¿Eso tiene algo que ver con lo que me tienes que enseñar?

Cirlot dijo que sí con la cabeza.

—Ajá. Entonces la lección tiene que ver con el silencio. Sé que el silencio te interesaba mucho. ¿Pero qué clase de silencio?

Cirlot juntó las manos sobre el pecho y elevó la mirada al cielo, como si estuviera rezando.

—Vale. Silencio místico. ¿Tengo que aprender a meditar? ¿A vivir en el desierto?

Cirlot soltó un soplido y negó con la cabeza.

—Silencio... —Cavilé un momento—. ¿Tiene que ver con callarme lo que sé?

¿Guardar los secretos?

Él no pareció muy convencido, pero al final asintió con la cabeza.

—No hablar... no escribir. El silencio tiene virtudes... —Él seguía diciendo que sí con la cabeza—. ¿Pero de qué me va a servir todo eso? Nunca he escrito nada. Bueno, salvo el Primer Libro de Bronwyn, pero está más o menos abandonado.

Cirlot se señaló los ojos y los oídos y luego señaló a su alrededor.

—No tengo ni puta idea de qué me intentas decir —le confesé—. Pero supongo que no importa. Tampoco entiendo tus poemas y aun así no puedo parar de leerlos. Ojalá tuviera un encendedor para darte fuego, lo siento —añadí, viendo que el pobre todavía tenía el cigarrillo colgando de los labios—. Me gusta mucho el Ciclo de Bronwyn. Es verdad que no dice nada. Por lo menos nada que tenga que ver con palabras y con entender las palabras.

Cirlot se llevó una mano al pecho y consiguió hacer un gesto que transmitía agradecimiento.

—Supongo que tiene sentido. ¿Sabes que conozco a una chica que se llama Bronwyn? La llamaron así por tus poemas.

Cirlot dijo que sí con la cabeza.

—Ella es todo para mí. Creo que lo mismo que era para ti tu Bronwyn. Supongo que son la misma, ¿no?

Cirlot dijo que sí y esta vez sonrió.

—Claro —dije—. Todas las Bronwyn son la misma. Son lo que nos hace ser lo que somos, ¿verdad?

Cirlot dijo que sí y hasta se permitió ponerme una mano sobre el hombro, aunque la retiró casi enseguida. Creo que era un poco tímido.

—Te voy a hacer caso —le dije por fin—. En realidad la gente que me cae mejor tampoco habla mucho. Aunque bueno, un poco más que tú. Como Bronwyn. O Ivo Cárcelos. O hasta Cooper Crowe, que lleva treinta años sin hacer declaraciones. Imagino que me estás diciendo que es lo mejor, ¿no? Que todo el mundo habla y habla y opina sin parar. Joder, menos mal que no llegaste a conocer internet. Tú nunca te preocupaste porque te oyera todo el mundo. Te bastaba con oírte a ti mismo. ¿Es eso lo que has venido a decirme?

Cirlot sonrió y, como no podía ser de otra manera, volvió a decir que no con la cabeza. Yo ya no me pude aguantar y se me escapó un poco la risa.

Al cabo de un minuto de no decirnos nada, me miré el teléfono. Era la una y veinte. Faltaban cuarenta minutos para que llegara el tercer fantasma, pero yo tampoco veía que nos quedara mucho que decir. Si el mensaje de Cirlot era un alegato a favor del hermetismo, había que reconocerle que lo estaba haciendo de maravilla.

—Escucha —le dije por fin—. Tengo otra cita y creo que voy a ir yéndome, a ver si encuentro a mi tercer fantasma. Me ha encantado conocerte. Eres más o menos como te imaginaba, pero la verdad es que me caes mejor de lo que me esperaba. Ojalá nos volvamos a ver algún día.

Eché a andar por entre las tumbas y me detuve para echarle un último vistazo. Seguía allí sentado encima del sepulcro, con su traje arrugado y el cigarrillo sin encender entre los labios. Yo esperaba sinceramente que encontrara a alguien que se lo encendiera, aunque no tenía demasiada fe en ello. El Otro Lado parecía completamente desierto. Él vio que lo estaba mirando, me sonrió otra vez y se despidió con la mano.

Tenía una sonrisa agradable, como pasa a menudo con la gente que no tiene costumbre de sonreír mucho.

Como faltaba más de media hora para mi siguiente cita, eché a andar por la ciudad desierta. Resultaba increíblemente relajante pasear por las Ramblas y la calle Elisabets bajo las lámparas multicolores del techo. Era lo contrario de lo que había sido moverse por allí antes de cruzar al Otro Lado. Se había terminado recibir empujones y codazos de las hordas de turistas. Se había terminado esquivar a los niños que salían en estampida de las escuelas. Se habían terminado el frío y el calor y la sensación desagradable de tener que compartir unas aceras demasiado estrechas.

Como no sabía hacia dónde tenía que ir, bajé hacia la calle Hospital, en dirección al que había sido mi territorio de las últimas semanas. Decidí volver al banco de la Rambla del Raval donde me había sentado con Bronwyn la última

vez que habíamos estado solos. Supongo que era algo parecido a mi banco de la suerte.

Estaba saliendo de la calle Hospital cuando vi que había alguien sentado en el banco.

Era la primera persona que veía desde que había salido de la plaza de la Vila de Madrid, así que supuse que sería mi tercer fantasma. Y en efecto, en cuanto me acerqué lo bastante como para distinguirlo, vi que era la persona que yo había estado esperando encontrar.

Se trataba de un tipo grandullón y entrado en carnes. Llevaba pantalones y botas militares y un chaquetón muy grande de camuflaje con la capucha cerrada en torno a una máscara blanca. La máscara —yo lo sabía— era una réplica de las que llevaban los actores del teatro griego antiguo. No le acababa de quedar bien con el uniforme de camuflaje, sin embargo, y le hacía parecer un payaso triste que ha tenido que salir a hacer su número con ropa prestada.

El cantante de Death in June estaba repanchingado en el banco, con las piernas extendidas hacia delante y los brazos sobre el respaldo. Como si estuviera imitando a los señores que se repanchingaban en aquellos mismos bancos durante el día a tomar el sol.

—Llegas temprano —me dijo cuando estuve lo bastante cerca.

—Mi segundo fantasma hablaba poco.

—No pasa nada. Siéntate —me dijo, dando una palmada a su lado en el banco.

Me sentí un poco raro cuando me senté a su lado. Yo ya me había imaginado que mi tercer fantasma sería él. Amaba su música y lo admiraba como artista. Reconocía perfectamente aquella voz profunda y llena de textura. Sin embargo, estar con él era un poco como notar hormigas debajo de la ropa. Tanto con Cooper Crowe como con Cirlot me había sentido cómodo desde el momento de verlos. Los dos eran como un tío al que ves poco porque viaja mucho pero siempre te trae regalos de sus viajes y no puedes evitar darle un abrazo.

El cantante de Death in June, sin embargo, tenía aire de malas noticias.

—¿Estamos esperando algo? —le dije—. ¿No podemos chasquear los dedos y hacer que suenen las campanas de las dos?

—Podemos —dijo él—. Pero estamos esperando a alguien.

—Oh.

—No te preocupes —me dijo—. Es alguien conocido. Estarás en buenas manos.

Por alguna razón, aquello hizo que me preocupara.

—Pensaba que esto era una visión del Otro Lado —le dije—. Crowe y Cirlot han venido en versiones fantasma. Pero tú vas igual que en las portadas de todos tus discos. Podrías haberte puesto algo especial, ¿no?

—No seas impertinente. ¿Por qué crees que salgo así en las portadas de mis discos? Toda visión de mí es una visión del Otro Lado.

—Vale, vale.

—Dame gracias de que no haya venido en bañador y con la panza al aire —dijo—. Tampoco creo que te merezcas mucho más.

Aquello mató la conversación, obviamente. Estuvimos un rato sentados hasta que sonaron las campanadas y apareció doblando la esquina de la Rambla del Raval la furgoneta negra de Ivo Cárceles.

—Genial —dije entre dientes.

La furgoneta paró delante de nuestro banco, en el mismo sitio exactamente donde había parado la otra vez. Me dio la sensación de que aquel banco había dejado de ser mi banco de la buena suerte. Se abrió la portezuela del copiloto e Ivo Cárceles, al volante, nos hizo señas para que subiéramos a la cabina.

—¿Cómo? ¿Los dos? —dije yo.

—Venga, no seas llorica —me dijo el cantante de Death in June—. Cabemos los tres. Sólo hay que apretarse un poco. Cómo se nota que no has vivido una guerra.

Nos metimos como pudimos. Yo terminé encajado de mala manera entre el conductor y el cantante de Death in June, que estaba bastante más gordo de lo que parecía. La furgoneta bajó la Rambla y cogió la avenida de las Drassanes. Imaginé que íbamos a volver a la masía abandonada.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté por fin al cantante de Death in June.

—Douglas. ¿Tú?

—Pol.

—Encantado, Pol —dijo, y me dio un apretón de manos que me dejó las falanges un poco doloridas, aunque me guardé de hacérselo saber.

—No quiero ser impaciente ni nada —empecé a decir—. Pero ya es la una y media. Los otros dos fantasmas tenían una hora. ¿Tú también tienes una sola, o a ti te toca el resto de la noche porque eres el último?

—No te preocupes, hay tiempo de sobra, ya lo verás —me dijo él.

La furgoneta se metió por el tramo subterráneo de la Ronda Litoral. Que era un poco distinto de lo que yo recordaba. Ahora las luces del túnel eran rojas y había escenas bélicas pintadas por las paredes, con ese estilo grandilocuente y un poco tontorrón de los murales socialistas (y supongo que también de sus primos hermanos fascistas). Soldados heridos atendidos por heroicos compañeros. Aviones con alas de ángeles bombardeando ciudades en llamas.

—Supongo que te lo deben de haber preguntado un millón de veces —me atreví a decirle por fin—. Y debes de estar harto del tema y tal. Pero lo siento, tengo que preguntarlo. ¿Es verdad que eres nazi?

Douglas soltó un soplido de burla.

—No sé —seguí diciendo, nervioso—. Tu música es increíble. Es la música más bonita y extraña que he oído en mi vida. Es incluso mejor que Hawkwind, y eso que Hawkwind tenía letras de Cooper Crowe.

—Hawkwind está bien —dijo él—. Los primeros álbumes. A partir de *Warrior on the Edge of Time* tienes que reconocer que son una horterada.

—Bueno, vale, lo reconozco —dije, aunque no lo tenía tan claro—. ¿Pero eres nazi o no?

Douglas no contestó de inmediato. Yo no le veía la cara, pero algo me decía que estaba sonriendo. Me dio la impresión de que no sólo no le molestaba la pregunta, sino que tenía ganas de contestarme.

—Nazi, no nazi... —Hizo un gesto como quitándole importancia a todo aquello—. Yo empecé siendo un punk, en Londres. Sabes lo que es un punk, ¿verdad?

—Claro que lo sé.

—Claro que lo sé —dijo él, poniendo voz de pito para imitarme—. Eres un niño. No vayas por la vida creyendo que lo sabes todo. Escucha y aprende.

—Vale, perdón.

—Éramos punks y al principio estuvo bien, pero pronto estuvo claro que era todo una farsa. Nadie lo admitía, pero todos estaban intentando ser estrellas del rock and roll. Follar con las grupis, salir en las revistas. Y toda aquella farsa política, Rock contra el racismo, la Liga Antinazi... Me daban ganas de vomitar.

—Y te hiciste nazi.

—*No me hice nazi*. Y en cualquier caso, no se trataba de ser nazi. Se trataba de salir del rebaño y ser libre. Hacer lo te diera la gana sin tener que someterte a la policía política de lo correcto. Y eso no se puede hacer sin molestar. No se puede hacer sin *insultar*.

—Ya lo entiendo —le dije—. Ésta es mi tercera lección, ¿no?

—Calla y escucha. Da igual lo que digas. Puedes vestirme con ropa nazi y usar sus símbolos. A fin de cuentas, los símbolos nazis tienen más significado que el puñetero culto al dinero y a la fama. Es todo una elegía trágica. Quien no lo entienda me puede comer la polla. Pero eso da igual. Vístete de nazi y lleva un rollo ambiguo. O usa la religión. O defiende el sexo con niños. Lo que importa es lo siguiente: si nadie se siente insultado, si a la gente *le gusta*, es que no lo estás haciendo bien.

—¿Hay que ser provocador? —pregunté, poco convencido.

—Hay que ir a contracorriente —dijo él, y esta vez me pareció oír que salía una risilla de debajo de su máscara de actor trágico—. Podemos decir que *ésta* es la lección de este viaje.

Habíamos salido de la Ronda del Litoral por Sant Adrià y ahora estábamos cruzando Badalona, con destino —yo lo sabía— a la carretera de la costa. Me invadió una sensación ominosa. Más allá de la sensación ominosa normal que me producía el extrarradio, quiero decir.

—Vale, lo entiendo —dije por fin—. Pero eres el fantasma de mi futuro, ¿no? ¿Todo esto es el futuro que tengo que evitar? ¿O es lo que tengo que hacer para evitar el futuro al que estoy yendo?

El cantante de Death in June se rio. Estábamos saliendo de Badalona para coger la carretera nacional y estaba claro que estábamos pasándonos del límite

de velocidad. De pronto había otros coches, todos cogiendo la carretera, y nuestra furgoneta se dedicaba a adelantarlos de forma claramente imprudente.

—No entiendes nada, niño —me dijo Douglas—. En esta furgoneta *no creemos* en el futuro. Vale, nos gustan los futuristas. Marinetti. «La guerra es la forma más elevada del arte moderno.» «El arte no puede ser otra cosa que violencia, crueldad e injusticia.» Pero no somos futuristas. Somos lo que vino después de los futuristas. No hay futuro, niño. El futuro está muerto y enterrado. Dale al turbo, chaval.

Y en efecto, ante mis ojos estupefactos, Ivo Cárceles accionó una palanquita y del cuadro de mandos de la furgoneta salió un panel que había estado escondido. En medio del panel había un botón rojo muy grande que decía TURBO.

—¡Un momento! —dije—. ¡Esto no hace falta, en serio! Ya lo pillo. No hace falta meterse...

Ivo Cárceles pulsó el botón del turbo y el motor de la furgoneta soltó un bramido. El cuentakilómetros saltó a 250 y salimos disparados por la carretera.

—Soy el fantasma del no futuro —dijo Douglas, complacido—. Y ésta es tu verdadera lección: relájate y disfruta del paseo.

Para mi horror, Ivo Cárceles dio un volantazo y nos metimos en el carril del sentido contrario.

—A contracorriente, amigo mío, siempre a contracorriente —canturreó Douglas.

Los coches venían en sentido contrario por la carretera y tenían apenas un segundo para apartarse de nosotros. Uno de los conductores no pudo controlar el vehículo y se estrelló contra el arcén. Otro se apartó en el último momento y chocó de frente contra otro coche que venía por el que debería haber sido nuestro carril.

Cerré los ojos. Tenía que haber algo que yo no estaba haciendo bien. ¿Acaso relajarme y disfrutar del paseo no era lo que yo ya había aprendido a hacer en las últimas semanas? Era así como había cruzado al Otro Lado. Por encima de la carretera de la costa, las estrellas seguían siendo lámparas, y el mar a nuestra derecha era un estanque plácido del que asomaban peces saltarines luminiscentes y tentáculos gigantes en el horizonte. Tardé un minuto pero por fin lo conseguí.

Si uno se concentraba, podía no sólo entenderlo, sino también disfrutarlo. La velocidad. El riesgo. Todo cobró sentido por un momento. Y entonces Douglas me cogió del brazo. De pronto había una urgencia en su voz. Supongo que finalmente se nos estaba acabando el tiempo.

—Recuerda que eres especial —me dijo—. Ellos intentarán volverte normal, pero has de resistir. Hagas lo que hagas, *nunca* dejes de estar enfermo.

—¡Lo intentaré! —chillé.

—¡Ahora sin manos, chaval! —dijo Douglas, girándose hacia el conductor.

Ivo Cárceles levantó las manos del volante y seguimos volando por la carretera, en medio de una cacofonía de bocinas de automóvil, gritos y estruendos de coches estrellándose. No duró mucho, pero fue increíble. Digo que no duró mucho porque al cabo de un momento llegamos al nudo de carreteras de la entrada de una ciudad y un camión de dieciocho ruedas salió de repente de una rotonda y nos cortó el paso.

No hubo tiempo para maniobrar, ni el camión ni nosotros.

El ruido y el impacto del choque fueron las sensaciones más intensas que he experimentado nunca. Fue como la bomba de un B-32 explotando bajo tus pies. Como el chirrido de los drones electrónicos de Ivo Cárceles. Como toda la música de *Death in June* comprimida en un solo instante.

Salí disparado hacia delante y atravesé el parabrisas de la furgoneta. Volé y volé por la carretera como un hombre-bala a quien se le ha disparado al cañón por accidente y no ha tenido tiempo de preparar el aterrizaje. Reboté una y otra vez en el pavimento de la carretera.

El resto lo recuerdo en forma de fragmentos y luces estroboscópicas.

Tengo imágenes en la cabeza de los coches de policía y del agente que se me acercó y me puso una mano en el cuello para ver si estaba vivo.

Recuerdo que me ayudaron a levantarme, me pusieron una manta sobre los hombros y me sacaron de la carretera.

Sólo que aquello ya no era parte de mi visión.

La policía me encontró aquella Nochebuena sobre las dos de la mañana. Al parecer yo había estado deambulando por el medio de la Nacional II. No tengo ni idea de cómo llegué hasta allí. Debí de pasarme la noche caminando hasta

salir de la ciudad. En cualquier caso, nadie se explicaba cómo había salido vivo de aquella.

Y así, amigos lectores, se terminó la Era de Bronwyn.

Epílogo: El arte verdadero es una explosión

Como ya he dicho en capítulos anteriores, han pasado seis años desde la Era de Bronwyn, aunque para mí todo aquello ya es otra vida. Si me dijerais que han pasado sesenta, me lo creería.

No sería exacto decir que nos mudamos a Brooklyn por todo lo que pasó aquel mes de diciembre con Bronwyn, Ivo Cárceles y compañía. Técnicamente nos marchamos porque mi madre encontró un trabajo en Nueva York. La mudanza, sin embargo, también parecía una buena excusa para que los tres empezáramos otra vez de cero. Y eso es justamente lo que hicimos.

No dedicaré mucho tiempo a contar lo que pasó en los meses siguientes a que la policía me encontrara en la carretera, porque básicamente ya os lo podéis imaginar. Me volvieron a ingresar, por supuesto. Regresaron el pentobarbital y el clonazepam y el diazepam y después la clozapina y la olanzapina. Y luego, un día, me dejaron marcharme. Ahora tengo que tomar olanzapina para el resto de mi vida. Es una lata, supongo, pero si es el precio a pagar por todo lo que hice, tampoco me parece un precio terrible.

No, no me arrepiento de nada de lo que pasó. Quizás no lo volvería a hacer, pero tampoco tiene sentido lamentarse del pasado. No estaría aquí si no hubiera conocido a Bronwyn. No sería la persona que soy y no habría escrito esta historia.

Llegamos a Brooklyn hace cuatro años, mi madre, mi hermana y yo. Nos mudamos a la casa de nuestra abuela y poco a poco los acontecimientos de la Era de Bronwyn se fueron borrando de nuestras memorias.

Ahora voy a la universidad. Entré en un programa de estudios literarios de una universidad bastante prestigiosa de Nueva York. No me costó mucho entrar. Supongo que se puede decir que se me dan bien los estudios. O quizás las drogas me han ayudado a recuperar la concentración. No puedo decir que me interesen

demasiado mis asignaturas, pero por lo menos ya no me paso los días encerrado en mi habitación leyendo novelas de Cooper Crowe. Es posible que haga mi disertación de final de carrera sobre su obra, sin embargo.

Crowe sigue vivo y escondido en algún sitio de Texas. Tal como me reveló su fantasma aquella Nochebuena, publicaría otra novela un par de años después, la última hasta la fecha.

Hace unos meses que vivo con mi hermana y con su mejor amiga, Carolina, que ahora también es mi mejor amiga. Compartimos dos plantas de una casa en el barrio de Red Hook, a dos o tres paradas de metro de la casa donde siguen viviendo mi madre y mi abuela. Supongo que la historia de cómo llegamos a vivir los tres juntos merece una pequeña explicación.

No quiero demorarme mucho en esto, así que lo contaré por encima: poco después de que me volvieran a ingresar en el hospital, mi hermana fue a un concierto de su banda favorita, Die Antwoord. Fue con Carolina, que para entonces ya se había hecho fan también. Y no sé muy bien cómo lo consiguió, pero el caso es que Oli persuadió, o bien chantajeó, a Eva Vogel, la dramaturga, para que después del concierto la llevara a los camerinos y le presentara a los miembros de la banda. Aquella noche mi hermana no sólo conoció a sus ídolos, Ninja y Yo-Landi Visser, sino que terminó liada con el promotor musical que los había llevado a actuar a Barcelona.

El resto pasó deprisa. Oli dejó la carrera de Derecho —no creo que nadie se sorprendiera demasiado— y se metió a promotora de conciertos junto con el que ya era su novio. Todavía están juntos, y su empresa de promoción musical les va muy bien. Ahora la veo menos, porque su trabajo la obliga a viajar mucho. Al final mi hermana ha seguido los pasos de mi madre y se ha convertido en una mujer itinerante como ella.

Carolina también dejó los estudios de Derecho, obviamente. Dios sabe qué la había llevado a meterse allí. Hace un par de años consiguió una beca para hacer su doctorado en estudios queer y literatura LGBT en la CUNY. Se vino a vivir unas semanas a la casa de mi abuela mientras buscaba alojamiento y al final Oli y ella decidieron alquilar un apartamento juntas. Yo me mudé con ellas en cuanto me admitieron para hacer el primer ciclo en la universidad.

Tenemos un dúplex bastante agradable. Mi hermana y Carolina viven en la planta de arriba y yo en una habitación de abajo, anexa a la cocina y la sala de estar. Como no tengo muchos amigos, paso bastante tiempo con Carolina. Es buena chica, y le gusta cocinarme pasteles. Nos hicimos amigos sin quererlo, que es la única forma en que se puede hacer amigos.

También he salido con algunas chicas, aunque no puedo decir que mi corazón esté en ello. A Carolina le va mucho mejor con las mujeres que a mí, tal como se asegura de hacerme saber con regularidad. Tampoco me preocupa demasiado. Conocí a Bronwyn y con eso me conformo. ¿Quién más puede decir que conoció a alguien así?

Mi madre sigue siendo la diosa tutelar de los cielos y, por supuesto, de mi historia. Últimamente, sin embargo, pasa menos tiempo volando por encima de las nubes. Es más fácil encontrarla en el jardín de atrás de su casa de Brooklyn, sentada con un cigarrillo y un vaso de Maker's Mark, leyendo o bien escribiendo en su ordenador portátil. Una divinidad anciana, con el manto echado sobre los hombros. Echando vistazos distraídos entre caladas de su pitillo a la imagen neblinosa de sus retoños en su bola de cristal.

Hace poco, sin embargo, mi madre consiguió desconcertarme por segunda vez en mi vida.

Yo estaba saliendo de casa y pasé por el jardín para darle mi tradicional beso filial en la mejilla. Esta vez, sin embargo, ella me cogió de la muñeca. Me miró a los ojos.

—¿Todo bien, Pol?

—Todo bien, mamá. —Fruncí el ceño—. No es muy propio de ti preguntar si me va todo bien.

Ella pestañeó.

—¿Ves como yo tenía razón? —dijo—. Ya te dije que siguieras tu camino sin hacer caso de nadie. La gente es imbécil, pero tú eres mucho mejor.

Me quedé esperando a ver si me daba alguna explicación, o por lo menos para averiguar de dónde salía aquello. Pero mi madre volvió a su libro. Me quedé un momento allí plantado. Como una revelación de otro plano de existencia, o como el único consejo que ella me había dado en su vida, aquel mensaje vino y se fue.

Uno podía escribir un libro sagrado de glosas sobre él, o simplemente dejarlo estar y no volver a pensar en el tema.

No sé qué pasó con el resto de los personajes de esta historia. Sin embargo, vi una vez más a Bronwyn, sólo un momento y de lejos, poco antes de marcharnos de Barcelona.

Yo estaba cogiendo el metro para ir al consulado estadounidense a renovar mi pasaporte. Fue en la estación de Passeig de Gràcia, mientras yo estaba esperando para cambiar de tren. Como digo, sólo fue un momento.

Ella iba con su padre. Para ser más exactos, iba en una silla de ruedas empujada por su padre. Los vi pararse en el andén de enfrente y esperar a su tren. Estoy completamente seguro de que era Bronwyn; la reconocería en cualquier circunstancia. Pero volvía a ser un avatar distinto de ella. Esta vez llevaba unos vaqueros con deportivas y un jersey que obviamente no había elegido, y alguien le había recogido el pelo para apartárselo de la cara. Lo más distinto, sin embargo, era su cara.

Tenía la cara completamente vacía. Allí dentro no había nadie. La cabeza ladeada y apoyada a medias en un hombro, como si se le hubiera caído a un lado y nadie se hubiera molestado en volver a ponérsela en su sitio. Los ojos abiertos y mirando al frente, más o menos en mi dirección. Pero no veía nada. Estaba mirando a una distancia mucho mayor que las distancias de este mundo.

Podría haberle hecho una señal. Podría incluso haberla llamado por su nombre. A fin de cuentas, faltaban unos días para mi marcha y era muy poco probable que volviera a verla nunca más. Pero la perspectiva de no volver a verla ya no me aterraba.

No soy particularmente feliz en mi nueva vida, pero tampoco soy infeliz. Vivo día a día en la paz de los fármacos que me dan. Me han convertido en una persona normal y me dedico a hacer las cosas que hacen las personas normales. Suena aburrido, y realmente puede serlo, pero también parece la opción más

fácil. Los comportamientos sociales son puramente imitativos. Y a mí se me da muy bien fingir.

Puede parecer pretencioso estar escribiendo estas memorias cuando básicamente acabo de entrar en la universidad. Me da igual. He vivido veinte años en este planeta y son suficientes para darme cuenta de que lo que te pasa a los catorce es lo más importante que te pasará nunca. El resto de la vida es una resaca cada vez más lenta y tediosa de ese momento.

Las últimas líneas de mi historia van a ser una profecía. Porque, queridos lectores, sé exactamente cómo será el resto de mi vida.

Sé que nunca me volverá a pasar nada tan importante como haber conocido a Bronwyn. Ni aunque viva cien años. No me estoy lamentando, es una simple constatación. Me pasarán otras cosas, pero serán como paseos por el jardín después de haber escalado el Everest.

Terminaré esta carrera de Escritura Creativa y seguramente haré mi máster, o incluso un doctorado. No necesito sentir pasión por ello. No necesito dedicarle más que una pequeña parte de mi cabeza. Escribiré mis propios libros, que tendrán su pequeño público, como los de todo el mundo.¹ Pero nunca volveré a escribir nada como el Primer Libro de Bronwyn. Nunca encontraré otra vez esa verdad. Ni tampoco ninguna otra. La verdad, de la clase que sea, sólo se presenta una vez en la vida, y eso cuando se presenta. Hay que tener los reflejos muy rápidos para atraparla, y aun en el caso de que la puedas atrapar, es como una versión malévolamente del hada Campanilla, que se te escapa entre los dedos y te hace una peineta mientras se va volando.

Mi carrera literaria futura, en el mejor de los casos, será como la nota explicativa equivocada de un arqueólogo que ha malinterpretado la naturaleza de un artefacto. Con la diferencia de que, en mi caso, el arqueólogo y el que construyó el artefacto serán la misma persona.

Hace seis años, en la consulta del doctor Buenanueva, vi estallar una supernova. Por entonces no me di cuenta, pero aquella explosión fue mi Momento de Verdad.

A fin de cuentas, Ivo Cárceles tenía razón: lo único trascendente en la vida es lo que florece y se marchita al instante siguiente.

Terminaré la carrera. Trabajaré. Conoceré a una mujer. Me casaré. Tendré hijos. Cocinaré para ellos en las noches de invierno. Llegaré a la cama cansado y me acostaré al lado de mi mujer para ver la versión futura de Netflix.

Cambiaré de trabajo media docena de veces en mi vida. Me mudaré otra media docena. Tendremos un perro, o dos gatos. Luego el perro o los gatos se morirán y mis hijos llegarán a la pubertad y yo me sentaré perplejo en una silla y me preguntaré cómo es posible que haya pasado todo ese tiempo sin que yo me dé cuenta.

Y entonces, un día, pasará algo que hará caer momentáneamente la casa que me habré pasado mi vida adulta construyendo.

Será seguramente un encuentro casual. Algo que vislumbraré por accidente en un escaparate de una tienda. De una librería de viejo, por ejemplo.

Yo estaré pasando frente a la librería, sin pararme a entrar porque seguramente para entonces ya no entraré en las librerías de viejo. No tendré tiempo, o bien mi cabeza estará en otras cosas, o quizás ya no existirán las librerías de viejo.

Pasaré frente al escaparate y algo me llamará la atención. Una imagen de mi pasado, muy muy lejana, casi completamente borrada de mi memoria. Pero será el casi lo que se imponga.

Me acercaré al cristal y miraré el objeto de dentro. Un viejo fanzine con un letrerito de medio dólar, o quizás una vieja edición de bolsillo descolorida. Una novela de Cooper Crowe, por ejemplo.

Y en la portada, una silueta femenina de melena cenicienta hasta la cintura, piel de plata y túnica vaporosa. Y mirada desafiante.

Fontana D'Arcy.

Y entonces me acordaré de todo. Entonces, sólo por un momento, todo volverá a mí.

1 . En los últimos tiempos cada vez me tiente más trabajar como traductor literario. He probado a traducir en mi tiempo libre y se me da bien. A fin de cuentas, es el trabajo perfecto para un imitador.

Notas y agradecimientos

Obviamente, doy gracias a Michael Moorcock, Juan Eduardo Cirlot y Death in June.

La Community Bookstore existió realmente en la calle Court de Brooklyn. Allí encontré una caja de viejas ediciones de bolsillo de libros de Michael Moorcock. Sólo me escribí una vez con Moorcock y fue muy amable conmigo. Guardo esos correos con cariño. Quizás sea mi escritor favorito.

Jaime Rodríguez Zavaleta me regaló la edición en dos volúmenes de la *Poesía Completa* de Cirlot, y por eso merece un lugar en estos agradecimientos.

La letra de *Little Black Angel* del ritual de iniciación de los Ángeles Negros es © Douglas J. Pearce.

Mi interpretación en directo del *Homenaje a Rudolf Hess* de Cirlot la hice en la librería Pequod de la calle Milà i Fontanals en octubre de 2011, con la música que me compuso especialmente Blitz Kerner. Gracias a él y a Pere Fernández, que siempre fue un gran anfitrión.

Gracias también a Màgia Roja y a Gràcia Territori Sonor por todos los buenos ratos.

Ivo Cárceles, cuando habla, habla con citas del Akatsuki Deidara. Sin embargo, la frase «el fascismo me interesa como intensidad de conciencia» es de Leopoldo María Panero.

La inscripción del Portal-Mausoleo de la plaza del Pes de la Palla es del *Libro Egipcio de los Muertos*.

Carmen Burgess y yo experimentamos juntos las dificultades de intentar incendiar un bar empezando por los lavabos. Espero que la vida nos dé otra oportunidad para hacerlo mejor.

Eleanor Preiss es la verdadera abuela que vivía en Brooklyn. A ella le debo casi todo lo que tengo hoy en día.

Notas

1. Aproximadamente un cincuenta por ciento de mi educación hasta los catorce años se originó en ese mercado, como se podrá apreciar durante esta historia.

1. La versión canónica: primero vino la Edad de Oro, donde todo era maravilloso. La gente vivía trescientos años, o más, y no tenían que trabajar porque la tierra daba toda la comida que necesitaban. Supongo que la debía de dar ya cocinada, o por lo menos lista para el microondas, porque el mito dice claramente que no había que dar ni golpe. Además, los hombres vivían con los dioses, y eran todos amigos.

Luego vino la Edad de Plata. Empezó a hacer frío, y calor, y había que cultivar la tierra, y trabajar, y construir casas, y además todo el mundo ya no estaba de buen humor todo el tiempo, así que los hombres se peleaban. Los dioses se cabrearon y Zeus mandó a la humanidad a tomar por el culo. Más o menos.

La Edad de Bronce fue todavía peor. Los hombres empezaron a pelearse mucho mejor. Se inventó la guerra. Los hombres aprendieron a hacer espadas y armaduras y la esperanza de vida se redujo drásticamente.

La Edad Heroica. Como la anterior pero con héroes.

La Edad de Hierro. Un asco. Es la única en la que creo que el tipo griego acertó del todo. Los héroes desaparecieron del mundo y todo el mundo se dedicó a dar por el culo a todo el mundo. No hace falta contar cómo es porque, como os podéis imaginar, todavía vivimos en ella.

1. Por supuesto, no se me quedó en la memoria. Este y los demás poemas los he consultado para escribir esto.

1. En el festival habían actuado Jefferson Airplane y Fairport Convention, dos bandas que no consigo asociar con la personalidad musical de Cooper Crowe.

1. Trascendiendo la visión freudiana, he podido comprobar con el tiempo que mi hermana tampoco ha tenido armarios físicos en ninguna de sus viviendas. Literalmente todo está a la vista. Ver capítulo VIII. En las habitaciones de Oli, lo que se ve es lo que hay.

2. He encontrado en internet que hay una asignatura del primer ciclo de Derecho que se llama así.

3. No, Carolina no se había enamorado de mi hermana. Estoy seguro de que habría dado para una buena historia, pero hemos de conformarnos con la que tenemos.

1. En realidad no era una estatua romana. Era una de las esculturas de atletas del Foro Mussolini de Roma, construido en la década de 1930 por el régimen fascista para glorificar a su líder. Lo cual encajaba con lo que yo estaba a punto de averiguar de la banda.

2. Cirlot: «Con mis ojos escucho, con mis ojos».

1. Volví a oír aquel disco durante los días de los Portales-Mausoleo. Si no me falla la memoria, era Guerra total VI (autoeditado), del propio Ivo Cárceles. Descrito en su misma carátula como «Una reflexión electroacústica sobre el hecho de que, para ser relevante, la creación sólo puede derivar de la destrucción de todo aquello que es conocido».

2. En la mayoría de las ediciones en vinilo de *But What Ends When the Symbols Shatter?*, es el tema que cierra la cara A.

1. Lo he pensado bastante y esto no puede ser cierto. Es posible que Bronwyn fuera mayor de edad, pero también era una paciente psiquiátrica. Su padre podía legalmente presentar una denuncia a la policía y poner una orden de búsqueda de su hija enajenada.

2. Eso también explicaba el escenario de nuestra conversación, claro. Una playa invernal. El cielo gris y las primeras gotas que nos empezaban a caer en la cara. Falacia patética de libro de texto. Dejo en manos del lector decidir si esta escena tuvo lugar en realidad. Ciertamente parece eso que los profesores de escritura que tengo ahora denominan una escena «demasiado escrita».

3. Por supuesto, las novelas no detallaban todas estas perversiones sexuales y estupefacientes. Más adelante Cooper Crowe se convertiría en uno de los grandes novelistas de la revolución química y sexual de finales de los años sesenta, amigo personal de Burroughs y Leary. Sin embargo, en aquellos primeros días de su carrera su producción estaba sometida a las rígidas normas de las colecciones de bolsillo de ciencia ficción.

Piel de plata
Javier Calvo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Pablo Gallo

© Javier Calvo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Versos de Juan Eduardo Cirlot: Bronwyn (Siruela, 2001), En la llama (Siruela, 2005) y Del no mundo (Siruela, 2008)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-322-3551-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA **LITERARIA**



¡Síguenos en redes sociales!

